
TOC..... TOC..... TOC.



ESTUDIO POR IVAN TOURGUÉNEFF.

I.

..... Nos sentamos en corro, y nuestro amigo Alejandro Vassilievitch Riedel, aleman de nombre, pero ruso de corazon, comenzó de esta manera.

Voy á referiros, señores, lo que me sucedió en el año 1830. Hace ya de esto cuarenta años, como veis. Seré breve, si no me interrumpís.

Recien salido de la Universidad, vivia yo en Petersburgo. Mi hermano era abanderado de la artillería montada de la guardia. Su batería estaba situada en el campo de Krasnoé-Sélo. Acontecia esto en verano. Mi hermano no vivia en el mismo Krasnoé-Sélo, sino en un lugarejo de las inmediaciones, á donde iba yo á visitarle con frecuencia. Allí trabé conocimiento con todos sus camaradas. Habitaba una choza bastante decente en compañía de un oficial de su batería, llamado Elías Stepanitch Teglew, al que yo trataba con mayor intimidad que á los demás.

Marlinsky es ya un autor que no está en moda. Nadie lee sus obras, y su nombre escita la hilaridad; pero en aquel tiempo hacia furor, y el mismo Pouchkine, en concepto de la juventud de entónces, no podia compararse con él. No sólo se le miraba como el primero de los escritores rusos, sino que ¡cosa mucho más difícil! habia impreso su sello sobre la generacion contemporánea.

Los héroes á lo Marlinsky se encontraban á cada paso,

sobre todo en provincias, y muy particularmente en el ejército y en la artillería; hablaban y escribían en su lengua; adoptaban en sociedad un aire sombrío, «ensimismado,» «con la tempestad en el alma y el fuego en la sangre,» como el teniente Belozor de la fragata *Nadejda*. «Devoraban» los corazones de las mujeres. A ellos se dirigía la denominación de «fatal.» Este tipo, como se sabe, se ha conservado mucho tiempo hasta la época de Petchorine. ¡Qué de cosas se encontraban en él! El byronismo, el romanticismo, los recuerdos de la revolución francesa, los decembristas y la adoración de Napoleón, la fé en el destino, en una estrella, en la fuerza del carácter, de la actitud y de la frase, la angustia del vacío, las inquietas fluctuaciones de un estrecho amor propio, al mismo tiempo que la audacia y la fuerza activa, las tendencias generosas y una ruin y grosera educación; gustos aristocráticos y frivolidades de petimetre..... Pero basta de filosofía; he prometido una historia.

II.

El subteniente Teglew pertenecía al género de los personajes «fatales,» si bien su exterior no era el que se atribuye á esta clase de héroes; no se parecía en nada, por ejemplo, al «fatalista» de Lermontow.

Era un hombre de mediana estatura, bastante fuerte, ligeramente encorvado, rubio y con las cejas casi blancas; de cara llena y fresca, mejillas de color de rosa, nariz reman-gada, frente ancha, lábios gruesos, bien delineados y eternamente inmóviles; no se reía ni sonreía jamás. Solamente algunas veces, cuando estaba fatigado y al tomar aliento, dejaba ver sus dientes regulares y blancos como azúcar.

La misma inmovilidad artificial reinaba en todas sus facciones, que sin esta propiedad hubieran tenido una expresión de benevolencia. Lo único de su semblante que no era absolutamente vulgar, eran sus ojos, de pupilas verdes y pestañas amarillas. El ojo derecho parecía un poco más alto que el izquierdo, cuyo párpado medio cerrado comunicaba á su mirada un extraño carácter de *desigualdad* y de somnolen-

cia. La fisonomía de Teglew, que no carecía, por lo demás, de cierto atractivo, tenía una expresión constante de descontento, con cierto tinte de perplejidad, como si persiguiese dentro de sí mismo algún triste pensamiento, al que no pudiera dar alcance. Todo esto no le prestaba ninguna elevación; más bien tenía el aspecto de un hombre secretamente ofendido. Hablaba muy poco, con una voz ronca, tartamudeando y repitiendo las palabras sin necesidad. No empleaba en la conversación las expresiones extrañas propias de los «fatalistas,» y sólo en sus cartas recurría á ellas, pareciendo su letra la de un niño. Sus jefes le miraban como un oficial «así, así,» no muy capaz ni celoso. «Es puntual, pero no es solícito,» decía de él un general de brigada, de origen alemán. Para los soldados era lo mismo, «así, así,» ni carne, ni pescado. Vivía modestamente, según su posición. A la edad de nueve años, quedó huérfano. Su padre y su madre se habían ahogado, en la época de las crecidas primaverales, al atravesar en una barca el río Oka. Educado en un colegio particular, era contado entre los discípulos más lentos de comprensión y entre los más tranquilos; siguiendo sus aficiones y por la recomendación de un primo, hombre influyente, se hizo corneta de la artillería montada de la guardia, y sufrió, no sin grandes trabajos, el examen de abanderado, y por último, el de subteniente. Sus relaciones con los demás oficiales eran bastante tirantes. No le querían; iban raras veces á su casa y él tampoco visitaba á nadie. La presencia de los extraños le era incómoda y se encontraba atado y descompuesto..... No tuteaba á nadie; en una palabra, no valía para camarada. Pero se le respetaba, no por su carácter, su talento ó su educación, sino porque se veía en él el sello particular de los personajes «fatales.» Ninguno de los compañeros de Teglew decía: «Hará carrera, se distinguirá;» pero tampoco ninguno juzgaba imposible que estuviese, tarde ó temprano, destinado á hacer alguna cosa extraordinaria, ó á convertirse el día ménos pensado en un Napoleón... Porque en esto consiste la «estrella» que obra, y Teglew era un «hombre predestinado.» Existen, según un proverbio ruso, hombres de «suspiros» y hombres de «lágrimas.»

III.

Dos circunstancias que se referían á sus primeros días de servicio, contribuyeron principalmente á establecer su reputación de hombre «fatal.» El mismo día de su promoción, á mediados de Marzo, se paseaba de gran uniforme sobre el muelle del Neva, en compañía de algunos oficiales como él recientemente nombrados. En aquel año, la primavera había sido precoz; el Neva estaba deshelado, los grandes témpanos se habían derretido; pero el río estaba cubierto de una capa débil y continua de hielo disuelto en el agua. Aquellos jóvenes hablaban y reían, cuando de repente uno de ellos se detuvo: había visto á veinte pasos de la orilla y sobre el hielo que se movía lentamente un perro pequeño; el pobre animal temblaba con todos sus miembros y lanzaba gritos lastimeros. «Está perdido,» murmuró el oficial entre dientes. El perro, arrastrado poco á poco, pasó por delante de una escala que descendía hasta el nivel del agua. De repente Teglew, sin decir una palabra, bajó por la escala, se lanzó sobre la capa de hielo, tan pronto hundiéndose como saliendo á flote, llegó hasta donde estaba el perro, le agarró del cogote, y volviéndose sin otra novedad, le puso en el suelo sano y salvo. El peligro que había corrido Teglew era tan grande, su acción tan inesperada, que sus compañeros se quedaron materialmente petrificados y no salieron de su asombro sino cuando le vieron llamar á un cochero y decirle que le condujera á su casa, pues su uniforme estaba hecho una sopa. En respuesta á sus exclamaciones, Teglew dijo con un aire indiferente que nadie escapa á su destino, é hizo al cochero la señal de marcha.

—Llevaos el perro como recuerdo, le gritó uno de los oficiales.

Teglew hizo un gesto de indiferencia y sus camaradas se miraron entre sí con mudo asombro.

La otra circunstancia se presentó algunos días más tarde en una partida de juego en casa del comandante de su batería. Teglew estaba sentado en un rincón y no tomaba parte

en el juego. «¡Ah, si como en *La sota de espadas*, de Pouchkine, me dijera una vieja de antemano cuáles son las cartas que han de salir!» exclamó un teniente perdiendo el tercer millar de tantos. Teglew se aproximó silenciosamente á la mesa, tomó la baraja, cortó, y diciendo «seis de oros,» volvió los naipes y apareció el seis de oros. «As de bastos,» añadió. Cortó otra vez y salió el as de bastos. «Rey de oros,» volvió á decir, irritado y apretando los dientes. Por la tercera vez habia acertado. Se ruborizó súbitamente. Sin duda él mismo no esperaba tanto.

Excelente golpe: repetidle, le dijo el comandante.

—No me ocupo en jugar á los naipes, respondió secamente Teglew y desapareció en otra habitacion.

Yo no me explico de qué modo adivinó las cartas; pero lo ví con mis propios ojos. Despues de él, la mayor parte de los jugadores allí reunidos trataron de repetir su suerte. Nadie lo logró. El que más pudo, adivinó una carta; pero dos, seguidas, imposible. ¡Y Teglew habia acertado tres! Esta circunstancia confirmó más y más su reputacion de hombre «fatal» y misterioso.

IV.

Se comprende que Teglew se asió en seguida á esta reputacion que le daba una importancia propia y un colorido particular. Este carácter le sentaba bien, como suele decirse, y con su espíritu poco ilustrado, sus conocimientos insignificantes y su enorme amor propio, aquella reputacion le convenia mucho. Merecerla hubiera sido difícil, sostenerla muy sencillo; no tenia que hacer otra cosa sino callar y aislarse. Pero no fué por esta reputacion por lo que yo simpaticé con Teglew y puede decirse me decidí á quererle. En primer lugar, yo era tambien un salvaje y encontraba en él mi semejante; además, era bueno, y en el fondo, de una gran simplicidad. Me inspiraba un sentimiento parecido á la compasion, y fuera de esa reputacion *fatal* que le habia dado la casualidad, creia yo que pesaba sobre él un destino trágico que él mismo ignoraba. Naturalmente, yo no le dejé aperci-

birse de este sentimiento mio, ¡inspirar compasion! ¿Puede haber mayor ofensa para un hombre fatal? Teglew, por su parte, se sentia bien dispuesto hácia mí, se encontraba á gusto en mi compañía, hablaba y se decidia delante de mí á dejar el extraño pedestal donde, no sus esfuerzos, sino los agenos, le habian colocado. Atormentado por un amor propio malsano, se confesaba probablemente en el fondo de su alma que no era justificable su amor propio y que los demás le miraban acaso con desprecio..... mientras que yo, muchacho de 19 años, no le estorbaba, pues el temor de decir alguna vulgaridad ó impertinencia, no le oprimia, en mi presencia, el corazon, que tenia eternamente alerta. Algunas veces se despertaba su locuacidad, y entónces bien se veia que nadie, no siendo yo, era capaz de comprender sus discursos y que su reputacion no hubiera durado mucho tiempo. No solo sabia poco, sino que no leia nada y se limitaba á recoger anécdotas é historias de actualidad. Creia en los presentimientos, en las predicciones, en los presagios, en los encuentros, en los dias fastos y nefastos, en la persecucion ó en la proteccion del destino, en la importancia de la vida, en una palabra.

Creia tambien en ciertos años «climatéricos,» de los que alguno habia hablado antes que él, pero sin comprender lo que queria decir esta palabra. Los «fatales» verdaderos, *pur sang*, no creen deber profesar semejante creencia; su negocio es inspirársela á los demás.... Pero bajo este aspecto yo era el único que conocia á Teglew.

V.

Un dia, me acuerdo que era el dia de San Elías, el 20 de Julio, fuí á visitar á mi hermano y no le hallé. Le habian enviado no sé á dónde, por toda la semana, con una comision del servicio. No teniendo ganas de volver á Petersburgo, me entretuve con mi carabina en los pantanos de las inmediaciones, maté un par de becasas y pasé la noche con Teglew bajo el cobertizo de una cabaña, donde habia establecido, segun sus palabras, su residencia de verano. Char-

lamos de todo un poco, tomando té, fumando la pipa y hablando, ya con el propietario, un finés rusificado, ya con un vendedor ambulante de naranjas y limones que vagaba al rededor de la batería. Este buen hombre, amable y bromista, poseía, entre otros talentos, el de tocar la guitarra; nos contó la historia de un amor desgraciado que en otro tiempo había sentido por la hija de un agente de policía. En su edad madura, este D. Juan de camiseta roja no había experimentado otra pasión desgraciada. Ante la puerta de nuestra granja se extendía una extensa planicie que descendía poco á poco. Un arroyo de cauce profundo mostraba sus reflejos de trecho en trecho. Más allá el horizonte estaba cerrado con un estrecho cinturón de bosques. La noche se acercaba y estábamos solos. Con la noche, la tierra se envolvió en un vapor ligero y húmedo, que estendiéndose por momentos, acabó por convertirse en una espesa niebla. La luna apareció en el cielo, y la niebla fué penetrada y como dorada por su luz. Todo parecía cambiado de sitio, confundido y oscurecido de una manera extraña: lo que estaba lejos parecía estar cerca, lo que estaba cerca parecía estar lejos, lo grande se hacía pequeño y lo pequeño grande..... Todos los objetos eran á un tiempo claros y confusos. Nos habíamos trasportado á un reino de los cuentos de hadas, al reino de la niebla blanca dorada, de la tranquilidad profunda, del ligero ensueño..... Las estrellas brillaban misteriosamente allá arriba con sus destellos de plata á través de ese gran velo blanco. Los dos guardábamos silencio. El aspecto fantástico de esta noche obraba sobre nosotros y nos disponía para lo maravilloso.

VI.

Teglew tomó el primero la palabra, y con sus perplejidades, sus interrupciones y sus repeticiones ordinarias, habló de los presentimientos..... de los fantasmas. «En una noche semejante á esta, me dijo, un estudiante amigo mio, que había sido nombrado tutor de dos huérfanas y que vivía con ellas en un pabellón del jardín, vió una sombra de mujer incli-

nada sobre su lecho, y el día siguiente reconoció á la sombra en un retrato que no habia notado hasta entónces y que era el de la madre de las jóvenes.» Me contó en seguida que sus padres, pocos días antes de su muerte, creían oír constantemente el ruido del agua; que un tío, durante la batalla de Borodino, se salvó de la muerte por una circunstancia insignificante, pues habiéndose bajado para recoger una piedrecilla gris, pasó una bala de cañon por encima de su cabeza, llevándose solamente su largo plumero negro. Teglew prometió enseñarme la piedra que habia salvado á su tío, pues la habia montado en un medallon. Me habló tambien de la mision de todo hombre y de la suya en particular, añadiendo que habia creído en ella hasta entónces, y que si alguna vez llegara á dudar en esta materia, sabria escapar á la duda desembarazándose de la vida, porque entónces no tendria ya la vida ningun interés para él. «Acaso supondreis, me dijo mirándome de reojo, que no tendré el valor suficiente para suicidarme. No me conoceis..... tengo una voluntad de hierro.»

—¡Bonita frase! dije yo para mí.

Teglew quedó pensativo, respiró profundamente, y poniendo su pipa á un lado, me declaró que aquel día, el día de San Elías, día de su santo, tenia una grande importancia para él. «Es, dijo..... es siempre un día de prueba para mí.»

Yo no respondí nada y me contenté con mirarle, sentado delante de mí, inclinado, recogido, perplejo, con su mirada soñadora y turbia fija en el suelo.

—«Hoy, siguió diciendo, una vieja mendiga (Teglew no veia nunca á un pobre sin darle una limosna) me ha dicho que rogaria por mi alma, ¿no es esto bien extraño?»

—Hay muchos que gustan ocuparse de sí mismos constantemente, pensaba yo. Debo, sin embargo, añadir que las últimas palabras de Teglew fueron acompañadas de una expresion inusitada de inquietud y turbacion. No era ya la melancolía «fatal;» alguna cosa le atormentaba y le roia en realidad. Yo estaba particularmente admirado de la expresion de abatimiento que se extendió por sus facciones. ¿Era que sentia ya nacer en él esas dudas, de las que me habia dicho

algunas palabras? Sus camaradas me habian hablado poco ántes de un proyecto presentado por él á sus jefes sobre no sé qué reforma de la artillería y que fué desechado con una repension. Conociendo su carácter, no dudaba yo que no hubiese sido profundamente herido por el desden de sus jefes; pero lo que creia ver en Teglew era alguna cosa más íntima y enteramente personal.

—«Hace frio, dijo de repente, sacudiéndose los hombros. Entremos en la cabaña; ya es hora de dormir.» Esta sacudida le era habitual, así como la costumbre de mover la cabeza á derecha é izquierda, llevando la mano al pescuezo, como el que tiene un cuello muy estrecho. Todo el carácter de Teglew se expresaba, á mi juicio, por ese movimiento inquieto y nervioso. Estaba estrecho en este mundo.

Entramos en la cabaña y nos acostamos, él en el rincon de las imágenes y yo en el opuesto, sobre un banco cubierto con un poco de heno.

VII.

Teglew se revolvió largo tiempo sobre la cama; yo no podia dormir. ¿Sus relatos me habian exitado los nervios, ó bien el aspecto de aquella extraña noche me habia irritado la sangre? No lo sé; pero no podia conciliar el sueño. El deseo mismo de dormir desapareció y seguí con los ojos abiertos, enervado el espíritu, persiguiendo los pensamientos más incoherentes, como acontece siempre en las horas de insomnio. Revolviéndome de un lado y de otro, estendí un brazo, y mis dedos tropezaron con una de las vigas que sostenian la pared. Este choque produjo un sonido débil, pero vibrante y bastante prolongado... sin duda habia caido mi mano sobre un punto hueco. Repetí el golpe, y esta vez voluntariamente. El mismo sonido se produjo. Volví á llamar... Teglew levantó bruscamente la cabeza.

—Riedel, exclamó, ¿habeis oido? Llaman á la ventana.

Hice que dormia. Se me antojó, ya que no podia dormir, dar una broma inocente á mi «fatal» compañero, que volvió á dejar caer su cabeza sobre la almohada.

Esperé un instante y despues dí otros tres golpecitos.

Teglew levantó de nuevo la cabeza y escuchó.

Volví á llamar. Estaba yo acostado de manera que enseñándole mi cara, no podia él ver mi mano, que se extendia por debajo de la manta.

—¡Riedel! gritó Teglew.

No respondí.

—¡Riedel! gritó más alto, ¡Riedel!

—¡Qué! ¿qué hay? dije yo con el tono de un hombre que se despierta.

—¿No oís? Alguien llama á la ventana. ¿Será aquí dónde quieren entrar?

—Será alguno que pasa, dije yo entre dientes.

—Es preciso hacerle entrar ó saber qué es esto.

No le contesté más y seguí fingiendo que dormia.

Pasados algunos minutos, volví á comenzar mi diversion.

—Toc... toc... toc.

Teglew se sentó en la cama en un momento y escuchó.

—¡Toc... toc... toc! ¡Toc... toc... toc!

A través de mis párpados entreabiertos y á favor de la luz blanquecina de la noche, podia seguir perfectamente todos sus movimientos. Se volvía, cuándo hácia la ventana, cuándo hácia la puerta. En efecto, era difícil saber de dónde provenia el ruido; parecia que volaba por la alcoba rozando con las paredes. La casualidad habia puesto mi mano sobre un foco acústico.

—¡Toc... toc... toc!

—¡Riedel! exclamó al fin, ¡Riedel! ¡Riedel!

—¿Pero qué sucede? dije yo bostezando.

—¿Es que de veras no oís nada? Hay alguien que llama.

—¡Y bien, dejadle llamar!—Volví á mi fingimiento y aún dí algunos ronquidos.

Teglew se calmó.

—¡Toc... toc... toc!

Teglew se levantó de la cama, abrió la ventana, y mirando hácia fuera, preguntó con voz ronca: ¿Quién es? ¿Quién llama? Despues abrió la puerta y repitió la pregunta. Un caballo relinchó á lo lejos y todo quedó en silencio.

Teglew volvió á la cama.

—¡Toc... toc... toc!

Teglew se enderezó y se sentó.

—¡Toc... toc... toc!

Teglew se puso rápidamente las botas, se echó el capote militar sobre los hombros y descolgando su sable de la pared, salió de la cabaña. Le sentí dar la vuelta dos veces y preguntar á cada instante: ¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¿Quién llama? Despues, de repente, se calló, se detuvo en la calle, no léjos del rincon donde yo estaba acostado, y sin decir una sola palabra, volvió á entrar en la alcoba y se acostó vestido.

—Toc... toc... toc... hice yo de nuevo. ¡Toc... toc... toc!

Pero Teglew no se movió, ni preguntó nada. Apoyó su cabeza sobre las manos.

Viendo que esto ya no producía efecto, dejé pasar algun tiempo, trascurrido el cual, fingí despertarme, y viendo á Teglew, adopté un aire de asombro.

—¿Habeis salido? le pregunté.

—Sí, respondió con un tono indiferente.

—¿Habeis seguido oyendo ese ruido?

—Sí.

—¿Y no habeis visto á nadie?

—No.

—¿Han cesado ya los golpes?

—No sé. *Ahora* todo me es igual.

—¿Ahora? ¿Por qué ahora?

Teglew no respondió.

Yo tuve un momento de vergüenza y de pesar; pero no pude resolverme á confesarle mi travesura.

—Escuchad, le dije; estoy seguro de que todo eso no existe sino en vuestra imaginacion.

Teglew frunció las cejas.

—¡Ah! ¿creeis eso?

—¿Decís qué habeis oido llamar?...

—He oido tambien otra cosa, me interrumpió.

—¿Qué ha sido ello?

Teglew se inclinó hácia adelante y se mordió los lábios. Evidentemente vacilaba...

—¡Me han llamado! dijo, en fin, á media voz y volviendo la cabeza.

—¡Que os han llamado! ¿Y quién?

—Una... (Teglew continuaba mirando á un lado.) Un sér que hasta hoy yo suponía muerto, sin estar seguro... pero, ahora, he adquirido la certidumbre...

—Os juro, Elías Stepanitch, que todo eso existe sólo en vuestra imaginacion.

—¿En mi imaginacion? repitió Teglew. ¿Quereis asegurarnos por vos mismo?

—No hay inconveniente.

—Entónces, salgamos.

VIII.

Me vestí á escape y seguí á Teglew fuera de la choza. Al otro lado de la calle, en frente de la cabaña, no habia casas, pero se veía un vallado bajo y destrozado por varios sitios, desde el cual una rápida pendiente conducía á la llanura. La niebla continuaba envolviendo todos los objetos; á veinte pasos no se distinguía bien ninguna forma. Atravesamos el vallado y nos detuvimos.

—Aquí es, dijo bajando la cabeza. Estaos quieto, no habéis y escuchad.

Presté atención como él; pero escepto ese murmullo incesante, casi imperceptible, que es como la respiracion de la noche, no oí nada. Mirándonos el uno al otro, permanecimos inmóviles durante algunos minutos, y nos disponiamos á entrar...

—¡Elías! murmuró una voz débil como un soplo, que parecía salir del vallado.

—¡Elías!... ¡Elías! repitió la voz más claramente, tanto que se podía asegurar ser voz de mujer la que se oía. Los dos nos estremecimos.

—¿Y bien? me dijo Teglew en voz baja. Ya no dudareis ahora...

—Esperad, le respondí yo con el mismo tono. Eso no

prueba nada todavía. Es preciso ver si anda por ahí alguno con ganas de divertirse.

Me lancé al través de vallado y me adelanté en la dirección del sitio donde, según lo que yo pude juzgar, se producía aquella voz.

Sentía bajo mis pies la tierra mojada y fría; largas fajas paralelas se perdían en la niebla. Me encontraba en una huerta. Pero nada se movía ni delante de mí ni á mi alrededor. Todo parecía sumergido en el estupor del sueño. Dí aún algunos pasos.

—¿Quién está ahí? exclamé con una expresión que me recordaba bastante la que Teglew había tenido momentos antes.

Prr... Una codorniz asustada salió de entre mis pies y huyó por los aires recta como una bala. Me estremecí involuntariamente... ¡Qué puerilidad!

Miré hácia atrás. Teglew estaba aún en el sitio donde le había dejado. Me acerqué á él.

—Perdeis el tiempo buscándola, me dijo. Esa voz ha llegado hasta nosotros... hasta mí... desde muy léjos.

Se pasó la mano por la cara y se dirigió á paso lento hácia la choza. Pero yo no quería regresar tan pronto y volví al jardín. Que alguno había llamado por tres veces á «Elías,» eso no ofrecía la menor duda; que en esa llamada hubo algo de lastimero y misterioso, tampoco podía yo desconocerlo. Pero, ¿quién sabe? Eso que parecía incomprensible, acaso tendría una explicación tan simple como el ruido que tanto había turbado el sueño de Teglew.

Seguí andando á lo largo del vallado, deteniéndome de vez en cuándo para mirar en torno mio. Cerca del vallado, á poca distancia de nuestra cabaña, se alzaba un añoso sauce de follaje espeso; se le veía como una mancha negra en medio de la blancura de la niebla, de esa blancura opaca que ofusca y detiene la vista mejor que la oscuridad de la noche. De repente me pareció ver alguna cosa grande y viviente agitándose detrás del sauce. Corrí gritando: «¡Deteneos! ¿Quién está ahí?» Sólo oí el rumor de pasos ligeros como los de una liebre. Una extraña figura, ¿hombre ó mujer? no pude distinguirla, se escurrió rápidamente á mi lado. Quise sujetarla;

pero habiendo errado el golpe, tropecé y caí sobre una ortiga que me quemó la cara. Al apoyarme en el suelo para levantarme, sentí bajo la mano un objeto duro; era un peine de cobre tallado y asido á un cordon por el estilo de los que los aldeanos rusos llevan atado á la cintura.

Mis investigaciones ulteriores fueron inútiles y volví á la cabaña con el rostro acribillado de picaduras y con el peine en la mano.

IX.

Encontré á Teglew sentado en un banco. Una vela lucia delante de él sobre la mesa. Estaba escribiendo algo en un álbum pequeño que siempre llevaba consigo. Cuando me vió, escondió precipitadamente el álbum en su bolsillo y se puso á llenar la pipa.

—Mirad, amigo mio, le dije, el trofeo que traigo de mi campaña. Le enseñé el peine y le conté lo que me habia sucedido cerca del sauce. Sin duda, añadí, ha sido un ladron el que he ahuyentado. Ya sabeis que ayer han robado un caballo al vecino.

Teglew sonrió friamente y encendió la pipa. Yo me senté á su lado y le dije:

—¿Estais convencido, Elías Stepanitch, de que la voz que hemos oido venia de esas regiones desconocidas?...

Me impuso silencio con un gesto imperativo.

—Riedel, no tengo gana de bromas, y por lo tanto, haced el favor de no chancearos.

En efecto, Teglew no estaba para bromas. Su faz se habia trasformado.

Parecia más pálido, más expresivo y más alto. Sus extraños ojos *desiguales* vagaban lentamente.

—Jamás creí, continuó, deber contar á otro... á otro hombre lo que vais á oir, y que debia morir... sí, morir en mi pecho; pero evidentemente es necesario y no soy dueño de callar. Es el destino. Escuchad.

Y me contó toda su historia.

Ya os he dicho, señores, que Teglew era un desdichado

narrador; pero lo que me extrañó aquella noche, no fué solamente la dificultad que experimentaba para describir los sucesos que le habian acontecido; el tono de su voz, su mirada, los movimientos de sus manos, de sus dedos—todo parecia en él violento, afectado, falso, en una palabra. En aquel tiempo era yo aún un jóven inesperto y no sabia que la costumbre de expresarse como un retórico, la falsedad de la entonacion y del ademan, puede llegar hasta el extremo de hacer á ciertos hombres incapaces de escapar á este defecto. Es una maldicion de un género especial. Más adelante, me sucedió encontrar á cierta dama que empleaba expresiones tan enfáticas, gestos tan teatrales, movimientos de cabeza tan melo-dramáticos, hablándome de la impresion que le habia causado la muerte de su hijo, de su «incomensurable» dolor, del miedo que tenia de volverse loca, que dije para mí: «¡Cuánto artificio y cuánta mentira! Esta mujer no ha querido nunca á su hijo.» Y ocho dias más tarde, supe, en efecto, que la pobre mujer se habia vuelto loca. Desde entonces fuí más reservado en mis juicios y me fié mucho menos que antes de mis propias impresiones.

Hé aquí en pocas palabras el relato de Teglew. Además de su tio, que era un alto empleado, tenia en Petersburgo una tia no tan elevada, pero bastante rica, que no teniendo hijos, habia adoptado como tal á una niña abandonada, dándola una conveniente educacion y tratándola como si fuese suya. Esta jóven se llamaba María. Teglew la veia casi todos los dias. Acabaron por amarse, y María se entregó á su amante. Se descubrió el misterio, y la tia de Teglew, furiosa, arrojó ignominiosamente de su lado á la pobre muchacha y partió para Moscou, donde adoptó é instituyó su heredera á una señorita noble. María volvió á casa de sus padres, gente pobre y entregada á los vicios, sufriendo allí un trato cruel. Teglew la habia prometido hacerla su esposa, pero no cumplió su promesa. En su última entrevista con ella, fué obligado á explicarse. Quería ella saber la verdad y la supo. «Está bien, dijo, puesto que no he de ser tu esposa, ya sé lo que he de hacer.» Hacia ya quince dias que se verificó esta última entrevista.

—No me he engañado un solo instante sobre el sentido de sus últimas palabras, dijo Teglew; estoy persuadido de que ha puesto fin á su vida y de que es *su* voz... que es *ella* quien me llamaba á lo alto... hácia sí... He reconocido su voz. No hay sino un medio de acabar.

—Pero ¿por qué no os habeis casado con ella, Elías? le pregunté. ¿Acaso no la amabais?

—Sí tal, y la amo aún apasionadamente.

Al oír esta respuesta, señores, miré á Teglew con estupor. Me acordé de un amigo mio, hombre muy inteligente, que se casó con una mujer fea, tonta y pobre, y que fué desgraciado con ella. «¿La amabais, sin duda?» le preguntó alguno en mi presencia. «Nada de eso,» respondió. «Entónces ¿por qué os casásteis con ella?» «Porque sí...» Teglew amaba con pasión á esta jóven y se negaba á casarse con ella. ¿Por qué? Por la misma razon; ¡porque sí!...

—¿Por qué no os casais? volví á preguntarle.

La mirada extrañamente soñolienta de Teglew vagaba sobre la mesa.

—No se puede... explicar eso... en algunas palabras, dijo titubeando. Ha habido motivos... Además, es plebeya. Y mi tío... debo tambien pensar en él.

—¿Vuestro tío? exclamé. ¿Y qué diablos tiene que ver en esto vuestro tío? Apenas le veis una vez al año al girar vuestra visita. ¿Es que contais con su fortuna? ¡Pero si tiene una docena de hijos!...

Yo hablaba con calor. Teglew bajó la cabeza y su semblante se coloreó con un rojo desigual, formando placas...

—Basta de sermones, por favor, dijo con una voz sorda. Además, no me justificaria. Yo soy la causa de su muerte... y ahora será preciso que pague mi deuda.

Despues inclinó la cabeza y calló. A mí no se me ocurría nada que decir.

XI.

Permanecimos en esta actitud un cuarto de hora; él desviaba los ojos; yo le miraba y noté que los cabellos de su

frente se rizaban de una manera particular. En opinion de un médico militar, por cuyas manos habian pasado muchos heridos, era este un signo cierto de calor y sequedad en el cerebro. Me ocurrió la idea de que la mano del destino pesaba, en efecto, sobre aquel hombre, y que sus camaradas tenian motivos para ver en él algo de «fatal.» Mientras tanto, le condenaba en mi interior. «¡Una plebeya! decia yo; ¿y qué especie de aristócrata serás tú?»

—Me condenais, quizás, Riedel, dijo de pronto Teglew, como si hubiese adivinado mi pensamiento. Yo mismo..... bien me pesa. Pero, ¿qué hacer, qué hacer?

Apoyó su barba sobre la palma de la mano y se entretuvo mordiendo las uñas largas y planas de sus dedos cortos y rojos, fuertes como barrotes de hierro.

—Opino, Elías Stepanitch, que os es preciso aseguraros de la realidad de vuestros presentimientos..... Acaso vuestra amante se encuentra perfectamente de salud.

Luego pensé rápidamente. ¿Será necesario decirle la verdadera causa del ruido? No; más tarde.

—No me ha escrito una sola vez desde que estamos en el campo, observó Teglew.

—Eso no prueba nada, Elías.

Teglew hizo con la mano un gesto negativo.... «No: ella no está en este mundo.... Me ha llamado....»

De repente volvióse hácia la ventana. «Ya llaman otra vez.»

Me sonreí involuntariamente: «Dispensad, Elías, esta vez son vuestros nervios. Mirad, mirad el alba; dentro de diez minutos saldrá el sol; son ya las cuatro y los fantasmas no salen de dia.»

Teglew me dirigió una mirada sombría, y murmurando entre sus dientes un «adios,» se acostó sobre el banco y me volvió la espalda.

Me acosté tambien, y recuerdo que antes de dormirme pensé que todas aquellas reticencias de Teglew querian decir esto: «Tengo la intencion de matarme.» ¡Qué absurdo! ¡Qué romanticismo! El mismo ha rehusado casarse, y despues de renunciar á esto, se le antoja de pronto un suicidio. ¡Esto no tiene sentido comun! ¡No puede remediarlo!

Después de la reflexión, me dormí profundamente; cuando abrí los ojos, el sol iba ya muy alto y Teglew no estaba en la cabaña.

Su criado me dijo que había partido para la ciudad.

XII.

Pasé un día cansado y enojoso. Teglew no volvió á comer ni á cenar. Por otra parte, yo no esperaba á mi hermano. Al anochecer se formó una niebla aún más espesa que la de la víspera. Me acosté temprano. Al ruido de un golpe bajo mi ventana, desperté.

Ahora me tocaba á mí temblar.

El ruido se repitió, pero tan real, tan claro, que no era posible dudar de su realidad. Me levanté, abrí la ventana y ví á Teglew. Envuelto en un capote, con la gorra metida hasta los ojos, estaba de pié, inmóvil.

—¡Elías Stepanitch! exclamé; ¿sois vos? No os esperábamos ya. Entrad. ¿Acaso la puerta está cerrada?

Teglew movió negativamente la cabeza.

—No quiero entrar, dijo con voz sorda: quería solamente suplicaros que mañana entregueis esta carta al comandante de la batería.

Y me alargó, diciendo esto, un paquete cerrado con cinco sellos. Yo vacilaba, pero sin embargo, maquinalmente tomé la carta. Teglew se alejó en seguida, poniendo la mitad de la calle entre los dos.

—Eh, deteneos, esperad, le dije. ¿A dónde vais? ¿Ha llegado ya el momento? ¿Qué significa esta carta?

—¿Me prometeis entregarla? preguntó Teglew, alejándose aún algunos pasos.

La niebla desvanecía su sombra.

—¿Me lo prometeis?

—Os lo prometo..... pero primero decidme.....

Teglew se fué perdiendo en la oscuridad como una gran mancha sombría.—«Adios, dijo, adios, Riedel, no guardéis mal recuerdo de mí..... y no olvidéis á Simeon.....»

Y la mancha desapareció.

Esto ya era demasiado. «¡Oh, maldito fraseólogo! pensaba yo. ¿Es fuerza que siempre te empeñes en hacer efecto?»

A pesar de esto, experimenté una impresión penosa; un temor involuntario oprimía mi pecho. Me eché el capote á la espalda y salí.

XIII.

¿Y á dónde ir? La niebla me envolvía por todas partes. A cinco ó seis pasos era todavía bastante clara; pero más allá se condensaba en una especie de muralla floja y blanca como el algodón en rama. Me dirigí hácia la derecha por una callejuela que terminaba allí, pues nuestra casa era la anteúltima. Más allá empezaba la llanura solitaria cubierta de algunos matorrales. En la extremidad de esta llanura, á cuatro verstas del lugar, existía un bosquecillo de abedules atravesado por el arroyo que un poco más abajo rodeaba al pueblo. Yo conocía muy bien estos sitios por haberlos visto de día muchas veces; pero entónces no distinguía nada, y sólo por el espesor y blancura más sensible de la niebla podía adivinar el punto donde descendía el terreno y corría el arroyuelo. La luna parecía en el cielo una mancha pálida. Pero su luz no tenía como la noche precedente fuerza bastante para romper la espesura vaporosa de la niebla que estaba suspendida en lo alto como un vasto telón mate. Entré en el campo y escuché; no se oía nada, como no fuese el silbido de algún chorlito que piaba de cuando en cuando.

—¡Teglew! grité. ¡Elías! ¡Stepanitch! ¡Teglew!

Mi voz se estinguió en torno mio sin eco, como si la niebla la hubiera impedido estenderse.

—¡Teglew! repetí.

Nadie respondió.

Seguí andando á la ventura. Dos veces tropecé con un vallado, otra vez estuve á punto de sepultarme en un hoyo. Luego caí sobre un caballejo rústico que estaba tendido en el suelo.

—¡Teglew, Teglew! seguí gritando.

De repente, detrás de mí y á poca distancia oí una voz muy débil.

—Héme aquí... ¿Qué me quereis?

Me volví bruscamente... Ví delante de mí á Teglew, con los brazos colgando, la cabeza al aire, pálido, pero con los ojos animados y más grandes que de costumbre. Respiraba larga y fuertemente á través de sus lábios entreabiertos.

—¡Alabado sea Dios! exclamé en un acceso de alegría, y le cogí las dos manos. ¡Alabado sea Dios! Ya desesperaba de encontraros. ¿No teneis vergüenza de darme semejantes sustos? Pensad, Elías Stepanitch, que...

—¿Qué me quereis? repitió Teglew.

—Quiero... quiero, en primer lugar, que nos volvamos juntos á nuestra cabaña; despues, quiero, exijo de vos como de un amigo, que me expliqueis al momento lo que significa vuestra... vuestra conducta y esta carta al coronel. ¿Os ha sucedido en Petersburgo algun lance inesperado?

—¿En Petersburgo? He encontrado justamente lo que yo esperaba, respondió Teglew sin moverse.

—¿Será... es decir, que... vuestra amiga, María?...

—Se ha matado, respondió Teglew con prontitud y con un aire siniestro: antes de ayer la han enterrado. No me ha dejado escrita una palabra; se ha envenenado.

Teglew pronunció estas horribles palabras como quien tiene prisa y sin hacer un solo movimiento.

Yo crucé las manos.

—¡Es posible! ¡Qué desgracia! Vuestro presentimiento se ha cumplido! ¡Eso es horrible!

Todo turbado me callé. Teglew se cruzó de brazos tranquilamente y con cierto aire de triunfo.

—Pero, repuse yo, ¿por qué nos estamos aquí? Volvamos á nuestro albergue.

—Volvamos, dijo Teglew. ¿Pero cómo encontrar el camino con esta niebla?

—Se vé una luz en las ventanas. Nos guiaremos por ella. Vamos.

—Andad delante, respondió Teglew, ya os sigo.

Nos pusimos en marcha. Durante cinco minutos anduvi-

mos sin ver la luz conductora. Al cabo dos puntos rojos brillaron á lo lejos. Teglew me seguia lentamente. Yo ardia en deseos de llegar á la casa y saber de su boca todos los detalles de su desgraciado viaje á Petersburgo. Impresionado con lo que me habia dicho y en un acceso de arrepentimiento y de temor supersticioso, le confesé antes de llegar á la cabaña que yo era el autor del ruido misterioso de la víspera.... ¡Qué giro tan trágico habia tomado aquella chanza!

Teglew se limitó á decir que yo no intervine en aquello para nada, que algun extraño impulso habia dirigido mi mano, y que eso probaba únicamente lo mal que yo le conocia. Su voz, admirablemente tranquila é igual, resonaba cerca de mi oido. «Pero ya me conoceréis,» añadió, «os ví sonreir ayer cuando os hablaba de la fuerza de la voluntad... Ya me conoceréis y os acordareis de mis palabras.»

La primera cabaña del villorrio surgió de entre la niebla entre nosotros como una sombría aparicion; luego vimos aparecer la segunda, la nuestra, y ladró mi galgo, reconociéndome probablemente por el olfato.

Llamé á la ventana.—¡Simeon! grité al criado de Teglew, ¡eh! Simeon, abre pronto la barrera.

La barrera, empujada bruscamente, tropezó en la empalizada y se balanceó. Simeon la sostuvo.

—Elías Stepanitch, entrad, dije, y me volví...

No estaba ya Elías Stepanitch detrás de mí. Teglew habia desaparecido como si le hubiera tragado la tierra.

Entré en la casa completamente descorazonado.

XIV.

Un vivo descontento contra Teglew, contra mí mismo, reemplazó á la consternacion que en los primeros momentos se apoderó de mí. «¡Tu amo es loco, dije bruscamente á Simeon, positivamente loco! Ha ido á galope á Petersburgo; despues ha vuelto y luego se ha echado á correr por esos campos. Vuelvo á encontrarle, le traigo hasta la puerta y ¡píf! se escapa de nuevo. ¡Con una noche como esta, quedarse fuera de casa! ¡Bonito tiempo ha elegido para pasearse!

—¿Y por qué le he soltado la mano? me preguntaba yo á mí mismo pesaroso.

Simeon me miró silenciosamente, como si quisiera decirme alguna cosa. Pero, según la costumbre de los criados de aquel tiempo, se contentó con un leve pataleo.

—¿A qué hora salió para la ciudad? pregunté con seriedad.

—A las seis de la mañana.

—¿Y parecía preocupado ó triste?...

Simeon bajó los ojos.

—Mi amo es un hombre particular. ¿Quién es capaz de comprenderle? Al partir para la ciudad, ha pedido su uniforme y se ha rizado.

—¿Cómo rizado?

—Se ha rizado el pelo. Y yo le he preparado los hierros. Debo confesar que no esperaba esta salida.

—¿Conoces tú á una señorita, pregunté á Simeon, amiga de Elías Stepanitch, que se llama María?

—¿María Anempodistovna? ¡Pues no la he de conocer! es una linda muchacha.

—Tu amo está enamorado de ella, y por consiguiente....

Simeon suspiró.

—Es por esa señorita por quien Elías Stepanitch se perderá, porque la ama locamente, mas no se decide á casarse, y renunciar á ella, también le cuesta. Eso consiste en su debilidad. La ama verdaderamente mucho.

—¿Y.... es bonita? dije yo con curiosidad.

Simeon se puso serio.

—A los señores les gustan así.

—¿Y á tí, qué te parece?

—A nosotros, no nos convienen esas cosas.

—Pues, ¿por qué?

—Es muy delgada.

—¿Y si se muriera, repuse, crees tú que Elías Stepanitch la sobreviviría?

Simeon suspiró otra vez.

—Nosotros no entendemos de eso. Esas son cosas de ustedes. Pero mi amo es muy particular.

Tomé de la mesa la carta, bastante abultada, que me en-

tregó Teglew y la miré. La dirección expresaba los títulos, el nombre y apellido del coronel, cuidadosa y minuciosamente escritos. En el ángulo superior del sobre se distinguía la palabra URGENTE, subrayada dos veces.

—Escucha, dije á Simeon. Temo por tu amo. Creo que ha concebido algún mal designio. Es necesario absolutamente que vayamos á encontrarle.

—Está bien, señor, respondió Simeon.

—Verdad es que hay tanta niebla por ahí fuera, que no se vé nada á dos pasos. Pero no importa; es preciso intentarlo. Tomaremos cada uno una linterna, y por si acaso, pondremos una luz en cada ventana.

—Está bien, señor, repitió Simeon.

Encendió las linternas, colocó las luces y salimos.

XV.

Difícil me sería referir las veces que equivocamos el camino y que nos vimos perdidos. Las linternas no nos servían de nada. No se conseguía con ellas desvanecer, ni poco ni mucho, la bruma blanca y casi clara que nos envolvía. Simeon y yo nos perdimos muchas veces el uno al otro, á pesar de nuestras exclamaciones repetidas; yo gritando «¡Teglew! ¡Elías Stepanitch!» y él diciendo: «¡Señor amo! ¡Señor!»

La niebla nos turbaba de tal suerte, que vagábamos como en un sueño. Los dos nos pusimos roncos; la humedad nos penetraba hasta el fondo del pecho. A pesar de todo y gracias á las luces colocadas en las ventanas, pudimos volver á la cabaña. Nuestras pesquisas en comun no tuvieron resultado. Nos estorbábamos el uno al otro, y resolvimos no pensar otra vez en no perdernos, sino en ir cada uno por su lado. El se dirigió hácia la izquierda; yo hácia la derecha, y pocos momentos despues cesé de oír sus voces. La niebla, segun me pareció, habia penetrado hasta mi cerebro: yo vagaba errante y como perdido, limitándome á gritar: ¡Teglew! ¡Teglew!

—¡Héme aquí! respondió de repente una voz.

¡Por Dios, que me consideré dichoso! Me precipité con

avidez hácia el sitio de donde venia la voz. Una forma humana se dibujó débilmente ante mi vista como una mancha negra. Corrí hácia ella... ¡Por fin!...

Pero en lugar de Teglew, me encontré con otro oficial de la misma batería, llamado Telepnew.

—¿Sois vos quien me habeis respondido? le pregunté.

—¿Sois vos quién me habeis llamado? dijo á su vez.

—No: he llamado á Teglew.

—¿Teglew? Acabo de encontrarle ahora mismo. ¡Hace una noche bestial! ¡no hallo medio de entrar en casa!

—¿Habeis visto á Teglew? ¿Por dónde iba?

—Por allí, me parece, dijo el oficial, indicando vagamente una direccion. Pero ahora ya no es posible reconocer sus huellas. Vos mismo ¿sabeis dónde está el pueblo? No hay más que una probabilidad de acierto; la de oír ladrar algun perro. ¡Qué noche tan estúpida! ¿Me permitís encender mi cigarro? Me parece que un cigarro alumbra un poco el camino.

Por lo que yo pudo conjeturar, aquel oficial estaba un poco alegre.

—¿Y no os ha dicho nada Teglew?

—Sí tal: Yo le he dicho «Camarada, buenos dias,» y él me ha contestado «Adios, camarada.»—¿Cómo adios? ¿Por qué adios?—«Sí, me ha dicho, me voy á pegar un pistoletazo.» ¡Qué original!

Me faltó la respiracion.

—¿Decís que os ha respondido?...

—¡Qué original! repitió el oficial, y se alejó de mí.

No habia yo vuelto de la impresion que me produjo la respuesta del oficial, cuando mi nombre, fuerte y repetidamente pronunciado, llegó á mi oido. Reconocí la voz de Simeon.

Le contesté y se me acercó.

XVI.

—¿Y bien? ¿Has encontrado á Elías Stepanitch?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ahí, muy cerca.

—¿Cómo le has encontrado?... ¿Vivo?

—¡Pardiez! ya lo creo; como que le he hablado. Ya estoy tranquilo. Está sentado bajo un árbol, envuelto en su capote... y nada más. Le dije: «Elías Stepanitch, haced el favor de entrar en casa. Alejandro Riedel está muy inquieto por vos.» Y me ha respondido: «¿Y por qué se halla inquieto? Tengo ganas de respirar el aire libre. Me duele la cabeza. Vete á casa: ya iré luego.»

—¿Y le has dejado? exclamé yo juntando las manos.

—¿Y qué hacer? Me lo ha mandado. ¿Cómo era posible que yo me hubiese quedado?

Todos mis temores reaparecieron á la vez.

—Condúceme hácia donde está... ¡Pronto! ¿Oyes? ¡En seguida! ¡Ah, Simeon, Simeon, no esperaba eso de tí! ¿Dices que está muy cerca de aquí?

—Muy cerca. Allí, donde empieza el bosque... está sentado á dos *sagenas* (1) nada más del rio. Yo he tropezado con él, siguiendo toda la orilla.

—¡Vamos, anda, guíame!

Simeon tomó la delantera.—«Por aquí. ¿No veis? No hay sino seguir el rio, y allí... en un instante...

Pero en lugar de encontrar el rio, nos hallamos al borde de un barranco, en frente de un tinglado vacío.

—¡Eh, deteneos! exclamó de pronto Simeon. Creo que hemos tomado muy á la derecha. Volvamos un poco por este lado.

Volvimos á la izquierda y fuimos á dar en un matorral tan espeso, que nos costó trabajo salir de él. Por lo que yo recordaba, no existía un zaizal tan grande en las inmediaciones del lugar. Despues vimos al punto cabrillar á nuestros pies un pantano cubierto de manchas de musgo que tampoco habia yo visto nunca. Nos volvimos atrás y se elevó ante nosotros un montículo de áspera pendiente coronado

(1) Medida rusa de longitud, que equivale próximamente á siete piés. La versta tiene 500 sagenas, ó sea un kilómetro. (Nota de la R. C.)

por una cabaña de la que parecía salir una especie de ronquido. Llamamos repetidas veces Simeon y yo al habitante de la cabaña. Alguna cosa se agitó en el fondo, la paja se movió y una voz ronca lanzó el grito de los vigilantes nocturnos. Nos volvimos de nuevo... ¡la llanura! ¡la llanura!.. ¡nada más que la llanura!

Me acometieron en este momento fuertes ganas de llorar. Me acordé de las palabras del bufon en *El rey Lear*: «Esta noche acabará por volvernos locos á todos.»

—¿Y á dónde dirigirnos? pregunté con angustia á Simeon.

—Ya lo veis, señor. Yo creo que algun espíritu maligno se mezcla en todo esto, respondió el pobre hombre completamente desorientado. Este es un asunto poco claro.....

Iba yo á irritarme contra él..... cuando un sonido, débil, pero distinto, que llegó á mi oído, absorbió toda mi atención. Pareció el ruido que produce un corcho sacado de una botella de boca estrecha. Este sonido se produjo, sin duda, cerca de mí. ¿Por qué me pareció que aquel sonido tenia algo de particular y de extraño? No puedo decirlo; pero me dirigí en seguida hácia el sitio donde yo le oí.

¡Simeon me siguió! Al cabo de breves instantes, una sombra ancha y alta apareció vagamente á través de la niebla.

—¡El bosque! ¡Aquí está el bosque! exclamó alegremente Simeon: ¡mirad! mi amo está sentado todavía bajo el abedul..... donde yo le he djado. ¡Si, él es!

Miré y en efecto; un hombre estaba sentado en el suelo al pié de un abedul, replegado sobre sí mismo en una actitud extraña. Me adelanté velozmente hácia él y reconocí el capote de Teglew, su rostro, su cabeza inclinada sobre el pecho.—¡Teglew! exclamé..... pero no respondió.

—Teglew, repetí, poniéndole la mano sobre el hombro.

Se inclinó de repente hácia adelante, como si hubiese obedecido al choque, y rodó sobre la yerba. Le levantamos en seguida. Su semblante no estaba pálido, sino inmóvil, inerte; sus lábios contraídos estaban blancos, y sus ojos abiertos y fijos habian conservado la mirada soñolienta y *desigual* que le era habitual.

—¡Dios mio! murmuró de pronto Simeon, mostrándome su mano empapada en sangre. La sangre salía del lado izquierdo de Teglew, por debajo del capote.

Se había matado con un cachorrillo que estaba en el suelo junto á él. El ruido débil que yo había oído era el del golpe fatal.

XVII.

Los camaradas de Teglew no se sorprendieron mucho de este suceso. Ya os he dicho que esperaban de él, como personaje «fatal,» alguna cosa extraordinaria. Es probable, sin embargo, que no esperasen nunca un suicidio.

En la carta suplicaba Teglew al comandante de la batería que borrara de las listas al subteniente Teglew como suicida; declaraba despues que el dinero que se encontrase en su cofre serviría con exceso para pagar sus deudas, y por último, rogaba al comandante que remitiese al jefe superior del cuerpo de la guardia otra carta sin cerrar que estaba dentro de la primera. Teglew había evidentemente escrito esta segunda carta con mucho cuidado:

«Mirad, Alteza (es así, bien me acuerdo, como empezaba), cuán severo sois castigando como lo haceis la más ligera irregularidad en el uniforme, la más leve infracción de la ordenanza, cuando se cuadra en vuestra presencia un oficial pálido y tembloroso; aquí estoy yo, que me presento ahora ante nuestro juez comun, íntegro é incorruptible, ante el Sér Supremo, ante un sér infinitamente más importante que Vuestra Alteza, y me presento sencillamente, de capote y hasta sin corbata».....

¡Ah! ¡qué penosa impresion produjo en mi ánimo esta última frase, de la que cada palabra, cada letra, estaba cuidadosamente escrita con una mano infantil! ¿Cómo, me preguntaba yo interiormente, cómo pensar en tales tonterías en semejante momento? Y, evidentemente, aquella frase le había gustado á Teglew. El acumuló en su carta, segun la moda de entónces, todos los epítetos, todas las amplificaciones á lo Marlinsky. Hablaba en seguida del destino, de sus perse-

cuciones, de su mision, que quedaba incompleta, de un secreto que llevaba á la tumba, de las gentes que no habian querido comprenderle, y áun citaba unos versos, en los que cierto poeta dice que la multitud lleva la vida «como un collar» y se adhiere al vicio «como el fruto de la bardana,» todo ello con muchas faltas de ortografía.

A decir verdad, esta última carta del pobre Teglew era bastante vulgar, y me imagino la espresion desdeñosa del alto personaje al cual estaba dirigida; me figuro perfectamente el tono con que debió decir: «¡Mal oficial! ¡Una mala yerba de ménos!» Al final de la carta, sin embargo, encontró Teglew una palabra de sentimiento, salida del corazon. «¡Ah! mi Alteza» decia terminando: «yo soy huérfano; en mi niñez no encontré á nadie á quien amar; todo el mundo huia de mí, y el único corazon que me cobró afecto le he matado yo mismo.»

Simeon encontró en el bolsillo del capote de Teglew el pequeño álbum que su amo no abandonaba nunca. Pero casi todas las hojas estaban arrancadas; no quedaba más que una en la que se hallaba la siguiente nota:

Napoleon

nació el 15 de Agosto de 1769.

1769	
1	} 15 del mes.
5	
8	octavo mes del año.

1783

1

7

8

3

TOTAL... ¡19!

Elías Teglew

nació el 7 de Mayo de 1807.

1807

7 del mes.

5 quinto mes del año.

1819

1

8

1

9

TOTAL... ¡19!

Napoleon,
muerto el 5 de Mayo de 1821.

Elías Teglew,
muerto el 21 de Julio de 1830.

1821	1830
5 del mes.	2 } 21 del mes.
5 quinto mes del año.	1 } 7 sétimo mes del año.
<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>
1831	1840
<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>
1	1
8	8
3	4
1	0
<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>
TOTAL... ¡13!	TOTAL... ¡13!
<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>	<hr style="width: 100px; margin: 0 auto;"/>

¡Pobre hombre! ¡Acaso por alguna de estas coincidencias ingresó en el cuerpo de artillería!

Le enterraron como á un suicida, fuera del cementerio, y nadie pensó más en él.

XVIII.

Al dia siguiente del entierro de Teglew (yo seguia en el villorrio, esperando aún á mi hermano), Simeon entró en la cabaña y me dijo que Elías queria verme.

—¿Qué Elías? pregunté.

—El vendedor ambulante...

Ordené que le dejasen entrar.

En efecto, se presentó el buen hombre. Pronunció algunas palabras de pésame sobre el señor subteniente, preguntando qué diablo de idea le habia precipitado.

—¿Te debia algo? le dije.

—No señor, no. Todo lo que me compraba lo pagaba al contado. Pero venia por el...

Aquí se sonrió y siguió diciendo:

—Habeis encontrado una cosilla que me pertenece.

—¿Qué cosilla?

—Ahí está, precisamente.

Y me señaló con el dedo el peine labrado que estaba sobre es mi tocador.

—Es una cosa que vale poco, añadió el pícaro, pero como es un regalo que me han hecho...

Me cogí la cabeza entre las manos. Un rayo de luz alumbró mi pensamiento.

—¿Tú te llamas Elías?

—Sí, señor.

—¿Entonces era á tí.... á quien la otra noche.... cerca del sauce....

A esta pregunta, me guiñó el ojo y sonrió con picardía.

—Sí señor, á mí....

—¿Era á tí á quien llamaban?

—A mí, repitió con un aire de picaresca modestia. Una muchacha, dijo hablando en falsete, que por motivo de la gran vigilancia de sus padres....

—Bueno, bueno, repuse interrumpiéndole. Le entregué su peine y le despedí.

Ya sabemos quién era el Elías.. . .

Y diciendo esto me engolfé en reflexiones filosóficas, de las que no quiero daros cuenta, porque no estoy dispuesto á estorbar á nadie que crea en el destino, en la predestinacion y en todo lo que quiera respecto á la «fatalidad.»

De regreso á Petersburgo, tomé informes de María, y áun encontré al doctor que la habia asistido. Con gran asombro mio, supe de él que María no se habia envenenado, sino que habia muerto del cólera. Yo le referí todo cuanto Teglew me habia dicho.

—¡Ah! ¡ah! exclamó de repente el doctor: ¿Teglew, un oficial de artillería, de estatura regular, un poco encorvado; que tartamudeaba y que...

—El mismo.

—Sí, es el mismo. Pues bien; ese oficial se presentó un dia en mi casa; yo no le conocia y empezó asegurándome que esa jóven se habia envenenado. «Ha muerto del cólera,» le dije. «No; ¡envenenada!...» respondió. «No, hombre, no; ha sido el cólera...» repliqué. «Nada de eso, me dijo; ¡el ve-

«¡el veneno!» Calculé que era víctima de una idea fija; que aquel hombre de nuca tan ancha debía ser muy testarudo y que me estaba sofocando sin necesidad... Después de todo, pensé, ¿qué importa? El enfermo ha muerto... «Y bien, sea, le dije. María se ha envenenado, ya que os empeñais en ello.» Me dió las gracias y desapareció.

Referí al doctor cómo ese mismo oficial se había suicidado el mismo día.

El doctor no pestañeó y se limitó á hacerme notar que en el mundo hay entes originales de muchas especies.

—Efectivamente, los hay, repetí yo con él.

Pero alguien ha dicho una frase más oportuna respecto á los suicidas: «mientras no ejecutan sus designios, nadie los cree: después que los han realizado, nadie los compadece.»

N. Z.

DESTELLOS.

Nace la rosa,
Dá su perfume,
Muestra sus galas
Y se consume.

La mariposa,
Que es flor con vida,
Bate sus alas,
Muere en seguida.

—
Todo lo bello
Pasa en el mundo
Como la rosa,
Flor de un segundo.

Todo destello
Del génio altivo,
Cual mariposa
Va fugitivo.

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

DEL EFECTISMO EN EL ARTE.

I.

Entre las distintas tendencias, entre las manifestaciones diversas del arte en general, viene desde hace pocos años advirtiéndose otra division, no ménos famosa que la antigua de clásicos y románticos, y que no ha dado lugar á menor número de controversias. En discusiones de ateneos, en revistas literarias y conversaciones particulares, viene desde hace pocos años tratándose con interés y calor de lo que han dado en llamar realismo, fenómeno, si no nuevo en el arte, al ménos no tan advertido y estudiado como lo es ahora. Imitacion de la naturaleza, exageracion de la verdad, servilismo en la copia, falta de idealidad en la concepcion, complacencia en la pintura de lo deforme y áun de lo repugnante.... Esto y mucho más se ha dicho del realismo, con tan escasa unanimidad de acuerdos, que la cuestion planteada, no solo no ha sido resuelta todavía, sino que su enunciacion solamente ha dado origen á mayor vaguedad en su concepto.

Tomado el realismo en su significacion etimológica, que es la más generalizada, es realismo manifiesta tendencia en el artista á encerrar su obra dentro de los límites de lo real y de lo verdadero, hasta el extremo de rechazar á título de inverosímil todo aquello que por demasiado ideal nunca se efectúe ó rara vez tenga lugar dentro del círculo de la naturaleza. Pero si este es el concepto más genérico y aproximado del realismo, al propio tiempo que el más general, al llevarle al terreno de la aplicacion y al uso de la crítica, nos encon-

tramos con que en repetidas ocasiones se ha abusado de su nombre para designar obras y áun géneros, cuyas condiciones estaban muy distantes de hallarse incluidas en las exigencias de este concepto.

Una cierta tendencia que en las modernas artes plásticas se observa, y otro especial carácter de la novela y el teatro contemporáneos, principalmente en Francia, han sido considerados como manifiesta propension del arte al realismo, cuando precisamente los géneros tomados para esta cuestion como modelos, son en nuestro juicio y sentir prueba patente de expresion diametralmente contraria. Ni los dramas de Dumas, Augier y Sardou, ni las novelas de Feydeau ni ménos las de Belot, pueden de manera alguna ser expuestos como ejemplo de realismo. ¿Son personajes reales, son siquiera séres verosímiles el *Montjoye* de Sardou, la *Princesa Georges* de Dumas, el *Vautrin* de Balzac y la *Mujer de fuego* de Belot?

En las artes plásticas, dejando á un lado las animadas figuras en barro de Leopoldo Harzé y los minuciosos cuadros de Meissonier, y viniendo á esta última reaccion que ha hecho en el arte del color y del espacio nuestro compatriota Fortuny, ¿podrán con justicia estricta considerarse como ejemplo de realismo sus atrevidos óleos y sus valientes acuarelas?

¡Realista el moderno drama francés, social (?) y de costumbres (!)! ¡Realista la pintura de Fortuny y de su reciente, pero ya estendida escuela! Medrados estamos si en los venideros siglos han de juzgar nuestra época por la lectura de la *famille Benoiton* de Sardou, ó han de imaginarse el *átrio de San Ginés* mirando el lienzo de Fortuny; unos creerán que nuestra sociedad ha sido una inmensa sucursal de Melilla y Ceuta, y otros afirmarán que la parroquia de la calle del Arrenal estaba revocada con los pintorescos y llamativos colores de su magnífico pañuelo de *yervas*.

Si el realismo es el arte de lo verdadero, ni el drama francés, ni la novela francesa, ni la tendencia hoy en boga en la pintura, pueden de manera alguna considerarse realistas. Hemos apuntado, que para algunos, el realismo es la expre-

sion de lo exagerado, de lo deforme, y á veces de lo repugnante. Este es un error fundamental, porque supone desconocimiento de lo que por *real* debe entenderse; pero, aparte del error, la aplicacion no deja de ser oportuna, porque, en efecto, en el drama, en la novela, en la pintura y otras varias manifestaciones del arte moderno, no pocas veces halla el observador algo de deforme y áun repugnante y mucho de exagerado.

Peró como la exageracion no afecta nunca más que á la manera de presentarse, y no al modo de ser; como es una condicion, pero no una esencia, de aquí que puede ser varia y múltiple en sus formas. Y, en efecto, fácil seria observar en la historia general del arte que esa tendencia á la exageracion que hoy ha originado el *pseudo-realismo*, en otras épocas se ha presentado asociándose á otras manifestaciones, en las que, aunque bajo distinta forma, ha dejado indeleblemente grabado su sello.

II.

La exageracion es siempre la falsedad, y la falsedad en el arte es lo mismo que la falsificacion en joyería. Para ojos vulgares un diamante *americano* acaso prodigue más bellas luces que un verdadero diamante de los Urales; pero la torpeza del comprador no disculpará nunca el fraude por parte del diamantista. Desgraciadamente, en el arte no hay más que un tribunal de apelacion que se llama posteridad, tan lento en sus maneras de proceder, que su fallo no alcanza á los culpables hasta mucho tiempo despues que han dejado de existir.

Esta exageracion, que no puede jamás aparecer sin una marcada degradacion del gusto, es siempre señal característica de los períodos de decadencia. Cuando un ideal artístico está agotado, y el público anhela novedades, el artista, buscando el efecto, llega á la extravagancia.

En el arte dramático de la Grecia antigua, Esquilo es el sublime, y Sófocles, el humano. Pero la tragedia griega tiene por único elemento los terribles crímenes de la familia de los Atridas, y Eurípides, encerrado en tan estrecho

círculo, al tener que sacar por tercera vez á la escena la venganza de Electra, las luchas de Eteocles y Polinice y la desesperacion de Orestes, buscando originalidad, dió á sus obras un carácter realista. La decadencia se indica en Eurípides, continúa en Aristófanes y se extrema en Licofron. El arte dramático griego desciende desde lo sublime á lo humano, desde lo humano á lo real, desde lo real á lo cómico, desde lo cómico... á la exageracion que se aproxima á lo grotesco.

La ampulosidad, la hinchazon, la falsedad; hé aquí los signos característicos de decadencia que ofrece en Licofron el teatro griego. ¿Puede haber nada más hinchado, más conceptuoso y más absurdo que la relacion de la *Alexandra* en que se refiere la estancia de Hércules en las entrañas de una ballena?

Otro escritor que siendo romano pertenece, sin embargo, al número de los trágicos griegos, Séneca, continúa exponiendo en la lengua del Lacio á *Edipo*, y á *Hércules*, á *Agamenon* y á *Medea*; pero sin verdad en los caracteres, sin arte en la trama, fiando todo el éxito á la brillantez del estilo. Un mensajero anuncia á Teseo que Hipólito ha perecido devorado por un mónstruo; entónces el padre le interrumpe exigiéndole haga una descripcion detallada del enorme animal. ¿Qué importa la verosimilitud si los espectadores aplauden los versos de descripcion tan inoportunamente colocada?

Esta exageracion que en varios sentidos se manifiesta irremisiblemente en todo arte que atraviesa un período de decadencia; esta mistificacion del génio por medio del espectáculo exterior de la forma exuberante y campanuda, de las pasiones volcánicas é inverosímiles, de los acontecimientos inesperados y conmovedores, puede, como hemos dicho, presentarse bajo fases y apariencias distintas; pero en todos los casos tiende á cautivar y á sorprender por medio del *efecto*.

Bajo formas peculiares á la época presente, el *efectismo* en el arte es una tendencia indiscutible en los modernos tiempos. La literatura francesa contemporánea, así en el drama como en la novela, adolece de esta tendencia, llevada á la exageracion por una determinada escuela pictórica. Pero lo más lamentable es, que el mal cunde y la exageracion crece con

el aliento que la prestaron, de un lado, las aberraciones de los artistas y del otro el mal gusto propio de todas las épocas de decadencia.

Determinar esta faltal evolucion dentro del arte, señalarla límites, diferenciar el génio y la inspiracion de la hinchazon y la extravagancia, fijar un ideal á un arte que hoy vive sin él y no confundir la verdad con la frialdad y el buen sentido con la palidez, empresa es por demás árdua y complicada, cuando con tantas preocupaciones hay que luchar y tantas opiniones erróneas que vencer.

En la historia del arte las reacciones se verifican con tanta tumultuosidad y pasion como en la vida política de los pueblos: todas obedecen á principios legítimos, todas se originan de causas racionales, pero difícil es contenerlas en el ímpetu de su aparicion, que las arrastra fuera de sus justos límites. Entiéndase que los lamidos cuadros de Aparicio, nunca disculparán los estravíos del moderno género *franco*, ni la palidez de la comedia moratiniana autorizará las exageraciones de la dramática ultra-romántica, ni la fria insulsez de las novelas de principio de siglo explicará la excesiva causticidad de la novela contemporánea.

III.

El arte es expresion de lo bello, pero lo bello desaparece, á no hallarse encerrado dentro de los límites de lo verdadero y de lo bueno. El arte que se aparta de lo verdadero es absurdo; el arte que se separa de lo bueno es repugnante, y ni lo repugnante ni lo absurdo han podido nunca constituir belleza. Por eso en época de decadencia como la que atravesamos, el arte, careciendo de ideales y aspirando á producir efecto, se estravía por las sendas de lo falso y lo inmoral, y de aquí esas absurdas concepciones que se muestran en el teatro, esas abigarradas tintas que se miran en los lienzos y esas narraciones *calcitrantes* que se leen en los libros.

La falta de verdad y la perversion del sentido moral son defectos imperdonables en toda obra artística; pero aún más

imperdonables cuando á título de ellos se mendiga el aplauso y se aspira á la gloria. Y no servirá de disculpa á tan bajo procedimiento el hasta la saciedad repetido estribillo de el *vulgo es necio*, etc., porque la ignorancia del vulgo, ni el mal gusto reinante de una época han hecho retroceder nunca al génio, que lucha hasta imponerse, sucumbiendo á veces para triunfar despues, porque es infaliblemente seguro el triunfo de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero.

No negaremos, sin embargo, que á veces el extravío artístico, llevado hasta la última exageracion, podrá producir una reaccion bienhechora; porque la historia del arte registra repetidos hechos de esta naturaleza que han venido á formular una ley estética casi infalible: la de que la exageracion de un género ó de una escuela es precursora inmediata de su muerte. En este sentido se puede hallar consuelo en el triste espectáculo de decadencia artística que nos rodea, porque como el arte no puede morir, hay que esperar que renazca brevemente.

Mientras tanto, el arte se despeña por la vertiente del más absurdo *gongorismo*, y permítasenos la expresion, porque el arte moderno, pigmeo y decadente, se hincha y se estira para tomar unas proporciones hercúleas que no tiene. Por este camino el arte ha llegado á ser una cosa convencional que en nada se acerca á la realidad, por más que aparentemente aspire á ella como último timbre de gloria.

¡La realidad en el brochazo de efecto que oculta el desconocimiento del dibujo! ¡La realidad en la vociferacion amanerada con que los actores interpretan las más vulgares escenas de la vida! ¡La realidad en esas pasiones ultra-épicas, en esos inverosímiles acontecimientos, en esos extraordinarios y nunca vistos caracteres, que lanzan los poetas á la escena! ¡La realidad en esas obras de trascendencia social y psicológica, en las que á vueltas de inmoralidades y extravagancias logran demostrar sus autores que ni conocen la sociedad ni han estudiado el corazon humano! Inútil será, sin embargo, hacer la más leve observacion: el actor, el poeta dramático y el novelista os contestarán como última razon suprema: es preciso buscar el efecto.

IV.

Shakspeare pone en boca de Hamlet los siguientes preceptos que no debieran olvidar los actores: «Poned de acuerdo la acción con la palabra, la palabra con la acción, procurando principalmente no violentar jamás la naturaleza, porque toda exageración se aparta del objeto del teatro, que en su origen, como hoy, ha tenido y tiene por objeto ser el espejo de la naturaleza, mostrar la virtud con sus propios rasgos, la infamia con su propia imagen, y al mismo tiempo su forma y caracteres en la personificación del pasado. Por tanto, si la expresión es exagerada ó débil, producirá regocijo en el ignorante, pero desagradará al hombre juicioso, á cuya crítica debeis atenderos, con más consideración que á la de un público numeroso. ¡Oh! ¡He visto representar con gran aplauso á actores que no tenían ni la voz, ni el aspecto, no de un cristiano, ni de un pagano, ni aún de un hombre! Se inflaban y rugían de tal modo, que por no ofender á Dios, siempre los he tenido por engendros de los auxiliares de la naturaleza, que queriendo hacer hombres, los habían hecho imperfectos, produciendo una abominable adulteración de la humanidad!»

¿Quién no podrá decir también hoy con Shakspeare: «he visto representar con grande aplauso á actores que no tenían ni voz ni forma humana, que se inflaban y rugían de tal modo, que parecían descomunales engendros?» Pero el mal principal está en que, lisonjeados por el aplauso extemporáneo de la parte ignorante del público y desatendiendo la crítica del hombre juicioso, se despeñan cada vez más por esta senda de exageración y ruidoso aparato de vocinglería.

Esto puede decirse casi en general de todos nuestros modernos actores en la representación del drama; que en la interpretación de la comedia, aún, si cabe, la censura puede ser mayormente merecida. La exageración de arriba debía necesariamente ser correspondida por la exageración de abajo. En el drama, la hinchazón ridícula; en la comedia, la bufonada grosera.

En muchos de nuestros teatros en que se representa comedia, los actores ya no son actores, pasando á la categoría de *clowns*. Se dirá que la decadencia del gusto en el público arrastra al actor hasta el envilecimiento, y que la degeneración de las obras tiene que ir seguida de otra degeneración en la manera de interpretarlas; pero el secreto de todo esto ya le hemos explicado. El actor que no siente el drama ni alcanza á desentrañar los resortes delicados de lo cómico, busca el aplauso por la exageración, cubriendo de falso oro pel el vacío de su talento. Esfuerzos de pulmon ó pasos de can-can, y el efecto está conseguido; por desgracia, el estraviado criterio público suele con frecuencia dejarse arrastrar, confundiendo lo trágico con lo inverosímil y lo cómico con lo grosero.

La canturía exageradamente musical, la vociferación altisonante y campanuda, el melancólico quejido acompañado de sobre aliento, en la representación del drama; el trage apayasado y caricaturesco, la introducción de bufonadas de propia cosecha, la afectación ridícula en la voz, los ademanes y piruetas descompasados y fuera de tiempo, en la representación de la comedia, son otros tantos recursos de que el actor se vale para producir el efecto. Representar una obra sin acudir á estos medios extremos, sólo es dado al verdadero génio, que inspirado únicamente en la realidad y la observación de la naturaleza, sabe hallar en la vida el contraste de lo cómico y lo trágico, sin acudir á la rutina establecida por un absurdo convencionalismo.

V.

Esta tendencia al efectismo, donde más principalmente se manifiesta es en aquel arte que por índole propia más se presta al efecto, como es el dramático, y es también en donde más debe ser combatido, porque la crítica que en general parece unánimemente decidida á considerarle como vicio principal de todas las artes, no se halla tan conforme respecto al teatro, no faltando quien opine que aquí es parte esencial é integrante.

Algunos hay, que opinan que así como la pintura escénica reúne ciertas condiciones de óptica, mediante las cuales inmensos borrones al temple producen más impresion á la vista que magníficos lienzos al óleo, dispuestos en iguales circunstancias, el arte dramático, para que produzca en la escena efecto, requiere tambien especiales condiciones de perspectiva y luz que no siempre suelen estar muy en armonía con la verosimilitud de la realidad.

Podremos admitir que el teatro tiene exigencias de cierto género, que obras de admirable mérito literario no resultan presentadas en la escena por carecer de esas particulares condiciones; pero de ninguna manera que el poema dramático para que produzca efecto es necesario que esté preparado al modo de esos grandes lienzos pintarrajeados con sendos brochazos, que á la luz del dia parecen asquerosos borrones y se destacan llenos de verdad y poesía al resplandor de los mecheros de gas y las bengalas.

Primeramente, ha de observarse que los grandes poemas dramáticos no tienen solo la efímera vida de las tablas, sino que pasan á la posteridad en condicion igual á los demás libros, y tienen sus bellezas acaso más valor que en la representacion en la literatura; y en segundo lugar, que los génios dramáticos no han acudido nunca al débil recurso del efecto, confiando siempre el éxito de sus obras á la pintura verdadera de los caracteres, al verosímil desarrollo de la accion y al fin elevado y profundo de la enseñanza que encierran.

Ideas tan erróneas han pervertido el gusto hasta el extremo que no pocas de las más grandes concepciones de nuestro teatro antiguo, parecen hoy dia insulsas y escasas de interés á una gran parte del público, á quien ya nada conmueve, embotada su sensibilidad por las emociones exageradas que le producen los falsos y deslumbradores argumentos que presencia en la escena con harta frecuencia.

La ley de las reacciones ha conducido nuestro teatro desde la fria comedia de costumbres hasta el drama terrorífico del año 30, y por el camino en que va precipitándose, pronto dejará atrás en lo espantoso y sanguinario al teatro de Shakespeare y áun á la tragedia griega, aunque siempre

haya de establecerse la diferencia de que en aquellas antiguas y clásicas concepciones, latía el génio y la originalidad, mientras que en estos últimos engendros sólo se advierte la vaciedad y el amaneramiento.

El D. Eleuterio imaginado por Moratin en *La comedia Nueva* dice hablando de su obra malhadada: «Donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquelo, usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.» Sin embargo, el injusto público de aquella época silbó á D. Eleuterio por este golpe de efecto, que bien preparado y envuelto en armoniosos versos, hubiera tal vez hecho las delicias del público de estos tiempos.

VI.

El efectismo ha producido una singular preceptiva dramática. Se trata de escribir un drama; no hay para qué preocuparse, ni del pensamiento de la obra, ni de los caracteres; lo primero y lo único son los efectos. Se imaginan situaciones grandes, inverosímiles, aterradoras, inusitadas, fantasmagóricas, coruscantes y sorprendentes, y se salpican aquí y allí en los tres actos de la obra, como pedazos de talco en un bordado de lentejuelas. Cada acto ha de terminar con una situación del género indicado que cierre el cuadro, como en las funciones de pólvora con una brillante ascension de un estrepitoso cohete. Despues todo esto se reviste con una versificación del mismo sistema, brillante y falso, y el drama queda concluido.

Pintura de costumbres si es contemporáneo, sabor de época si la accion pasa en remotos tiempos, gradacion en el desarrollo, armonía en las partes, enseñanza filosófica ó moral, concepcion estética... Nada de esto hay que buscar. ¿Y para qué más, si con el efecto se ha conseguido el aplauso? El artista hace en este caso, la vez de cazador con espejuelo; fascina al público y le atrae con los reflejos de algo que brilla pero no ilumina, de algo que arde pero no calienta.

La pasion dramática se desborda de los límites de la verosimilitud, y en busca de lo extraordinario y original, llega á

lo falso y lo extravagante; confunde la emoción con la sensación, y yendo más allá de lo patético, camina de exageración en exageración hasta dar con lo terrible, rayar en lo espantoso y tocar á veces en lo repugnante; pierde todo sentido filosófico, y dando principal valor á cuanto pueda afectar más vivamente, nunca repara en salvar los límites de la moral.

La pasión dramática como elemento fundamental, no ya del drama, sino que también de la novela, hállese de tal modo desnaturalizada y desconocida, que no produce las más de las veces otra cosa que monstruosos engendros de acciones espantosas, repugnantes ó inverosímiles.

El espectáculo de la vida humana, la representación de nuestros sentimientos y caracteres que en nosotros produce la simpatía que el hombre siente siempre por el hombre, es el fundamento y origen de lo que puede llamarse emoción dramática. Pero la primera condición de la emoción dramática es que la pasión que la escite sea verdadera, entendiéndose que aquí la verdad no se ha de tomar en sentido tan estricto que se exija al artista ser un copiadore exacto y fiel de la naturaleza, en cuyo caso no haría más que repetir hechos ó pasiones que en la realidad han existido, convirtiéndose en su narrador y cronista, y matando toda inspiración é inventiva.

La verdad en el arte ha de resultar de la conformidad de lo expuesto, no con lo que ha sucedido en la vida, sino con lo que pudiera suceder ó haber sucedido, verdad que se consigue con el profundo conocimiento de la naturaleza humana en su más íntima esencia. De aquí la necesidad de la creación de caracteres, que puestos en acción, produzcan la emoción dramática por su manera de pensar, sentir y obrar, dentro de un círculo real, y su conformidad con la manera de obrar, sentir y pensar de todo espectador colocado en idénticas circunstancias.

Por la razón expuesta, los caracteres que pudieran llamarse excepcionales, son acaso los que ménos se prestan á la emoción dramática, por cuanto apartándose de la naturaleza general, afectan al menor número. Por esto mismo, el teatro antiguo griego que representaba las pasiones más comunes en el corazón humano, el amor, los celos, la ternura maternal,

la cólera, tiene un sello especial de verdad y grandeza, al propio tiempo que es el iniciador del sublime elemento trágico.

Las literaturas modernas son, por el contrario, inclinadas á los caracteres excepcionales, que procuran presentar con un falso artificio de originalidad, á través del cual se ve siempre el esfuerzo de la exageracion y el afan de producir efecto. De aquí resulta que estos caracteres suelen con harta frecuencia dar un resultado opuesto, pues las excepciones y las originalidades degeneran en monótonas porque llegan á convertirse en un resorte cuyo movimiento se inclina siempre al mismo lado y cuyo juego pronto es conocido.

Además de la monotonía, las excepciones y las singularidades producen tambien la exageracion, porque cuando un autor prescribe una pasion general, tiene una medida ó regla conocida; estudia la marcha de las pasiones en lo general de los hombres y las presenta tal como son; pero cuando presenta un carácter excepcional, se esfuerza en imaginar lo que debe hacer y decir un hombre de esta condicion, y se expone á apartarse de los sentimientos generales, esto es, de lo verdadero.

Esta clase de efectismo, por la excepcionalidad del carácter, ha tenido una época de grande aceptacion, incurriendo en error tan gravísimo muchos y muy principales escritores. En general, puede decirse que el movimiento romántico, reaccion verificada contra la frialdad y palidez que en el arte literario habia producido el neo-clasicismo del siglo XVIII, está basado en esta exageracion de los caracteres que buscan el efecto por la originalidad y la expresion.

Rousseau, Goethe y Lamartine han encontrado el efecto en la excentricidad de los caracteres, y han impreso un sello convencional y falso á toda la literatura de su tiempo. El amante de *Saint-Prioux*, *Werther* y *Rafael* son caracteres que, aún suponiendo que puedan existir en la realidad, no sienten ni piensan como la generalidad de los hombres, y de aquí los tonos de exageracion que han completado su pintura, y la inverosimilitud que les es propia. El *René* de Chateaubriand, el *Abufar* de Ducis y todos los personajes de Byron, se agitan movidos por las convulsiones de la fiebre de

la originalidad y producen una revolucion en la literatura, que llega á trascender á las costumbres, poniendo en moda las pasiones exageradas, el idealismo exaltado, el hastío de la vida, la desesperacion inmotivada, la amargura del excepticismo y la predisposicion al suicidio.

Hoy dia la excepcionalidad de los caracteres ha producido tambien una literatura de falsedad y de efecto á la que ya nos hemos referido. El drama y la novela, principalmente en Francia, elige sus personajes entre los más extraños casos patológicos que pueda presentar el corazon humano en sus más terribles perturbaciones. De aquí que esa literatura eminentemente efectista, no lance á la escena, ni desarrolle en el libro, más que caracteres originales hasta lo absurdo y monstruosos hasta el crimen. Cortesanas que se redimen por amor castísimo, esposas que coronan la deshonor del sagrado hogar con el asesinato del marido; hombres que especulan con la mujer y elevan el edificio de su fortuna sobre un cimiento de impudicia y escándalo; amantes imbéciles que se sacrifican en aras de un ídolo cuyo grosero barro conocen y desprecian; hombres que se venden, muchachas que se prostituyen; deformidad, exageracion, cinismo, perversion, falsedad..... *efecto.*

VII.

Por el camino de la exageracion que lleva al efecto, lo bello, que debe ser el único fin del arte, degenera en lo absurdo; pero dentro de lo absurdo siempre, la exageracion puede llegar á dos extremos, que aunque con frecuencia arrancan aplauso á la muchedumbre ignorante, son recursos que deben ser reprobados por toda razonada crítica.

La exageracion de la emocion dramática puede, traspasando los límites de lo terrible, llegar á lo espantoso, así como por la senda de la originalidad puede llevar á la concepcion de lo repugnante y de lo feo. ¿Quién duda que lo terrible y lo deforme pueden ser apreciados en el arte subordinándose á un ideal de belleza dentro del cual produzcan impresion por medio del contraste? Pero si esto es verdad, no lo es ménos

que así lo terrible como lo deforme deben tener un límite que nunca han de traspasar, si no se quiere que el arte, renegando de su propio fin, se convierta en las crueldades del circo de Roma y en las obscenidades del teatro de Bizancio.

Lo feo y lo repugnante no puede tener cabida en el arte si no es por el contraste; pero de este efecto han abusado no pocos escritores, y entre todos acaso más principalmente Víctor Hugo, escritor que se ha dejado en varias ocasiones arrastrar de la manía del efecto. En sus dramas, no pocas veces se sacrifica la verosimilitud y la belleza al deseo de producir en el ánimo del espectador una impresión que siquiera sea inmotivada y pasajera, le cause admiración y excite al aplauso.

En *Nuestra Señora de París*, *Los miserables*, *Los trabajadores del mar* y *El hombre que ríe* ha abusado de lo deforme y de lo repugnante como medio de producir el efecto. El *Quasimodo*, la travesía de las alcantarillas, el pulpo y el hombre de la cara cortada, son exageraciones que obedecen á un lastimoso extravío del buen gusto, únicamente dispensable cuando puede atribuirse á extravagancias del génio; pero altamente censurable en otros escritores que siguiendo la escuela en su parte defectuosa, se complacen en pintar escenas nauseabundas y personajes repugnantes.

VIII.

Lo terrible tiene también sus límites. La emoción dramática ha de ser tirante; pero no hasta el extremo que la sensibilidad quede embotada por exceso de tensión. Por desgracia, este parece ser el camino que la literatura dramática viene siguiendo en España desde hace pocos años, acentuando cada vez más esta exageración de lo terrible, que llegando á lo espantoso, traspasa los límites de la verdadera emoción dramática.

La Grecia, aquella nación de artistas, habrá visto con repugnancia las primeras luchas de gladiadores que los romanos la dieron al conquistarla. Antioco Epifanes, para vencer la oposición primera, hizo combatir en el circo no más que

hasta correr la sangre, llegando despues hasta la lucha á muerte, logrando, merced á esta estudiada transicion, que los griegos se acostumbraran al fin al espectáculo de los juegos circenses de tal modo, que pronto hubo entre ellos ardientes y hábiles gladiadores, tan diestros como los de Roma en apresurar ó suspender los golpes y en prolongar ó abreviar la agonía de los moribundos para dar variedad al placer de los espectadores; pero desde aquel momento el arte dramático desapareció, y el circo romano reemplazó al teatro griego.

Las situaciones espantosas y casi siempre sangrientas en que suelen acabar nuestros dramas modernos, nos hace temer que á imitacion de los griegos, excitados más y más en su afan de presenciar espectáculos cada vez más terroríficos, llegue tiempo en que gran parte de nuestro público quiera trasladar la representacion de los dramas á las plazas de toros, que son los circos de nuestra época.

Sin ser preceptistas, rechazando las autoritarias y limitadas doctrinas de Boileau y Lujan, dejando las citas de Aristóteles y los consejos de Quintiliano para las huecas controversias de retóricos escolásticos ó frios académicos, no podemos ménos de aceptar aquellas amonestaciones de Horacio á los autores dramáticos en lo que respecta á los límites que determinan la exposicion de lo terrible en la escena.

*Nec pueros coram populo Medea trucidet:
Aut humana palam coquat exta nefarius Atreus.*

En el drama moderno hay una especie de complacencia en extremar todas las situaciones terribles, abusando principalmente del espectáculo de la muerte, que si puede ser bello pintado con cierta sobriedad en los detalles, ha de degenerar necesariamente en espantoso y hasta en repugnante cuando va acompañado de la exposicion de un largo dolor físico y de una prolongada lucha. La muerte de un tísico podrá tener algo de poético en lo que siempre tiene de interesante y grande ese terrible y necesario desenlace del drama de la vida humana; pero esta elevacion é interés por lo que respecta á la parte interna y psicológica, se mancha y oscu-

rece si se presenta acompañada del cuadro de miserias que la enfermedad ofrece en el orden material.

La muerte en el teatro ha de ser rápida, de tal manera dispuesta que impresione, pero que no repugne, procurando alejar inmediatamente de la escena el espectáculo del cadáver que produce en el hombre un movimiento instintivo de repulsion y horror, muy distante de la naturaleza de la emocion dramática.

El efectismo moderno se ha apoderado de la muerte como recurso dramático, prodigándole de tal manera, que hoy es raro el drama en que, á imitacion del las obras románticas del año 30, no mueren al final dos ó tres personajes por lo ménos. Si el argumento, ya histórico, ya imaginado, requiere necesariamente la realizacion de la catástrofe por la muerte, bien que así se verifique el desenlace; pero no se ha de abusar hasta el extremo de hacer perecer los personajes por dar á la obra entonacion dramática, cuando léjos de exigirlo el perfecto desarrollo de la accion, se acude á ello como medio de cortar un nudo que la escasa habilidad del autor no alcanza á desenredar.

No es solamente la muerte, sino el espectáculo de suplicios y sufrimientos dolorosos, deben ser presentados con cierta parsimonia y prudencia; porque de lo terrible á lo espantoso no hay más que un paso, y el espanto no es dominio del arte ni produccion de la belleza. ¿Quién duda que lo terrible es el gran elemento dramático? Pero, ¿quién duda que el saber detenerse á tiempo en la gradacion ascendente de este gran recurso es lo que constituye el verdadero talento dramático, que de otro modo se extravía en las lúgubres y sombrías regiones del melodrama?

Shakspeare, el gran maestro del arte dramático, es tambien el primer maestro en la exposicion de lo terrible. Véase en la escena siguiente, tomada del *Rey Juan*, en la que un servidor del tirano se dispone á quemar los ojos al jóven príncipe Arturo, como recreándose en la pintura de los más horribles detalles; sabe detenerse á tiempo, precisamente en el instante en que la emocion dramática no podria ir más allá sin extravíarse.

Huberto. ¿No podeis leer? ¿Acaso está mal escrito?

Arturo. ¡Demasiado bien, Huberto, para accion tan abominable! ¿Me habeis de quemar los ojos con un hierro rosiente?

Huberto. Niño, es preciso.

Arturo. ¿Y lo hareis?

Huberto. Y lo haré.

Arturo. ¿Tendreis corazon para ello? Apenas habeis tenido un dolor de cabeza, os he rodeado la frente con mi mejor pañuelo; una princesa le habia bordado para mí, y no lo he reclamado. Y en la noche os he sostenido la cabeza entre mis manos, y velando por vos, no cesaba de marcar el tiempo como el minuto en la hora diciendo: ¿Qué deseais? ¿Dónde os duele? Y otras veces: ¿En qué puedo servir-vos? Muchos humildes servidores se hubieran acostado tranquilamente sin dirigiros una palabra afectuosa; pero vos, vos habeis tenido por enfermero á un príncipe. Despues de todo, podeis creer que mi ternura era una ternura fingida, y considerarla como estudiada: creed lo que querais. Si el cielo se empeña en que me maltrateis, hacedlo... ¡Quereis arrancarme los ojos, estos ojos que nunca han tenido, que nunca tendrán para vos ni un leve fruncimiento!

Huberto. ¡Lo he jurado! Es preciso que os los queme con un hierro ardiente.

Arturo. ¡Ah! Ningun hombre, á no ser en esta edad de hierro, hubiera intentado cosa semejante. El hierro mismo, aún encendido y rosiente, acercándose á mis ojos beberia mis lágrimas y apagaria su ardiente furor en el desahogo de mi inocencia: sí, y luego se ha de enmohecer solo por haber alimentado al fuego que debia consumir mis ojos. ¿Sereis más duramente obstinado que el hierro fundido? ¡Ah! ¡si un ángel hubiera venido á decirme que Huberto me arrancaria los ojos, no lo hubiera creido; á no decírmelo el mismo Huberto nunca lo creyera!

Huberto (llamando). Llegad. (*Entran dos ejecutores con cuerdas, hierros, etc.*)

Huberto. Haced lo que os he dicho.

Arturo. ¡Oh! ¡salvadme, Huberto, salvadme! Siento que los ojos se me saltan de la cara sólo al horrible aspecto de estos hombres sanguinarios.

Huberto. Dadme el hierro y atadle ahí. (*Huberto toma el hierro rosiente. Los ejecutores cogen á Arturo para atarle á la silla.*)

Arturo. ¡Dios mio! ¿Qué necesidad teneis de ser tan violentos y tan rudos? No me opondré, permaneceré inmóvil como una piedra. En nombre del cielo, Huberto, no hagais que me aten. Escuchadme, Huberto: despedid á esos hombres y me sentaré tan tranquilo como un cordero: no me moveré, no lucharé, no me quejaré, no miraré el hierro con enojo. Haced solamente que salgan esos hombres, y os perdonaré todos los tormentos á que querais sujetarme.

Huberto. Idos. Aguardad fuera. Dejadme solo con él.

Primer ejecutor. Mucho me alegro de no tener que hacer en este asunto.

(*Salen los ejecutores.*)

Arturo. ¡Ah, acabo de arrojar á un amigo! Tiene el rostro feroz, pero el corazon compasivo. Dejadle volver, que su compasion logre animar la vuestra.

Huberto. Vamos, jóven, preparaos.

Arturo. ¿No hay más remedio?

Huberto. No hay otro para vos que perder los ojos.

Arturo. ¡Oh, cielo!... Si en los vuestros hubiera un solo átomo, un grano de arena, un mosquito, un pelo, cualquier cosa que obstruyera sentido tan precioso, comprendiendo entónces cuán dolorosas son ahí las menores molestias, no podríais ménos de considerar terrible vuestro infame proyecto.

Huberto. ¿Eso es lo que habeis prometido? Vamos, contened la lengua.

Arturo. Huberto, los gritos de dos lenguas, no serian bastantes á defender dos ojos. ¡No me digais que detenga mi lengua, no me lo digais, Huberto! O bien, si consentís, Huberto, cortadme la lengua y dejadme los ojos. Dejadme los ojos, aunque no me sirvan para otra cosa que para ver. No desoigais mi ruego; el instrumento se ha enfriado: no quiere hacerme mal.

Huberto. Niño, puedo volverle á calentar.

Arturo. No á fé mia; el fuego ha muerto de pena al verse empleado en violencias injustas; él, que ha sido creado para nuestro bienestar. Vedlo vos mismo; nada que pueda dañar ha quedado en esa brasa: el soplo del cielo ha apagado la llama, y ha colocado encima cenizas de arrepentimiento.

Huberto. Pero con mi soplo puedo reanimarla.

Arturo. Si lo haceis no conseguireis más que hacerla enrojecerse y resplandecer de vergüenza ante vuestra manera de obrar; Huberto: acaso os lance á los ojos algunas chispas, y como el perro obligado á luchar, se volverá contra el amo que le azuza. Cuantas cosas queis emplear para hacerme daño, os niegan su auxilio: vos tan solo careceis de la piedad que apaga el hierro y el fuego, feroces criaturas conocidas por sus implacables funciones.

Huberto. ¡Sea! ¡Ve y vive!... No tocaria tus ojos por todos los tesoros que tu tio posee. Sin embargo, hijo mio, habia jurado y estaba resuelto á quemártelos con este hierro.

Arturo. ¡Ah! ahora os pareceis á Huberto. Hasta ahora no os he reconocido.

IX.

Hemos visto que el efectismo, lejos de ser, como algunos creen y aseguran, condicion indispensable del arte dramático, es capital defecto, porque, arrastrándole por la senda de la

exageracion, llega á confundir lo trágico con lo espantoso, lo grande con lo falso, lo antitético con lo deforme y lo repugnante; y todo cuanto hemos aplicado al arte dramático, por ser, aquel en el cual por su particular índole, se manifiesta más determinadamente el efectismo, puede hacerse general y extensivo á las demás artes.

El efectismo en la lírica lleva á la exageracion de lo que en este género literario puede exagerarse, que es la forma, extremándola, unas veces por la ampulosidad y otras por la excesiva sobriedad de la expresion, resultando de aquí dos estilos igualmente absurdos, el gongorino y el académico. ¿Puede el mal gusto y el afan de ser original y producir efecto llevar á extravío mayor que el que se nota en los siguientes versos de Góngora, tomados al acaso entre la multitud de poesías que tanta aceptacion y aplauso alcanzaron en su época?

Fué á las ondas, fué al viento
 El mísero geinido.
 Segundo de Arion, dulce instrumento
 Del siempre en la montaña apuesto pino,
 Al enemigo noto
 Piadoso miembro roto,
 Breve tablas delfin no fué pequeño
 Al inconsiderado peregrino
 Que á una Libia de ondas su camino
 Fió y su vida á un leño;
 Del Océano, pues, antes sorbido
 Y luego vomitado,
 No lejos de un escollo coronado
 De secos juncos de salientes plumas,
 Alga todo y espumas, etc.

Tambien la prosa tuvo en aquella época su concepticismo laberíntico y efectista, así como en otra no muy lejana de la presente, y aún en algunos escritos de nuestros dias se busca tambien el efecto abusando del hipérbaton y las trasposiciones, retorciendo la frase y dándola forzados giros arcaicos para fingir con todo este relumbron y aparato, conocimiento del idioma y delicado *purismo*, como han dado en llamar á esta otra extravagancia.

El efectismo puede ser llevado á la escultura y producir los extravíos de Churriguera, y á la música, dando lugar á las excentricidades de Wagner.

Las líneas rectas y las formas rectangulares de la severa arquitectura del renacimiento parecieron frias á Churriguera, y por eso las revistió de extravagantes curvaturas, laberínticas grecas y complicadísimos follajes.

De Ricardo Wagner puede decirse lo que ya hemos apuntado al hablar de cierta escuela de declamacion, que busca el efecto de la ampulosidad y el estruendo. El arte de la música, acaso el más ideal de todos, tiene tambien sus límites dentro de la verdad que Wagner ha traspasado imprudentemente; en sus óperas las pasiones son truenos, rugidos, golpes discordantes esparcidos aquí y allá, logrando sorprender, pero no impresionar. Dentro de la escuela alemana comparece la música convencional y efectista de Wagner con lo real, al par que inspirada y filosófica del sublime Meyerbeer.

Por lamentable que sea el espectáculo, lo cierto es, que en la época por que el arte viene atravesando, es de decadencia en todas sus manifestaciones, decadencia que se indica por su inclinacion á reemplazar el vacío de su ideal con la fantasmagoría de su efectismo. La pintura con el atrevimiento del brochazo, la declamacion con el amaneramiento de la voz y los modales, el drama con sus pasiones absurdas y sus cuadros horripilantes, la novela con sus caracteres de relumbron, la arquitectura con sus adornos recargados y la música con sus extemporáneos trompetazos; todas las bellas artes, en fin, parecen obedecer á una misma influencia.

En medio de la general decadencia aparece de vez en cuando algun destello, último fulgor de un ideal antiguo que se hunde en el ocaso, ó tal vez anticipados albores, una aurora de porvenir que aún no ha amanecido para el horizonte del arte. Las épocas de decadencia lo son siempre de transicion, y las exageraciones que las caracterizan pasan como todas las aberraciones del espíritu humano. Son nubes que proyectan un dia su sombra, pero que nada dejan tras de sí.

Acaso estas mismas exageraciones y extravíos del arte son

producidos por una noble tendencia que le llevan á extender su actividad fuera de los límites conocidos, irradiándose por nuevos horizontes. La censura no ha de recaer sobre la nobleza del esfuerzo, sino sobre el error de la direccion: el día en que el error sea conocido, una saludable reaccion le hará retroceder al arte en el desatentado camino del efectismo que ahora sigue, para lanzarse á la persecucion del ideal moderno, dentro de las absolutas condiciones de VERDAD y BONDAD á que sujetarse para conseguir la produccion de la única BELLEZA.

R. BLANCO ASENJO.

—o—o—o—
 DON JUAN EN LOS INFIERNOS.
 ~~~~~

TRADUCCION DE CH. BAUDELAIRE.

Cuando Don Juan en la siniestra orilla  
 Pagó á Caronte y ocupó su puesto,  
 Pronto un mendigo de mirada fiera  
 Con brazo vengador empuñó el remo.

Mujeres de rasgadas vestiduras  
 Y al aire dando el palpitante seno,  
 Como tropel de víctimas sangrientas  
 Detrás del seductor iban gimiendo.

Su criado pedia el vil salario,  
 Y su padre, á las sombras de los muertos  
 Errantes en la orilla, les mostraba  
 El hijo audaz, con tembloroso dedo.

La casta Elvira, en su dolor profundo,  
 Junto al pérfido esposo, amante un tiempo,  
 Parecia pedirle una sonrisa  
 De aquellas dulces del amor primero.

La mano inmóvil al timon asida  
 Y sin torcer un punto el derrotero,  
 Un fantasma de mármol impasible  
 Iba cortando el líquido elemento.

Mas Don Juan, con sublime indiferencia  
 Hácia tanto dolor, tanto recuerdo,  
 Fijos los ojos en las negras ondas  
 Seguia en paz camino del infierno.

N. Z.

---

## GASPAR HAUSER.

(CONCLUSION.)

### III.

Gaspar Hauser, segun todos sus observadores, poseia una facultad rarísima de adaptacion, y aprendia al momento por sí sólo á poner su conversacion y maneras en conformidad con la gente con quien hablaba.

Con aquellos de elevada posicion, por los que siempre manifestaba marcada preferencia, era deferente y comunicativo; de las señoras se hacia querer por la elegancia de sus maneras y su cortés solicitud en hacerles toda clase de servicios. La menor señal, sin embargo, de disposicion á cuestionar su exactitud ó á reprobar sus faltas, era en seguida resistida por una conducta desconfiada ó de reserva, segun la posicion ó autoridad de la persona; y cuando su tutor el profesor Daumer, alarmado por el efecto que su nada juiciosa educacion habia producido en la naturaleza de su pupilo, desarrollando y fortificando sus hábitos de doblez y engaño, intentó corregir estas propensiones, Gaspar demostró desde luego síntomas de gran descontento, y no perdió oportunidad en qué expresar su deseo de cambiar de domicilio y de que se le sacase de una sujecion dolorosa, al mismo tiempo que vagos temores de algun peligro al que sentia que estaba expuesto. Ocurrió con la mayor oportunidad un suceso que sirvió á sus deseos: éste fué nada ménos que un atentado contra su vida. En la mañana del 17 de Octubre de 1829, un miembro de la casa de Daumer descubrió al pobre Gaspar arrebuñado en un rincon del sótano donde se guardaban los

vinos, echando sangre é insensible. Del exámen médico resultó que se le habia inferido en la frente una herida incisa y limpia de dos pulgadas de longitud, y aunque el golpe no habia sido dado con bastante fuerza para producir peligro alguno en la mayor parte de los casos, en éste, á causa de su peculiar organizacion nerviosa, produjo una enfermedad que duró veinte dias y un desarreglo de consideracion en el cerebro.

Segun la relacion de Gaspar, fué atacado por un hombre, que llevaba un velo negro puesto de manera que le ocultaba no sólo la cara sino tambien el cabello, cuando iba á salir de un cuarto en los altos de la casa. Al darle el asesino el golpe en la cabeza con un instrumento afilado, exclamó: «Es preciso que mueras antes de que salgas de la ciudad de Nuremberg.» El golpe le aturdió, y cuando recobró el conocimiento, corrió escaleras abajo, y temiendo un nuevo ataque, se escondió en la bodega. Del aspecto del hombre unicamente conservaba la impresion de que estaba vestido á la moda y que llevaba guantes blancos y botas charoladas; pero distintamente reconoció la voz por la del desconocido que le habia traído á Nuremberg.

Si algo se habia debilitado con el tiempo el interés por Gaspar Hauser, este atentado contra su vida lo revivió con todo su vigor y confirmó la creencia popular en su elevado linaje. ¿Qué objeto podia tener nadie en libertar al mundo de un individuo oscuro? Pero el empleo de un asesino pagado para sellar los lábios del heredero á una corona, cuyos recuerdos del pasado, que empezaban á nacer en él, amenazaban divulgar el secreto de su nacimiento y el perjuicio que se le habia hecho, daban un motivo comprensible y señalaban la operacion de poderosas influencias.

A pesar, sin embargo, de los más activos esfuerzos de la policia y de los del público de todas clases, no pudo obtenerse ni el más insignificante indicio del descubrimiento del asesino, que de esta manera habia entrado en pleno dia en una casa particular, perpetrado su atrevido atentado y desaparecido sin haber sido visto por nadie más que por su víctima. Hickel señala la palpable improbabilidad de todo el cuento, y

pregunta si es creible que un hombre lo bastante resuelto para cometer semejante atentado se hubiera satisfecho con dar un débil golpe y causar una mera herida superficial, siendo su propósito quitar la vida. «¿No es más probable que Gaspar con esto ha fondeado una nueva ancla para asegurar la creencia en la novela y reanimar la menguante simpatía del público?»

El suceso motivó, sin embargo, que se sacara á Gaspar de la casa del profesor Daumer y que se le trasladara al cuidado de un comerciante rico, llamado Bieberbach, en cuya familia su astucia, mañosidad y amor al misterio ganáronle el título de traficante en secretos (*Geheimniss Kramer*). Bieberbach, hombre de buen sentido, estaba convencido de que estos defectos de su carácter habian sido alimentados y confirmados por haber hecho de él un *leon* social y por haberle llevado de casa en casa á recibir el asombrado homenaje de sus admiradores, y determinó educarle con un sustento moral sencillo y darle una educacion práctica vulgar, con la idea de enseñarle definitivamente el oficio de encuadernador, para el cual habia demostrado alguna aptitud. Gaspar, no obstante, expresó la más grande repugnancia á este porvenir, y se quejó del daño que se le hacia privándole de las ventajas sociales.

Llevaba unos seis meses en casa de Bieberbach cuando se corrió que se habia atentado segunda vez contra su vida. Se le habia encontrado en un estado insensible, y echando sangre de un pistoletazo en la cabeza. Sin embargo, al hacer las investigaciones, trascendió que esta herida, que era leve, aunque en peligrosísimo sitio, por haber sido rozada la piel inmediatamente detrás de la oreja, habia resultado de un accidente, por haber tocado Gaspar inadvertidamente el gatillo de una pistola cargada que estaba colgada en la pared de su cuarto. Cómo en esas circunstancias llegó la bala á tomar la direccion necesaria para herirle en la cabeza, quedó siendo un problema oscuro; pero entónces todo lo referente á este sér extraño parecia inexplicable (1).

---

(1) En la Memoria de las investigaciones hechas por las autoridades de

Insignificante como era la herida, produjo una irritación nerviosa extraordinaria en Gaspar Hauser, bajo cuya influencia repitió con tanta insistencia sus ruegos para que se le quitara del cargo de Bieberbach, que Herr Von Tücher, que había sido nombrado su tutor oficial, consintió en recibirle de pupilo en su propia familia, donde permaneció hasta fines del año siguiente.

Estando en esta casa, ocurrió que un caballero húngaro hablara algunas palabras en su idioma, y Gaspar se excitó violentamente y declaró que había oído palabras semejantes en su más temprana niñez. Habiéndosele preguntado su significado, cayó en uno de aquellos profundos ensueños, que eran casi éxtasis, á los cuales estaba sujeto y durante los cuales decía no tener conciencia ni ver ni oír nada de lo que le rodeaba. Estando en este estado, daba de vez en cuando respuestas exactas, ó que eran próximamente verdaderas, como cuando dijo que *zaz* (un ciento) quería decir muchísimos.

Al pronunciar un juramento demostró terror, diciendo que el hombre que le había pegado había usado la misma expresión en su viaje. «Cuando,» continúa este testigo, «dije riéndome: *Buzirsez moi Kochan* (ven aquí, querido), se regocijó y dijo que su nodriza le decía igual frase.» Lo probable en este último ejemplo es que el caballero dió á esas palabras húngaras la expresión enfática y cadencia propias, de modo que la pronta observación de Gaspar se puso en disposición de adivinar su significado, del mismo modo que los *mediums* espiritistas expertos toman nota de la insistencia involuntaria en ciertas letras, cuando sus víctimas se emplean en deletrear la tabla alfabética, y pueden de este modo hacer conjeturas sobre los no expresados pensamientos.

Aunque eran débiles los resultados de estos y de otros experimentos semejantes, bastaron para establecer la creencia de que Gaspar era de origen húngaro, y (la idea de que su nacimiento fuera oscuro no entraba nunca en los cálculos)

---

policía, se expresa la opinión de que "no puede considerarse como teoría inadmisibile una tentativa de suicidio de parte de Gaspar Hauser."

se le declaró entónces un príncipe magyar injustamente despojado de posesiones enormes.

Ya por entónces la historia de Gaspar Hauser se habia hecho objeto de comentarios en toda Europa y habia llegado á provocar investigaciones y visitas del otro lado del Atlántico. Entre otras personas distinguidas, lord Stanhope (el cuarto conde) concibió un interés tan ardiente por el misterioso extranjero, que determinó ir á Alemania á conocerle personalmente. Los siguientes extractos de una série de cartas á un amigo particular (1), proporcionan un estudio instructivo, porque son ejemplo de lo expuestos que están hasta los espíritus fuertes y cultos á ser arrastrados por la corriente de una supersticion popular:

«Frankfort, Mayo de 1831.—Cartwrigh (el ministro inglés) supone que Gaspar Hauser es una persona muy vulgar por nacimiento y educacion y que se intentó con él únicamente excitar sorpresa y curiosidad; pero es completamente increíble que siendo esto así haya estado encerrado entre cuatro paredes en una caverna desde la niñez y despues se haya querido asesinarle. La memoria del burgomaestre de Nuremberg prueba concluyentemente que su modo de vida y hábitos han sido completamente preternaturales y que no habia ni podia existir impostura alguna. Todavía continúo creyendo que es probablemente el heredero de un gran nombre, seguramente de una pingüe fortuna, y con ninguna otra suposicion pueden explicarse semejantes circunstancias.

«Munich, Julio de 1831.—Desacredita en extremo á esta ciudad que ni hacen preguntas ni demuestran curiosidad por Gaspar Hauser, tanto que ni áun mencionan su nombre.»

«Nuremberg, 2 de Junio 1831.—Llegué aquí hace hoy una semana, y por coincidencia singular en el mismo aniversario del dia en que Gaspar Hauser llegó hace tres años. Aunque su encargado se niega á admitir á los extranjeros, he tenido la buena fortuna, que no puedo apreciar bastante, de ver y

---

(1) Estas cartas, que bondadosamente se nos ha permitido examinar y publicar, fueron dirigidas por lord Stanhope á Perey, sexto vizconde de Stranglord, el eminente diplomático y excelente traductor de Camoens.

hablar despacio con Gaspar Hauser. Me parece la curiosidad más extraordinaria del mundo, infinitamente más interesante que el hombre de la máscara de hierro, y merece que aún los que residen en remotas regiones vengan aquí para verle. Convengo en todo y por todo con el gran Feuerbach, que ha alcanzado la eminencia más alta en la profesion legal, y que dirige la investigacion con tanto celo como talento, en que es el más notable de todos los casos notables, y que no volverá á ocurrir en mil años otro parecido. Ultimamente se han publicado algunos importantísimos documentos oficiales comunicados á Feuerbach, que prueban con toda la claridad y fuerza de una demostracion matemática que no hubo ni pudo haber ninguna imposicion y que hubiera sido materialmente imposible. Ya sabeis que siempre sentí el más profundo interés por la suerte de Gaspar, y su conocimiento personal me ha inspirado amistad y afecto..... Es completamente asombroso que habiendo pasado cuando ménos doce años en lo que parece por su descripcion haber asemejado exactamente á la bóveda de una iglesia, sin haber visto durante este período la luz del dia ni gozado del trato humano, no se haya hecho un idiota ó un bruto, y sin embargo, su conducta es, segun su tutor me asegura, perfectamente irreprochable, y sus maneras no manifiestan la menor señal de grosería ó vulgaridad. Cuando llegó, todos sus sentidos tenian una agudeza de que es difícil formar una idea. La luz del dia le cegaba, pero en la oscuridad de la noche su vista era muy maravillosa. Su memoria era tambien muy extraordinaria y cuando se le excitaba accidentalmente le recordaba algunas veces escenas de su tierna infancia, como por ejemplo, cuando al enseñarle un cuadro que representaba un jardin, con las figuras de una mujer y un niño y un hombre que llevaba sobre su traje la cinta de una órden, recordó haber visto una persona adornada de un modo semejante que le acariciaba.»

Lord Stanhope era quizás una de las últimas personas de quien sus amigos y conocidos hubieran sospechado que se permitiera ser víctima de una trivial impostura. Era lo que se llama un hombre de mundo completo, de cultura supe-

rior, cuya vida pública, muchos viajes y facultades de percepción naturales, debía suponerse que le habían dado facilidades peculiares para formar un concepto justo é imparcial de hombres y cosas. Sin embargo, encontramos que un hombre de tales condiciones era un creyente firme en la historia de Gaspar Hauser, ántes de que fuera posible que tuviera los medios de verificar su autenticidad; tomando, sin una sombra de duda, el informe falto de sentido del burgomaestre de Nuremberg como prueba indudable; y aceptando, sin intentar siquiera analizarlos ni cernerlos, con la confianza más implícita en su veracidad, los argumentos y afirmaciones parciales de Feuerbach.

Como atenuacion puede alegarse que la curiosidad y simpatía de lord Stanhope habían sido fuertemente excitadas por la historia de la suerte y sufrimientos de Gaspar Hauser; que el modo de portarse el muchacho había hecho efecto desde luego en su naturaleza compasiva y generosa; y aunque debió hacerle cauto la incoherencia lógica de la narracion del burgomaestre de Nuremberg, tampoco podia esperarse que un caballero inglés se aventurara á poner en duda desde luego las aseveraciones públicamente presentadas por una eminente autoridad judicial de la fama de Feuerbach.

Creyendo en la teoría del origen húngaro de Gaspar, del cual pretendia el gobierno tener aún más pruebas documentadas, en Julio de 1831 dió instrucciones lord Stanhope al teniente Hickel para que á su costa se pusiera en camino para Hungría, con el objeto de hacer investigaciones personales en ciertos hechos que se alegaban, para descubrir los padres de Gaspar. Emprende el viaje el teniente en consecuencia, acompañado por Gaspar y Herr Von Tücher, y sus cartas dan una relacion del viaje, cuyo único resultado fué demostrar que ninguna impresion hacian en Gaspar Hauser los lugares que se suponía eran los de su niñez. Ni los individuos, ni los objetos naturales, ni el lenguaje parecían recordarle el pasado: y su única tentativa de una reminiscencia en este sentido fué su afirmacion de que un retrato de la galería del príncipe Esterhazy de Viena era el de una cara que le era enteramente familiar. Acudiendo al catálogo, se

vió que el retrato pertenecía á una persona muerta en 1646. Durante el viaje desplegó Gaspar como de costumbre astucia y artería. En ocasiones anteriores, el olor de una redomilla de alcanfor homeopático le produjo violentas convulsiones; pero habiéndose escondido en su cuarto sin que él lo supiera una cantidad de alcanfor, no se dió cuenta siquiera de ello. Al cruzar el Danubio en el coche, la vista del agua y el movimiento del puente le produjeron un terror extraordinario; pero al volver de noche por el mismo camino con las cortinillas corridas, no sufrió novedad de ningun género hasta que se le llamó la atención sobre el hecho, y entónces volvió á caer en un parasismo de miedo.

En 1830, Herr Mercker, comisario de policía prusiano, publicó en Berlin un folleto titulado: «Gaspar Hauser es probablemente un impostor,» y en él hace la observacion siguiente:

«Realmente lo que parece es como si un astuto muchacho de la escuela despues de leer muchísimas novelas de cierta clase hubiera determinado alistarse en la caballería contra el deseo y voluntad de sus padres; pero que al ver el giro peculiar que tomaban para él las cosas en Nuremberg, se encontró tentado á desempeñar otro papel completamente distinto, mediante el cual se ha elevado á ser el niño mimado de Europa.»

Estas opiniones y otras semejantes, escritas y habladas, dieron por resultado moderar considerablemente el interés por Gaspar Hauser é impedir que se hiciera una suscripcion pública á su favor. Para contrarestar este sentimiento, sus principales amigos de Nuremberg nombraron dos médicos locales que le examinaran y escribieran una Memoria acerca de él. La letra de las instrucciones dadas á estos profesores es notable.

«Los médicos, doctores Preu y Osterhausen, quedan por ésta en posesion del protocolo de policía de 3 de Octubre de 1830 (1), y se pide de ellos que por medio de un exámen

---

(1) Se hace referencia en este documento al folleto de Herr Mercker.

é informe anatómico y fisiológico, *refuten las infundadas sospechas de que Gaspar Hauser es un impostor.*

» *Con este objeto*, se pide de ellos, no solamente que examinen á Gaspar Hauser con el mayor cuidado, sino tambien que tengan en cuenta la consideracion de sus imperfectas facultades musculares y su abstinencia de bebidas espirituosas, especias y otro alimento hasta el dia de hoy, circunstancias *que prueban* que ha sido apartado á la fuerza del trato humano desde su más temprana juventud y que por esto su desarrollo de cuerpo y mente ha sido entorpecido y retardado.»

Los informes médicos fueron redactados en estricta conformidad con los términos de estas instrucciones, y más bien parecían la defensa de una teoría preconcebida que la expresion de opiniones profesionales independientes, basadas en observaciones personales. Los hechos citados en ellos dan márgen con frecuencia á la duda, las consecuencias deducidas son casi siempre violentas é ilógicas; así se dice, como prueba de que Gaspar Hauser debió de haber pasado muchos años de su vida en una posición reclinada, que su choquezuela, en vez de ser prominente, estaba hundida; cuando es evidente que el hábito que se le atribuía de sentarse sobre las piernas, si alguna influencia hubiera tenido en su conformación, habría tendido á echar hácia fuera el hueso y no hácia dentro.

Como documentos judiciales corren parejas ciertamente estos informes con la composición del burgomaestre. A continuación transcribimos una muestra de la Memoria del doctor Osterhausen:

«Su frente es alta, saliente y bien proporcionada; su nariz se inclina hácia abajo; sus ojos azules son el espejo del hombre interior; sus mejillas, delicadas y de color de rosa; la boca es regular y la barba cubierta con un vello fino. Su rostro tiene una expresión de dulzura, candor y sinceridad infantil (1). Entre los cientos de personas de todas gerar-

---

(1) Los retratos que acompañan á algunas de las obras sobre Gaspar Hauser, aunque indudablemente favorecidos, producen una impresión muy diferente. Es una fisonomía vulgar y más bien sensual, con una expresión engañosa y artera.

quías, nacionales y extranjeras, que le han observado, ni una sola conserva la más ligera idea de la posibilidad de impostura por su parte. Su mirada abierta, amistosa y franca, despierta en seguida tal sospecha del espíritu de los que llegan á su presencia prevenidos en contra.»

Lord Stanhope, á quien Hickel pinta como «movido por los sentimientos más puros de simpatía y compasión por la suerte de un infortunado,» y como «ansioso de penetrar el misterio de su vida por todos los medios posibles,» no quedó satisfecho de las pesquisas en Hungría, que por cierto terminaron prematuramente á consecuencia de haberse declarado el cólera. Su interés por Gaspar Hauser continuaba sin menoscabo, y á los seis meses de su llegada á Nuremberg, hizo una proposición formal al gobierno bávaro de adoptarle y de cuidar de su porvenir. Al mismo tiempo depositó en manos de las autoridades municipales la suma de quinientos florines, para que se dieran como premio por el descubrimiento de las personas que le habían tenido en cautiverio, con una cláusula de que en el caso de no ser reclamada la recompensa en un plazo dado, volviera á Gaspar la suma para su uso personal.

El *hijo de Nuremberg*, cuando se le comunicó esta proposición, la aceptó ávidamente y con gratitud. Dijo que hacia mucho tiempo comprendía que no debía de continuar siendo una carga para la generosidad de la ciudad, que su temor de ser asesinado y la necesidad consiguiente de estar siempre escoltado le hacían enfadosa la vida, y que se alegraba dejar la casa de su guardian Von Tücker, quien había cesado de tratarle con candidez y confianza.

No cabe duda de que la presencia y amistad de lord Stanhope habían ejercido una perjudicial influencia sobre el carácter de Gaspar Hauser y revivido y confirmado su afición á las visiones románticas de un gran porvenir. Sobre este punto, Von Tücher escribió á lord Stanhope una excelente carta de prevenciones:

«Gaspar no es lo que os figurais. Si en algunos conceptos y en ciertos sentidos, el desarrollo de su carácter es tal cual debería ser en un adulto, como por ejemplo, en malicia y

arterías, en el trato con los demás, habilidad de hablarles según conviene á sus fines, desmedida vanidad, firmeza y terquedad de su voluntad, y talento para sacar de todo una buena parte de provecho, no por eso deja de ser todavía un niño, en el cual las cualidades que he nombrado están embrolladas entre otras cosas incomprensibles y con los enigmas de toda su naturaleza.»

Sigue indicando cómo, estando en su propia casa lo mismo que en las de Daumer y Bieberbach, Gaspar Hauser había sido culpable habitualmente de las mayores faltas, en el mentir, en la hipocresía y en el engaño, y aconseja á su futuro tutor que dirija la educación de su pupilo á la extirpación de estos vicios.

Lord Stanhope, cediendo á los más encarecidos ruegos de Gaspar, determinó sacarle de Nuremberg, y hácia fines de 1831 le colocó al cuidado de un perfecto caballero llamado Meyer, profesor en Anspach, con el cual vivió hasta su muerte. Al mismo tiempo el teniente Hickel fué trasladado de Nuremberg á Anspach, con instrucciones especiales para cuidar de la seguridad personal de Gaspar Hauser. Este caballero escribe en Diciembre de 1831:

«La posición de Gaspar Hauser es dichosísima ahora, y su porvenir está asegurado por la generosidad del conde. El objeto de su tutor es prepararle para el puesto que ocupará en Lóndres en cultura exterior, gracia de modales y porte, y experiencia en los usos convencionales. Tengo que acompañarle á Inglaterra en la primavera.»

En el entretanto se habían comunicado al gobierno bávaro noticias ulteriores que le relacionaban con una ilustre familia húngara, con verosimilitud y especificando detalles aparentes, tales que una vez más empleó lord Stanhope á Hickel para que visitara la localidad nombrada. Las noticias procedían de un sacerdote católico de Presburgo, llamado Müller, que decía que dos personas, una de ellas un ministro protestante y la otra institutriz en la familia del conde Maytheny de Pesth, estaban en posesión del secreto del nacimiento de Gaspar, y que sabedoras de que él (Müller) sospechaba de ellas, le habían ofrecido una suma cuantiosa

para que no las delatara. Al mencionarse en presencia de Gaspar el nombre de la señora y el *chateau* que habitaba, habia manifestado una emocion extraordinaria y exclamado: «Sí, esa es mi madre, y el sitio es *Istwan*.» Pocas horas despues, sin embargo, pidiéndosele que repitiera estas palabras, se le habian marchado completamente de la memoria.

Hickel dirigió sus pesquisas con sus acostumbradas inteligencia y energía, pero como él mismo dice: «No fué culpa mia no poder descubrir lo que era absolutamente imposible de encontrar.» Resultó que Müller era un monomaniaco, y que las personas aludidas en su acusacion estaban completamente ignorantes de las circunstancias alegadas.

A la vista de algunas cáscaras de maíz al principio de su residencia en Nuremberg, habia declarado Gaspar que recordaba perfectamente cáscaras parecidas, y haber ensartado el maiz en hebras de seda, cuando era muy pequeño. No crecia, sin embargo, ese grano en las inmediaciones de *Istwan*, y ninguna impresion produjo en él el que se tocara en su presencia una gaita de las que se usan generalmente en aquella parte de Hungría.

El infructuoso resultado de este segundo viaje parece haber desanimado á lord Stanhope, y suscitado algunas dudas en su ánimo, que no era por cierto lo más á propósito para disipar la falta de candor desplegada por su hijo adoptivo. «La verdad,» le habia dicho al despedirse, «es un deber sagrado para todos, y para tí, si es posible, aún más que para los otros. La falsedad te hará perder mi amistad, te procurará enemigos, atraerá la suspicacia sobre todo lo que digas, y hará que seas mirado como un impostor.»

En las principales circunstancias de la narracion de Gaspar, continuó, no obstante, creyendo lord Stanhope; pero antes de regresar á Inglaterra, parece que se le revelaron hechos de los que hasta entónces habia estado en completa ignorancia y que le obligaron á desechar algunos de los detalles más irreconciliables con el sentido comun y con ciertas circunstancias relacionadas con la condicion de Gaspar. Detalla estar en una carta escrita en Chevening en Mayo de 1832; pero atribuye que Gaspar haya faltado á la verdad «á una pro-

mesa que acaso haya dado ó al miedo de ser asesinado.»

Por este tiempo publicó Feuerbach su «ejemplo de un crimen contra la vida de un alma humana,» que dedica á lord Stanhope. Es una obra notable como todas las del gran escritor legista: porque al mismo tiempo que insiste con toda la vehemencia que no razona de un encolerizado teólogo en la incuestionable verdad de su teoría, y llega hasta asegurar que todo el que dude de la narracion de Gaspar tiene que dudar de su propia existencia, no expone los argumentos que le han conducido á sus conclusiones.

Dice él: «si el lector preguntase cuáles fueron los resultados de las investigaciones judiciales que se entablaron, si deseara conocer á qué senderos han llevado, qué parajes han sido tocados por la vara de la adivinacion, qué pasos se han dado para no dejar estos indicios,—me será preciso responder que la ley y la naturaleza del caso de consuno prohiben al autor hablar públicamente sobre cosas que únicamente puede permitirse conocer ó conjeturar al servidor del Estado.»

Lord Stanhope devolvió el cumplido que se le hacia en la dedicatoria, sometiéndolo á Feuerbach «Treinta preguntas sueltas» sobre el asunto de la narracion de Gaspar, que demostraba cómo su espíritu lógico habia empezado á rehacerse y cómo, por grados, su confianza en su hijo adoptivo se habia quebrantado, viniendo en su lugar una vacilante fé en todo el cuento.

«Así,» escribe Hickel, «la feliz condicion de Gaspar Hauser cambia de repente. Retirado de la sociedad de Nuremberg, privado de la confianza del conde, tratado con simpatía muy precaria en Anspach, vive ahora exclusivamente entre unas pocas personas sensibles, las cuales, si no participan por completo de las sospechas del conde, no están, sin embargo, dispuestas á dejar de ensayar ningun medio para el descubrimiento de la verdad ó para que se ponga en claro el fraude.»



## IV.

Tres años y medio habian trascurrido desde que apareció por primera vez Gaspar Hauser en Nuremberg, cuando fué puesto al cuidado del profesor Meyer en Anspach. El muchacho tosco, medio bobo, que apenas sabia hablar unas pocas palabras ininteligibles, se habia trasformado ahora en un jóven elegante y pulido, vestido á la última moda y á quien la sociedad se complacia en honrar. Sus primeros hábitos habian cambiado por completo; dominaba fácilmente las formas externas de la sociedad, y el semi-salvaje, cuyo único alimento habia sido pan negro, ahora ocupaba un sitio en los banquetes y criticaba el sabor de los platos con el aire de un inteligente. Solamente permanecia fiel á un gusto: no bebia nada más que agua.

Su nuevo tutor era un hombre de espíritu práctico; no tenia predileccion por lo asombroso, y consideraba que el misterio no era más que una forma más del fraude. El profesor Daumer se habia complacido en envolver á Gaspar Hauser en una atmósfera novelesca. El Dr. Meyer, por el contrario, trató de arrancar á su carácter todos los atributos teatrales y hacerle un miembro útil de la sociedad ordinaria. En una carta escrita á lord Stanhope algunos meses despues de estar Gaspar á su cargo, le describe como un jóven de inteligencia muy vulgar y con pocas facultades de aplicacion. «No sabe más que lo que sabria un niño de nueve años que hubiera asistido á la escuela de un pueblo,» y se queja de que su progreso moral é intelectual está entorpecido por la vanidad excesiva y el amor propio alimentado por su viciosa educacion de Nuremberg. Pero la falta que Meyer encontró difícilísima de corregir en su pupilo fué su completa falta de veracidad y su habitual doblez. Gaspar, por su parte, se enfadaba por el convencimiento de que empezaba á comprendérsele y de que las farsas que tan agradablemente habian tenido efecto en Nuremberg, para nada servian en Anspach. No demostraba mucho resentimiento cuando se le probaba una falsedad; pero tenia un temor ex-

traordinario de perder su dominio sobre el interés público, y de cesar de ser objeto de asombro y admiración. Ciertamente se había realizado un gran cambio. Un profeta no puede sostener por mucho tiempo su reputación sin hacer milagros, y Gaspar Hauser estaba empezando á convertirse en un ser vulgarísimo. En esta coyuntura, sin embargo, las circunstancias le favorecieron una vez más. Llegó una comunicación al gobierno bávaro diciendo que el expósito de Nuremberg era el heredero legítimo al trono de Baden, por ser el hijo mayor del Gran Duque Carlos Federico, nacido en 1812, del cual se dijo que había muerto en el mismo año, pero que según las pruebas que ahora se alegaban, había sido fraudulentamente cambiado por un niño moribundo, para hacer hueco al hijo de un segundo matrimonio, Leopoldo, que realmente sucedió á su padre.

Feuerbach sostuvo firmemente la verdad de esta nueva revelación y publicó un folleto dedicado á Carolina, reina viuda de Baviera, en su apoyo. Declara que las pruebas presentadas dan al caso una «certidumbre moral» por evidencia de circunstancias, probabilidad grande, y la coincidencia *de los sueños de Gaspar Hauser* con los hechos auténticos.

Una vez más se despacha á Hickel á un viaje de descubrimientos, y ésta fué Gotha el teatro de sus pesquisas, pero con el resultado de costumbre.

Lord Stanhope parece ahora estar lleno de serias dudas, pero no quiere abandonar todavía por entero su fé. En Junio de 1833 escribe á Hickel:

«Prescindamos de toda circunstancia que se base en el testimonio de ese testigo indigno de confianza (Daumer) y queda mucho todavía. Ciertamente que quedaria mucho aún cuando elimináramos como indignas de crédito todas las aseveraciones del mismo Gaspar.»

El acariciado proyecto de una visita á Inglaterra, en la cual se había consentido mucho tiempo, había sido aplazado una y otra vez, y ahora parece haber sido completamente abandonado, y una vez más Gaspar cayó en una oscuridad relativa. El no podía ménos de comprender que había cesado de ocupar la atención de la gente ó de ser un

objeto de asombro y especulación, y aunque por deferencia á los deseos de lord Stanhope, no se persistió en la intencion de enseñarle un oficio, no habia ya la perspectiva de su elevacion á aquella posicion social mejor, á la cual habia aspirado tan ardientemente. Un empleo del gobierno en Anspach era ahora el premio más alto á que pudiera aspirar, dada su suficiencia en los estudios.

El efecto de este cambio en su posicion produjo un cambio correspondiente en sus hábitos. Gaspar se hizo caprichoso y reservado; frecuentemente se encerraba sólo en su cuarto, echando la llave á la puerta y hasta corriendo las persianas de sus ventanas. Se manifestaba indiferente lo mismo al elogio que á la censura, descuidaba sus estudios y parecia perder interés hasta en el adorno de su persona.

En la tarde del 14 de Diciembre entró corriendo en el despacho de su tutor con toda la expresion y ademanes del terror, y sin proferir una palabra se señalaba al costado izquierdo. Habia en sus maneras algo tan teatral, que recordó Meyer á su mujer la accion de la muchacha muda de *Masaniello*, á cuya representacion habian asistido los tres últimamente. Resultó que Gaspar habia sido herido. Despues de algun tiempo, exclamó en lenguaje entrecortado: «Hombre—jardines—cuchillo—me dió bolsa—me hirió con un puñal—huyó—la bolsa quedó allí.» Las últimas palabras las repitió muchas veces y suplicó á Meyer que le acompañase para buscar la bolsa. Salieron en seguida; pero temiendo Meyer que su pupilo pudiera estar gravemente herido, dió instrucciones á la policia para que examinara el lugar del ataque, y volvieron á casa y enviaron por un médico.

Del exámen facultativo resultó que Gaspar habia recibido una herida de una pulgada de longitud exterior y cuatro de profundidad en el costado izquierdo, un poco más abajo del hueco del pecho que, aun cuando habia producido mucha irritabilidad nerviosa en el paciente, no parecia al principio ser de carácter peligroso. Se encontró en el sitio indicado una bolsa de seda; su único contenido era un pedazo de papel, en el que estaban escritas con lápiz estas palabras y en caracteres invertido que era preciso leer por reflexion en un espejo:

Vengo de.....  
La frontera bávara.....  
Sobre el rio.....  
Os diré mi nombre.....

M. L. O.

Por las declaraciones de Gaspar resultaba que en la mañana del 14, un extranjero, vestido como un trabajador, se le habia acercado en la calle para decirle que el jardinero de la casa municipal tendria mucho gusto en enseñarle los pozos artesianos funcionando, si queria ir á buscarle á las tres á los jardines públicos; que en consecuencia fué allá y que al pasar por un plantío de arbustos, un hombre, embozado en una capa y que llevaba un sombrero gacho, se le acercó, y, dándole una bolsa que tenia en una mano, le dió con la otra una puñalada en el costado; que dejó caer la bolsa y se echó á correr hácia casa. En declaraciones posteriores variaron considerablemente estos detalles; pero aunque nadie le hizo la menor indicacion respecto á que se sospechaba que él mismo se hubiera hecho la herida, espontáneamente se defendió de esa acusacion declarando enfáticamente: «Yo no me la hice.» Es tambien digno de tenerse en cuenta que aunque él pretendia no conocer los contenidos de la bolsa que habia tomado y dejado caer, repetidas veces hizo alusion á un papel que habia en ella y á palabras escritas en él con lápiz. ¿Cómo llegó á saberlo?

En los dos primeros dias el estado de Gaspar no dió motivo para alarmarse; pero en la mañana del 17 de Noviembre se presentaron síntomas peligrosos, y á eso de medio dia se declaró que no habia esperanzas de salvarle. Extraordinariamente sensible, como siempre habia sido al más pequeño dolor, aún el producido por la cortadura de un dedo, aguantó sus sufrimientos, que debieron haber sido agudos, sin un sólo murmulo, y solamente demostraba impaciencia ó irritacion cuando se le hacian preguntas sobre el asunto; tenia repetidos síncope y ratos de delirio, pero con intervalos recobraba su conciencia é inteligencia. A la caida de la noche

se notó débil y exánime y que pronto dejaría esta vida de pecado (*Lasterleben*). A veces repetía textos de la Escritura, sin pararse en que fueran propios del caso, y al expresarle un sacerdote la esperanza de que á ninguno tendría mala voluntad, dijo: «¿Por qué había de tenérsela? Nadie me ha hecho daño.»

Sus últimas palabras fueron: «Cansado, cansado, necesito emprender un largo viaje,» y volviendo la cara á la pared murió sin lucha, murió sin hacer una señal, embustero é hipócrita hasta lo último.

No es sorprendente que las contradicciones de su narración, unidas á sus inherentes probabilidades, y su carácter doble, hayan inducido á la sospecha de que su muerte fuera causada por su propia mano, y sobre este punto se exigió á los cirujanos empleados en el exámen del cadáver que dieran su opinión.

Al mismo tiempo que uno de ellos considera que las circunstancias del caso más bien señalan un asesinato que un suicidio, sostuvo el otro que, aunque la naturaleza de la herida admitía cualquiera de las dos teorías, se inclinaba fuertemente á la última por motivos morales. Háblele enseñado la experiencia que las personas que habían sido víctimas de la violencia de otros demostraban por regla general gran ansiedad por la naturaleza y extensión de las heridas, y que los suicidas eran generalmente reservados ó indiferentes acerca de estos puntos. La conducta de Gaspar Hauser en su lecho de muerte á su parecer le colocaba dentro de la última categoría; y expresó con firmeza su disentimiento del informe prevalente de que su rostro había tenido la calurosa expresión casi de júbilo de una muerte inocente; le parecía, por el contrario, denotar un estado de ánimo perturbado y lleno de sombras.

En cuanto á la naturaleza de la herida, los dos convinieron en que había sido hecha con arma de punta y doble filo, por un golpe de arriba á abajo, y que era lo bastante grave para causar la muerte independientemente de la organización peculiar del individuo.

Las objeciones hechas por los que creían en Gaspar Hau-

ser, eran que no se sabia que hubiera poseido arma ninguna con la que pudiera hacerse la herida, y que no se encontró arma ni en el sitio del ataque ni en sus inmediaciones; pero Hickel las combatió aseverando que entre las herramientas usadas por Gaspar en su ocupacion favorita de hacer cajas de carton, habria encontrado alguna que bastaria para el objeto, y que el rodeo que hizo despues del atentado contra su vida le hizo pasar el rio, al cual pudo tirar el arma. La completa imposibilidad que tuvo la policia de encontrar ni la más remota huella del asesino, en una comunidad pequeña, donde la llegada de un extranjero era siempre asunto de observacion y curiosidad, y el hecho de que aunque habia muchas personas en los jardines y alrededores, ni una sola habia visto á un hombre que respondiera á la descripcion dada por Gaspar, suscitaron una fuerte presuncion en favor de la teoría del suicidio, que tomó más fuerza por una aseveracion hecha por Meyer de que Gaspar Hauser en los dias anteriores á su muerte se habia ocupado en destruir algunas cartas particulares y otros papeles que hasta entónces habia conservado cuidadosamente; y más todavía porque se averiguó que el papel encontrado en la bolsa correspondia con el que de ordinario usaba para sus ejercicios, y estaba doblado del mismo modo particular que él acostumbraba á hacerlo. La letra tambien, aunque estaba al revés para disfrazarla, tenia un gran parecido con la suya.

El testimonio más concluyente contra Gaspar, sin embargo, debe de buscarse en su propio carácter. El Dr. Meyer tenia la firme creencia de que él mismo se habia herido, aunque vacila en asegurar que intentara matarse. Habia llegado á estar disgustado de su posicion. La notoriedad y los triunfos sociales eran para él más importantes que la misma vida. Una herida leve, como la de Nuremberg, no hubiera bastado para rehabilitarle en la estimacion popular: una herida grave podia terminar desgraciadamente, pero la ganancia valia la pena del riesgo. «Si sobrevivo á ella, bueno; si no, bueno tambien. Mejor que continuar mi existencia actual, quiero morir.» Un razonamiento análogo, no podia ser cosa extraña en la mente de Gaspar Hauser.

Hickel expresa opiniones semejantes y piensa que animado por el éxito que tuvo la tentativa de Nuremberg, determinó repetir el experimento en mayor escala, pero que fué un poco más allá de lo que quería, siendo así víctima de su falsa ambición.

Las revelaciones que resultaron de estas investigaciones hicieron desaparecer el último asomo de duda en el espíritu de lord Stanhope, quien con característica candidez admitió los errores á que se habia dejado llevar. Escribiendo desde Baden en 1834, dice:

«Vereis que toda la historia fué falsificada del modo más inexorable por Feuerbach y que muchos de nosotros hemos sido engañados y trastornados de la manera más estúpida. Las señoras todavía continúan estándolo, casi sin excepcion, y se dejarían crucificar antes de abjurar de su fé. Gaspar fué, más que todas las personas que yo he conocido, un favorito general del bello sexo, á pesar de..... y de que su aspecto no era distinguido; pero tenia una fascinacion particular en sus maneras, una amabilidad grandísima y *bonhomie*. Ellas están, por lo tanto, muy disgustadas de verse privadas de lo romántico que encontraban en su historia; y no esperaria yo ser recibido con mucho agrado, si hiciera otra visita á Anspach; más bien podria temer la suerte de Orfeo, sin sus talentos musicales.»

Una de estas señoras, una condesa de Albersdof, inglesa de nacimiento, se vengó ciertamente de lord Stanhope por su apostasía, no de la manera que él temia, sino publicando una obra (1), en la cual el patrocinador y bienhechor de Gaspar es denunciado como el agente principal de su persecucion y últimamente como su asesino. Hay razones para creer que al fin Feuerbach mismo no estaba completamente libre de dudas en su propia teoría, porque refiere Hickel que en el otoño de 1832, al ser reñido Gaspar por un acto grave de doblez, dejó escapar una explosion de rabia, cuando:

---

(1) *Die zichtige Enthüllung der Geheimnisse über Hansérs Henrkunft.*—Anspach, 1839.

«Estaba convicto ante mí,» dice Feuerbach, «de embustero y calumniador, con tales miradas indignas y amenazadoras, que pensé estar contemplando el alma de un demonio... No, aquello no puede haber sido Gaspar Hauser, ó dirán que el viejo Feuerbach habia escrito á la vejez una novela.»

El gran jurista no vivió lo bastante para escribir el último capítulo de su novela. Sucumbió á un ataque paralítico, seis meses antes de la muerte del hombre en cuya defensa habia malgastado su gran talento, y manchado una eminente reputacion profesional.

Meyer vé en el amor por lo místico, entónces dominante en Alemania, una excusa para la facilidad con que el público se dejó engañar por una impostura superficial: pero esta explicacion no sirve para la credulidad igual de parte de ingleses, franceses y americanos; y despues de todo, no debe de espantar á la generacion presente encontrar grandes clases influyentes de la sociedad, prestando implícita fé á un cuento misterioso, por absurdo que sea, y cerrando los ojos y los oidos á toda prueba que pueda perturbar sus creencias.

¿No podemos nosotros encontrar en nuestra experiencia personal de imposturas palpables parecidas, como la del moderno *espiritismo*, ó sin descender á estas profundidades de la locura, dentro de los dominios de la teología, la misma disposicion á aceptar hechos con testimonios que en los asuntos ordinarios de la vida práctica serian sin vacilaciones desechados?

Las señoras bávaras, á quienes pinta lord Stanhope como prontas á dejarse crucificar por su fé, áun en contra de una irresistible acumulacion de pruebas adversas, no son sino el tipo de una gran clase que abraza muchos grados sociales é intelectuales, y sin cuyo apoyo y concurrencia se extinguiria la casta de los charlatanes. El amor á lo maravilloso, unido á la incapacidad de apreciar el valor de los testimonios, produce esa exposicion á fiarse de la fé más que de la razon, que hay en el fondo de todas las supersticiones, y que, empezando en una predileccion por lo improbable, pronto se desarrolla á ser una creencia fija en lo imposible á causa de su misma imposibilidad. *Credo quia impossibile.*

En un concepto, la carrera de Gaspar Hauser es única quizás entre todos los casos conocidos de representacion fraudulenta, en que el descubrimiento de la impostura casi ha envuelto invariablemente la identificacion del reo. Apenas puede caber duda alguna en ningun espíritu racional é imparcial de que Gaspar Hauser llegó á su notoriedad por la fabricacion de una série de fábulas y la práctica sistemática de la falsedad y el engaño. Pero, al mismo tiempo que podemos afirmar sin riesgo que no era lo que él representaba ser, lo único que estamos en disposicion de hacer, es formar conjeturas respecto á lo que en realidad era, en cuanto á su origen ó á los motivos que le impulsaban, la historia de su vida ó los hechos relativos á su muerte. Ha pasado ya una generacion desde que entre las lágrimas y lamentos de muchos cientos que le deploraban, fué depositado en su fosa el hijo de Nuremberg; pero este intervalo de tiempo no ha traído luz alguna sobre el misterio. Las palabras inscritas en la lápida, hace treinta y tres años, todavía continúan siendo las propias para el caso, porque hoy como entónces puede decirse de Gaspar Hauser: *Ignota nativitas, occulta mors.*

E. BARRINGTON DE FONBLANQUE.

(*New Quarterly Magazine.*)

~~~~~

LA CUESTION DE ORIENTE

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS CRISTIANOS DEL ORIENTE. (1)

PARTE II.

Las vejaciones que sufren los cristianos del Oriente no son la única causa de sus insurrecciones. Los recuerdos de su pasado histórico en los dias anteriores á la dominacion musulmana, no se han extinguido jamás en sus pechos, ni siquiera por una esclavitud de cinco siglos. Estos recuerdos han ganado, á la verdad, fuerza, y parecen estar constantemente impulsando á los cristianos á la restauracion de su antigua vida nacional. Pero las varias ramas de la raza sérvia, además de los recuerdos históricos, poseen incontestables derechos políticos, que han conservado más ó ménos perfectamente bajo la dominacion turca hasta la época presente. Datan estos derechos de la segunda mitad del siglo XIV, cuando por vez primera se reconocieron los reyes sérvios vasallos de los sultanes. Extendíase á la sazón el Estado sérvio desde Sofía á Durazzo en el mar Adriático, y desde allí al Savio y al Danubio; de esta manera incluía una porcion de lo que se llama ahora Bulgaria, Macedonia y Albania del Norte, Montenegro, una parte de la Herzegovina, la Sérvia vieja y el principado sérvio de hoy. Al lado de este reino considerabilísimo existía el reino servo-bosnio, que comprendía la Bosnia y la parte occidental de la Herzegovina.

(1) Véase el núm. 23 de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, publicado el 15 de Noviembre.

El rey Lázaro, aunque sometido por los turcos y hecho su vasallo, intentó al cabo de pocos años reconquistar su plena independencia, y con este objeto formó una alianza con el rey de Bosnia. Los dos soberanos sérvios fueron derrotados en la batalla de Cossova en 1389, en la que murieron Lázaro y el sultan Amurate I. El sucesor de Lázaro hizo la paz con las mismas condiciones que su padre, mas con un aumento en el tributo y en el contingente militar debidos al sultan. Jorge Brancovitch, que sucedió á Lázaro, renovó la lucha contra los turcos y perdió sus Estados; pero lo mismo que sus predecesores, los reconquistó. En el tratado de paz que ajustó entónces con el sultan Amurate II, se fijó Sofía como el punto extremo de las posesiones sérvias en el lado oriental y la Herzegovina en el occidental. Von Hammer cita este tratado. Los descendientes de Brancovitch quedaron extinguidos en la línea masculina, y la única princesa sérvia que representaba á la familia se casó con Stephen Thomaschevitch, heredero del trono de Bosnia. De esta manera los países sérvios se encontraron una vez más unidos bajo el mismo rey. En virtud de este matrimonio, la curia romana y la Dieta húngara reconocieron á Thomaschevitch como heredero legítimo en todos los derechos de la corona sérvia. Este, el último de los reyes nacionales, deseó á su vez hacerse independiente; pero fué vencido, hecho prisionero y decapitado. La nobleza sérvia sólo pudo conservar sus derechos políticos y feudales abrazando el islamismo. Los nobles que se negaron á abjurar la fé de sus mayores abandonaron la tierra natal. De esta manera perdió el antiguo Estado sérvio sus reyes nacionales. La nobleza habia sido siempre el verdadero depositario del poder y continuó siéndolo aún bajo los sultanes, despues de haber adoptado el islamismo. La masa de la poblacion cristiana, sin sus jefes, sufrió más que nunca el despotismo de los renegados. Estos, á su vez, tuvieron que defender sus derechos autonómicos contra los continuos ataques de los sultanes. De aquí nació una lucha continua entre los cristianos y sus señores feudales por un lado, y entre los señores feudales y los sultanes por el otro. Las provincias que anteriormente componian el

reino sérvio eran único teatro de estas luchas. Las otras partes de la península balka, que no poseian los mismos derechos, se sometieron tranquilamente al yugo de la Puerta.

En nuestra época, en 1804, la poblacion de lo que ahora se llama Sérvia se sublevó como un sólo hombre al mando de Czerni-George (*Jorge el Negro*) contra los renegados. Los sultanes al principio alentaron el levantamiento, esperando, valiéndose del pueblo, privar á la nobleza de sus antiguos derechos políticos; mas advirtiéndole que la gente del campo cristiana deseaba volver á colocar á los propietarios musulmanes en el disfrute de aquellos derechos, se volvieron contra ella. La primera guerra sérvia de emancipacion duró nueve años; la segunda, dirigida por Miloch, unos nueve meses. Pero la parte del antiguo reino sérvio que hoy se llama el principado de Sérvia reconquistó al fin su administracion cristiana é independencia interna como en los tiempos del rey Lázaro. Desde entónces Alí Bajá de Zanina (ántes súbdito de los sérvios) y los reyes de la Albania del Norte, Bosnia y Herzegovina se han levantado frecuentemente para defender los derechos autonómicos que los sultanes tantas veces les han confirmado como herencia del antiguo Estado sérvio. Estos derechos, sin embargo, fueron gradualmente reducidos. Todo el mundo sabe el fin de Alí Bajá. Reschid Bajá, siendo gran visir, puso término á los privilegios de Albania (con la excepcion de una sombra de su antigua independencia dejada á los Mirditas), y el Serdar-Akrem, Omar Bajá, en 1853, hizo lo mismo respecto á Bosnia y Herzegovina. Los beyes quedaron enteramente despojados del derecho de administrar las provincias, y solamente con el goce de sus derechos feudales. Entónces por vez primera fueron estas provincias ocupadas por guarniciones y oficiales enviados de Constantinopla. Esto duplicó los sufrimientos de los cristianos. A los insultos, exacciones y violencias de todos géneros de parte de los beyes del país, se añadieron los de los funcionarios y soldados de la Puerta. Entónces se hizo permanente el estado de insurreccion. Los renegados, viéndose amenazados en su última trinchera y en peligro de perder hasta sus derechos feudales, se vieron forzados, no obstante su ódio á la Puerta, á hacer

causa comun con ella; mientras que los cristianos no tenian esperanza más que en la union de Sérvia con el Montenegro. Así, pues, la antigua idea de restaurar la Sérvia de Lázaro y Thomaschevitch y de consolidar la unidad política de toda la raza, volvió una vez más á salir á la superficie. Pero ya el sistema no es el antiguo feudal, con la propiedad del suelo reservada para la nobleza; es un sistema democrático, dentro del cual, todos y cada uno tienen derecho á hacerse propietarios. Por consiguiente, la cuestion servo-bosnia tiene dos aspectos, uno político y el otro social, íntimamente unidos y que no pueden separarse. Sin la fusion política de las razas bajo un gobierno cristiano civilizado (tal como seria el de la gran mayoría de la nacion), es imposible la igualdad social entre cristianos y musulmanes. Los búlgaros, que fueron completamente dominados por el sable, no tienen base legal para reclamar de la Puerta derechos políticos semejantes á los antes poseidos por los sérvios; pero sus aspiraciones á la emancipacion nacional no son ménos legítimas.

Para que el lector pueda entender la cuestion eslava en su totalidad por lo que á Turquía se refiere, retrocederemos por un momento al origen etnográfico de las varias poblaciones cristianas de la Turquía europea que se llaman, segun el nombre geográfico de las provincias que habitan, sérvios, sérvios viejos, montenegrinos, bosnios, herzegovinos, búlgaros, macedonios, aunque al mismo tiempo lleven el único y genérico nombre de eslavos.

Esta poblacion, que es más numerosa que todas las demás razas de la península reunidas, puesto que ella sola cuenta entre ocho ó nueve millones de almas, en tanto que las demás no pasan de cuatro y medio, ha habitado desde tiempo inmemorial tres cuartas partes del territorio. Pacífica y laboriosa, ocupándose desde una época remota exclusivamente en la agricultura é industria doméstica, cayó presa fácil de los invasores extranjeros; tanto más cuanto que la organizacion política del país consistia en una infinidad de pequeñas repúblicas, á las que no unia un lazo comun y que teóricamente pertenecian todas al imperio de Oriente. Despues de los hunos, godos y abaros, se establecieron dos tribus guerreras

en el siglo VII como superiores de la primitiva poblacion eslava; la tribu sérvia de Galicia, que era á su vez eslava y numerosísima; y la tribu búlgura, de origen finlandés (*fenni*) y cuyo nombre se derivaba del rio Volga, de cuyas regiones habia emigrado. Los sérvios se esparcieron por la Macedonia, parte de la Albania septentrional y la Mesia alta (Sérvia, Bosnia y la Herzegovina), penetrando tambien en la Dalmacia oriental. La tribu búlgara se instaló en la Bulgaria propiamente dicha, es decir, en la Mesia baja, comprendida entre los Balkanes, Mar Negro, Danubio y Morava ó Mago; cada una de las dos fundó una dinastía. Pero los reyes sérvios, conforme á la antigua costumbre eslava, compartieron el gobierno con los jefes de sus diferentes provincias, mientras que los reyes búlgaros, segun el génio de su raza, conservaron el poder concentrado en sus propias manos. Pronto estuvieron en guerra las dos dinastías. El Estado sérvio, que era el más débil de los dos, acabó por sucumbir, y entónces los reyes búlgaros gobernaron por algun tiempo todo el territorio desde el Mar Negro al Adriático, y hasta atacaron á los eslavos de Tracia, á quienes los emperadores griegos defendieron con mayor ó menor eficacia. Por último, los sérvios reconquistaron su libertad; mas los emperadores, aprovechándose de la rivalidad entre las dos naciones, las incitaron una contra otra, las debilitaron, y no pocas veces consiguieron imponerles la dominacion ó soberanía del imperio. Por fin estas luchas fatigaron á los búlgaros. La dinastía búlgara y los guerreros de su raza desaparecieron, y la poblacion eslava, sobre la cual habia reinado, cayó bajo el yugo de los emperadores griegos. Por la influencia de la raza dominante, su lenguaje habia sufrido numerosas modificaciones, que lo convirtieron en un dialecto especial, en su mayor parte eslavo; pero mezclado con palabras y formas finlandesas y marcado con un acento particular: este es el dialecto que actualmente se habla en la Bulgaria propiamente dicha. Todavía más, el nombre de los conquistadores búlgaros quedó con el pueblo. Mientras tanto, los búlgaro-eslavos se habian hecho guerreros: se levantaron contra los bizantinos y fundaron para ellos una dinastía nacional, que

floreció durante un corto tiempo y luego poco á poco se fué debilitando.

Al mismo tiempo aumentaba el poder de la dinastía sérvia de los Nemagnas. Los reyes de esta casa conquistaron sucesivamente la Macedonia, la Albania, el Epiro y la mayor parte de la Tracia, y redujeron las posesiones del imperio bizantino en Europa al triángulo descrito por Salónica, Adrianópolis y Bourgaz (Apoltonia) en el Mar Negro. Habiendo extendido así sus dominios, Douchan el Poderoso, á quien los reyes de Bulgaria obedecian como vasallos, se hizo proclamar emperador de los eslavos y de los griegos, y á la cabeza de 80.000 hombres marchó sobre Bizancio. En el camino murió de repente (posible es que envenenado por un doctor griego), y el ejército desanduvo lo andado. En tiempo de su sucesor, gobernante débil, los gobernadores de las vastas provincias se hicieron casi independientes. El rey Lázaró, de quien ya hemos hablado, se propuso reducirlos uno despues de otro; pero los turcos, aprovechándose de la desercion en el imperio sérvio, le atacaron y le impusieron el pago de tributo.

El resultado de estas mezclas etnográficas y alternativas históricas ha sido el siguiente: los eslavos de Turquía, que suman entre todos nueve millones de almas, forman ahora tres grupos distintos. El grupo sérvio, de unos tres millones y medio, habita el principado de Sérvia, la Sérvia vieja, Bosnia, la Herzegovina, Montenegro y parte de la Albania septentrional (la Zenta). En todas estas provincias se habla el dialecto sérvio; el más hermoso y sonoro, y el más rico, bajo el punto de vista literario, de todos los dialectos eslavos de estas tierras. El grupo búlgaro, que cuenta cuatro millones y medio, habita la Bulgaria propiamente dicha y se extiende más allá de los Balkanes, y penetra tanto en Tracia, que sus colonias casi se acercan á Constantinopla. Toda la parte septentrional de la Tracia puede decirse que pertenece á él. Hemos visto que el dialecto de este grupo, eslavo en su antigua base, se modificó por la tribu búlgara del Volga. La lengua búlgara, sin embargo, se perdió en el océano eslavo y poco quedó de ella fuera de su nombre. Podemos añadir que

los eslavo-búlgaros y los eslavo-sérvios se entienden entre sí como los naturales de la Gran Rusia y de la Pequeña Rusia. El tercer grupo, llamado búlgaro ó sérvio, segun el lugar que habita, es el macedonio, que cuenta millon y medio de almas, y el cual reclaman para sí igualmente búlgaros y sérvios. Bajo un punto de vista histórico, los argumentos son tan buenos por un lado como por otro, por haber reinado ámbas dinastías alternativamente sobre esta provincia. En cuanto á la cuestion de idiomas, el dialecto hablado en Macedonia ocupa una posicion justamente intermedia entre búlgaro y sérvio. Es casi exactamente el lenguaje en que están escritos los libros litúrgicos de los eslavos y en que fueron redactados los actos oficiales de los reyes sérvios. Suficiente prueba de esto dá la coleccion de los cantos populares de Mr. Vercovitch. Los búlgaro-sérvios, que constituyen la mayoría de la poblacion de Macedonia, son, bajo el punto de vista genético y lingüístico, un verdadero eslabon entre las dos grandes ramas, búlgara y sérvia.

En medio de esta masa eslava de nueve millones en Turquía, que pertenecen enteramente á la religion ortodoxa, hay 700.000 musulmanes, descendientes de los renegados, y 200.000 ó 300.000 católicos; un total de 1.000.000 ó de 1.100.000 que no militan en la Iglesia ortodoxa; es decir, una novena parte del total. Los musulmanes y católicos ignoran por completo el turco y hablan el idioma nacional solamente.

El lector tendrá ahora una justa idea de la distribucion de los eslavos de Turquía, considerados etnográfica, geográfica, estadística y religiosamente. Quedan por dilucidar varias cuestiones políticas y sociales que pudieran producir confusion en los ánimos de los extranjeros si se pasaran en silencio.

Los griegos aducen que la provincia de Macedonia les pertenece. ¿Pero en qué se funda esta extraña reclamacion? En el hecho histórico de que perteneció primeramente al imperio bizantino, como perteneció al reino búlgaro, y despues al imperio sérvio. Los hechos históricos hablan igualmente en favor de los búlgaros y de los sérvios; pero por los hechos

etnográficos existentes es como se decide ahora la formación de nuevos Estados; y solamente se necesita echar una ojeada al mapa etnográfico de la península balka, de Mr. Lejean, el mejor mapa de esta clase que existe, para convencerse de que las colonias griegas y gitanas del país son meros puntos microscópicos, perdidos en la masa de la población eslava. La gran idea helénica es en este momento tan impracticable é imposible como la gran idea búlgara ó sérvia. Tres naciones han dominado por turno la península, y precisamente porque su dominación respectiva no tuvo una base etnográfica, única, sólida y natural, se han quedado exhaustas por externas luchas, y una á una han caído bajo el yugo otomano. Mientras que las colonias griegas y gitanas son tan limitadas en número, y tan extensamente dispersas están entre la población eslava de la península—del mismo modo que hay colonias búlgaras en medio de la población griega—se encuentra á los eslavos en masa compacta. La gente en Europa exagera las dificultades que proceden de las diferencias de religión. El renegado eslavo nunca fué un mahometano en toda la extensión de la palabra. Abrazó el islamismo por interés personal y permanecerá afecto á él en tanto que la Puerta defiende sus privilegios feudales. Pero que se establezca un gobierno cristiano en vez del otomano, y la conveniencia propia le traerá de nuevo á la fé de sus antepasados, de la cual ha conservado muchas prácticas. Pero esta reconversión del sérvio mahometano puede solamente verificarse con la condición de que el gobierno cristiano le deje el goce de su propiedad. Precisamente el temor de perderla es lo que le impulsa á hacer causa común con los osmanlíes, á pesar de su ódio y desprecio aristocráticos hácia los plebeyos invasores del Asia. El príncipe Miguel ofreció dejar á los mahometanos sus propiedades con la condición de que se sometieran á las leyes del país, y ellos se declararon deseosos de acceder á esta condición; pero la Puerta, temiendo ejemplo tan peligroso para las provincias adyacentes, insistió en su expatriación, con una ligera indemnización por sus pérdidas. Puede sin riesgo decirse que el islamismo no tiene porvenir en Europa: morirá y desaparecerá.

En lo tocante á los eslavos católicos, cuyo número es solamente de 200.000 á 300.000, y que están esparcidos por Bosnia y la Herzegovina, no pueden ser causa de perturbacion ni por su número ni por sus tendencias. Su clero ha obtenido privilegios especiales de los sultanes; pero no por esto está ligado á la Puerta. Vacila entre Sérvia y Austria, ora acercándose á sus hermanos de raza, ora á los de religion; no ofreciendo ni á los unos ni á los otros nada tangible. Por medio del clero católico, hace Austria creer al pueblo que ejerce influencia bastante en Bosnia para desacreditar á los ojos de Europa la anexion de esta provincia al principado de Sérvia, anexion que los insurgentes bosnios habian proclamado. Su cónsul, Herr Wallard, giró una visita á los monasterios franciscanos con objeto de obtener de los reverendos padres una protesta contra este acto revolucionario. Los padres no pudieron rehusar sus firmas sin correr el riesgo de que se les acusara de simpatía con la insurreccion: y el *Tagblatt* de Viena se apresuró á dar publicidad á ese acto, que no habia sido espontáneo y que realmente nada significaba. Los insurgentes bosnios replicaron á este rasgo de intriga de parte de Austria, proclamando rey al príncipe Milano tan pronto como el pronunciamiento del ejército sérvio llegó á su conocimiento. Declararon á Belgrado capital, tanto de Bosnia como de Sérvia, y al rey Milano heredero en los antiguos derechos de los soberanos nacionales que habian reinado sobre las dos provincias. No debe de olvidarse que un sacerdote católico, Monsitch, está en este momento á la cabeza de una partida de insurgentes católicos. Este hecho basta para demostrar los verdaderos sentimientos del clero y de la poblacion católica en Bosnia y la Herzegovina.

El carácter del sérvio se diferencia mucho del del búlgaro. El primero es altivo, impetuoso, activo; lento para tomar una decision, pero firme y resuelto para llevarla á cabo una vez tomada. El búlgaro es humilde, calmoso, pesado y terco. El sérvio, poeta ántes que todo, es aventurero, ambicioso, amigo del lujo, y más inclinado al trabajo mental, al comercio y á la vida militar, que al trabajo propiamente tal, mientras que el búlgaro es práctico y laborioso y da la preferencia

á la agricultura y á los oficios. Su bondad de corazón raya en debilidad y su sobriedad en avaricia. Si los sérvios son los franceses de Oriente, son los búlgaros en muchos conceptos los belgas. El uno es por sus cualidades morales é intelectuales el complemento del otro. Unidos y desarrollados los dos juntos, formarían una nación con todo lo que puede hacer la felicidad, grandeza y solidez de un Estado.

La literatura sérvia se ha desarrollado de un modo considerable en poco tiempo; la búlgara está todavía en la infancia. Otro tanto puede decirse de la vida social. A pesar de todo lo que los sérvios han tomado de las instituciones políticas, literatura y maneras de la Europa occidental, conservan en todo una originalidad notable. El búlgaro tiene mayor facilidad de asimilación. Poco enérgicos y sufridos más allá de toda medida, los búlgaros, en el curso de tantos siglos, jamás han empuñado las armas; y las tentativas de unas pocas individualidades, cuyo patriotismo era más grande que su inteligencia, á nada han conducido sino á perturbaciones locales, en las que la nación jamás tomó parte y que fueron dominadas con la mayor facilidad. Las horribles consecuencias del último levantamiento han aterrorizado á los búlgaros en tal extremo, que en lo porvenir sólo pensarán en ponerse en seguridad, aunque tal vez sea demasiado tarde, á ménos que esa seguridad les venga del exterior. Sus patriotas, aún los más inquietos y emprendedores, han perdido toda esperanza, y ya no cuentan con la iniciativa armada de sus paisanos. Los sérvios, por el contrario, han protestado continuamente por sus terribles *Heyduks* contra la dominación otomana. Han emigrado en grandes masas y se han colocado al lado de todos los enemigos del poder otomano en el intento de pelear contra él. Los sérvios fueron el primer pueblo que levantó en Oriente el estandarte de la libertad nacional en 1804; cuando sostuvieron la lucha por espacio de nueve años, sucumbieron, se sublevaron otra vez á los dos años y finalmente conquistaron de la Puerta una porción de sus antiguos derechos. Una vez alcanzado este fin y dueños de una base de desarrollo, se mostraron tan circunspectos, sufridos é inteligentes, como temerarios

é inquietos habian sido antes. Dirigieron toda su atencion á la organizacion política del país, á su desarrollo material, á la difusion del saber y á la creacion de una fuerza militar que, relativamente hablando, era de poder extraordinario. Sus hombres políticos comprendieron que durante la primera época de formacion, seria necesario obrar con la más estricta sujecion á la ley, si habian de ganar el respeto y la simpatía de Europa. Por esa razon, los sérvios no se movieron durante la insurreccion griega, ni durante las otras muchas que ocurrieron en las provincias eslavas de Turquía. Permanecieron neutrales en la guerra turco-rusa de 1828-29, y cuidaron de evitar la falta cometida por los griegos durante la guerra de Crimea. Tambien se mantuvieron perfectamente tranquilos durante la última guerra entre turcos y montenegrinos, y aún consiguieron tragarse la píldora del bombardeo de Belgrado. Ninguna circunstancia, por favorable que pareciera, ninguna simpatía, ningun resentimiento pudieron sacarlos de la senda que se habian trazado con objeto de alcanzar el mayor desarrollo posible de su fuerza. Y todavía hubieran aguardado, sin el inesperado concurso de circunstancias y sucesos extraordinarios que eran presagio de su propia ruina y de la de los eslavos vecinos suyos. No se decidieron, sin embargo, hasta despues de un año de vacilaciones y de repetidas tentativas para evitar la guerra. Una vez persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos y del peligro de su situacion en el momento, se determinaron resueltamente por la accion, á despecho de las advertencias de toda Europa. Una vez sériamente metidos, puede Europa estar cierta de que, á pesar de todas sus precauciones diplomáticas y de la aparente debilidad, no abandonarán tan pronto su proyecto, sino que harán todos los esfuerzos posibles para conseguirlo. Tal es la disposicion de este pueblo, al cual nunca debió la Puerta haber arrastrado á esta extremidad. Un célebre estadista húngaro dijo en una ocasion: «Quisiera mejor habérmelas con diez eslavos ordinarios que con un sérvio.»

Además de la raza eslava hay otras tres razas indígenas en la península balka: los griegos, los cuales, con la poblacion

del reino, cuentan 2.500.000 almas; los albanos, 1.500.000, y los gitanos, que escasamente pasarán de 500.000. Los griegos son demasiado bien conocidos en Europa para que sea necesario aquí hablar de ellos con tantos detalles como de los eslavos; pero para concluir mi plan, me es forzoso exponer la opinion que de ellos tienen las otras razas de la Europa oriental.

Es incontestable que despues de los eslavos, el elemento griego es el único de la península que posee las condiciones indispensables para una vida bien desarrollada é independiente. Su gran desventaja es, que tanto en Europa como en Asia está demasiado esparcido y no presenta la imponente y compacta masa que presentan los servo-búlgaros. Al otro lado de las fronteras de Grecia ocupa la costa marítima de la península, y ha derramado unas pocas colonias por el interior, cuya importancia es innegable bajo un punto de vista comercial, aunque para nada entran en cuenta desde el punto de vista político. En este último concepto el esparcimiento de los griegos los ha debilitado mucho. Esta falta, sin embargo, está compensada en parte por el génio del pueblo, que ha conseguido absorber el medio millon de gitanos, de los cuales la mayor parte hablaba el griego lo mismo que el *zingari* ó gitano, y se jacta de pertenecer á la nacionalidad helénica. Mas aún, en toda la Albania del Sur prepondera la influencia del espíritu griego, y la poblacion de dicho país tiene hácia Grecia tendencias tan visibles como las de la Albania del Norte hácia los países eslavos. De esta manera el elemento griego presenta una masa compacta en el Archipiélago y Grecia, en Tesalia, Epiro y Albania del Sur, cubre las costas del mar Egeo, del de Mármara y del del Bósforo: pero se pierde en el Mar Negro entre el elemento búlgaro y en el Adriático entre el sérvio.

Las cualidades de la raza griega son más brillantes que las de la eslava, pero inferiores en solidez, á pesar del prestigio de la antigua civilizacion helénica, y la de las edades medias concentrada en Bizancio. A despecho de la influencia espiritual de la Iglesia ecuménica de Constantinopla y de las escuelas fundadas por los prelados griegos en toda la penín-

sula, los griegos no pudieron hacer la más insignificante mella en la nacionalidad eslava de los sérvios y búlgaros, los cuales se valieron de la instruccion que habian recibido en las escuelas griegas para poner los cimientos de su civilizacion nacional, que desde entónces se ha desarrollado bajo el influjo de la cultura de Occidente. Poco á poco, desaparecieron las escuelas griegas entre los servo-búlgaros, para ser reemplazadas por otras nacionales. Despues le llegó el turno á los prelados; vino primero la emancipacion de la Iglesia sérvia en el principado; luego la de la Iglesia búlgara. A su vez los rumanos confiscaron las rentas de los griegos conversos en su país, y así la influencia intelectual de los griegos salió para siempre de las regiones rumanas y eslavas para volver á su lecho natural.

Los griegos, encontrándose resistidos en sus tentativas de helenizar á los eslavos y rumanos, se ofendieron; pero en lugar de aceptar prudentemente los hechos consumados é inevitables, y de acomodarse á la nueva situacion para obtener de ella todo el provecho posible para el porvenir, se dejaron cegar tanto por la pasion, que cometieron una y otra vez actos de imprudencia y locura, de cuyas sérias consecuencias acaso sean los primeros en arrepentirse.

Uno de los grandes defectos de los griegos es su presuncion. Ha dañado con frecuencia á su política y la está dañando ahora. Manifiestan para con los sérvios una actitud de superioridad, y hácia los búlgaros una actitud de desdén, que nada al parecer justifica. No comprenden, ó pretenden no comprender, que en lo tocante á organizacion política, administracion sábiamente combinada, desde luego económica y fructífera en resultados, organizacion militar y habilidad diplomática, los sérvios han demostrado ya su superioridad; mientras que en el concepto literario tienen poco ó nada que envidiar á los griegos modernos. Los sérvios han probado estar suficientemente preparados para los acontecimientos de Oriente, mientras que los griegos fueron cogidos por sorpresa, y no han podido en el momento oportuno tomar en ellos una parte activa. Si los principados de Sérvia y Montenegro no pudieron por sí solos llevar á cabo la liberacion de los cristianos orientales, y si han surgido complicaciones graves,

que están en estos momentos amenazando seriamente la paz de Europa, es culpa sobre todo de la falta de prevision y de la inaccion de los griegos. A no ser por eso, la contienda turco-cristiana estuviera concluida, y Rusia no se veria forzada por irresistible impulso de su pueblo á tomar parte en ella, con riesgo de una guerra general. Si esa guerra ocurriera, ¿podria servir realmente á la causa de los griegos y de los demás cristianos? No se puede contestar en la afirmativa. Lamentar en los periódicos que los griegos hayan sido completamente olvidados, que todas las simpatías del mundo civilizado se reservan para los búlgaros y sérvios, llamar á los primeros bárbaros y á los segundos semi-bárbaros, cuando están luchando heróica y generosamente por el triunfo de la libertad y de la civilizacion en Oriente, es por cierto desempeñar un papel triste y confesar en absoluto que son inferiores.

Solamente pueden los griegos levantarse á los ojos de sus hermanos cristianos y de Europa en general, entrando en la lucha y contribuyendo con su parte á la liberacion del Oriente. Su movimiento pudo hasta producir el efecto de hacer posible que el Oriente cristiano obtuviese sin ayuda su libertad é independencia. Gran responsabilidad pesa sobre los griegos en cuanto se refiere al presente, y todavía mayor en lo tocante al porvenir de estas regiones.

Aun siendo poco lo que los griegos han realizado de aquellas esperanzas que los cristianos del Este fundaron en ellos, y por imperfectamente que hayan respondido á la expectativa de las potencias, que, al crear el reino independiente de Grecia, creyeron que estaban creando el eje sobre el que pudiera dar la vuelta el Oriente cristiano, no hay razon para pasar por alto la importancia de este elemento, y para no señalarle, al lado de los eslavos, el puesto más importante en las nuevas combinaciones que la desaparicion del imperio otomano en Europa necesariamente produciria. Si Grecia, á pesar de sus muchas y grandes ventajas, no ha desarrollado la misma fuerza de carácter, ó la misma organizacion política y militar que dan á Sérvia el primer puesto en la península, la falta no consiste en los griegos solos. Han tenido que luchar contra dificultades insuperables de la primera época de for-

macion; dificultades por las cuales han atravesado todas las naciones. Además, las fronteras de su Estado son tan estrechas, distan tanto de sus fronteras naturales, que en vez de estar libres para respirar, están asfixiados. Es imposible apreciar lo que vale una nacion colocada en semejantes condiciones. Creer que los griegos podian haber realizado su gran idea bizantina precisamente cuando la nacionalidad eslava habia empezado á despertar, era cosa fuera de razon. Igualmente lo seria no creer que, despues de los eslavos, son la raza más importante y la única indispensable en la organizacion política del Oriente europeo, si se desea un Oriente fuerte é independiente.

No hablaré de los judíos, gitanos y armenios de la península, supuesto que además de su origen extranjero y lo reducido de su número, no tienen importancia política. En cuanto á los tártaros y circasianos, despues de los horrores que han cometido en Bulgaria y Sérvia, no estará fuera de lugar volver á publicar aquí lo que escribí sobre ellos hace once años. «De todos los medios de represion imaginados por la Puerta, »el más extraordinario, el más malvado, aquel por el cual »violaba todos los derechos de sus súbditos cristianos y pisoteaba toda la consideracion que debia á las potencias occidentales, sus bienhechoras, era sin duda la traslacion de »los mulsumanes al suelo clásico de la península balka. Primero llegaron los tártaros, luego los circasianos. Aunque en »la Turquía asiática hay países enteros inhabitados, y la »trasmigracion en aquella direccion hubiera sido desde luego »ménos costosa y más natural á causa de la homogeneidad »de los elementos sociales, insistió la Puerta en introducir »estas tribus en medio de los cristianos europeos.

»Aparte de las cargas oficialmente impuestas á las poblaciones destinadas á recibir estas hordas semi-salvajes, el »gobierno turco no podia ménos de prever los horrores que »resultarian de las miserables condiciones de existencia en »que se las colocaba. ¡Figúrese la situacion de estos desgraciados cristianos eslavos! Primeramente se envió entre »ellos á los tártaros, luego á los mahometanos lanzados de »Sérvia, despues á los circasianos; y se les obligó á edificar

»casas, á labrar y sembrar la tierra para toda esta multitud, á
»la cual alimentaron un año entero. ¿No es esto bastante
»para arruinar las más florecientes provincias? ¿Pero qué
»cuidado le daba á la Puerta? Su objeto era dar fuerza al
»elemento musulman en Europa, y de este modo levantar
»una barrera de un lado entre él y los *rayáhs* y del otro en-
»tre estos últimos y Sérvia y Rumanía.

»A los turcos pareció el plan tan magnífico como pérfido
»era para los cristianos. Hay que admitir también que pro-
»baba un extraño olvido de lo que á Europa se debía. Pero
»á Turquía se le permitió lo que nunca se hubiera permitido
»á ningun gobierno sábio y honrado.

»Esas trasmigraciones de tribus en el siglo XIX al suelo
»europeo nos hace retroceder á la barbárie de los primeros
»períodos de la era cristiana, y preguntamos á todos los
»hombres de buena fé si no reducen á los cristianos de aque-
»llos países al nivel de los negros esclavos.

»Después de haber derramado torrentes de sangre para el
»sostenimiento del gobierno turco, Europa, al día siguiente
»de su victoria, proclamaba la admision de Turquía en la
»familia de las naciones civilizadas, acto de generosidad á
»que respondieron los turcos con una doble invasion de bár-
»baros. En un tratado solemne, caramente comprado, decla-
»raba Europa que tomaba bajo su proteccion la causa de la
»humanidad y de la civilizacion en Oriente. Pero cuando
»precisamente al siguiente día cometen los turcos repetidas
»depredaciones y matanzas; cuando cubren las provincias
»europeas de hordas feroces que no pueden ménos de au-
»mentar el número de crímenes y perpetuarlos como tradi-
»cion, Europa los contempla en silencio, y sin protesta per-
»mite que se diga que el Oriente se está civilizando bajo el
»paternal gobierno del sultan. ¿Insultó nunca la barbárie á
»la civilizacion de una manera más descarada? ¿Fué nunca la
»debilidad hecha juguete tan abiertamente de la fuerza bruta?»

Aquí puedo transcribir propiamente el despacho escrito so-
bre este asunto por el ministro sérvio de Relaciones Exteriores
al agente sérvio en Constantinopla, justamente después de
efectuarse la trasmigracion:



«Belgrado 22 de Diciembre, 1859.

»3 de Enero, 1860.

»Señor: Conoceis la política tradicional que el gobierno sérvio ha seguido cada vez que han ocurrido levantamientos en las provincias eslavas de Turquía que lindan con nuestras fronteras. Sabeis con qué solicitud, principalmente en tiempos del difunto príncipe Miloch, se ha esforzado aquel—y por su actitud leal ha ayudado eficazmente—en calmar la agitacion que se habia esparcido dentro de la misma Sérvia. Jamás se ha apartado de esta línea de conducta, ni aún cuando, en vez de roconocer este hecho, hemos sido objeto en Constantinopla de los más infundados rumores. El gobierno está convencido de que, observando una extricta neutralidad, ha prestado en muchas ocasiones eminentes servicios á la Sublime Puerta, y esto no puede ser puesto en tela de juicio por ninguno que esté enterado de los asuntos de este país y de los acontecimientos de que ha sido teatro.

»Pero por leal que sea la accion del gobierno sérvio, esa accion puede únicamente ser eficaz, si recibe la séria cooperacion de la Puerta. Convencido de esta verdad, desea dar á la Puerta una prueba más de su empeño en mantener relaciones de buena vecindad, llamando su atencion hácia los malos efectos que pueden producir ciertas medidas recientemente adoptadas; tal es en los dias que corren la lógica de los sucesos, que seria impolítico en el grado más alto dejar pasar desapercibidas estas medidas.

»Sabeis que centenares de familias tártaras han emigrado al bajalato de Widdin, á una distancia de dos á seis horas de la frontera sérvia. Estos tártaros se han establecido en aldeas búlgaras, se han alojado en casas búlgaras, y están actualmente viviendo más ó menos á expensas de los búlgaros.

»La inmigracion de este elemento extranjero ha esparcido intranquilidad y miedo entre los búlgaros, no solamente en las localidades donde los tártaros están establecidos, sino

»áun en las inmediaciones de nuestra frontera. El rumor de
 »que la inmigracion se ha de extender al bajalato de Nissa,
 »y aún más allá, ha contribuido á acrecentar la ansiedad ge-
 »neral, y ya no solo entre los búlgaros, sino entre todas las
 »poblaciones cristianas situadas á lo largo de nuestras fron-
 »teras. En tal estado las cosas, nada es más natural que estas
 »poblaciones se vuelvan hácia Sérvia. Por lo tanto, el go-
 »bierno sérvio puede ver en la colonizacion de los tártaros
 »solamente una medida política. Vemos tan claramente las
 »inevitables consecuencias á que forzosamente conducirá, que
 »no podemos ni aún tratar de eludirlas, por desastrosas que
 »para nosotros sean. Las simpatías de nuestra poblacion por
 »las del mismo origen vecinas son tan fuertes, que ningun
 »gobierno puede abiertamente luchar contra ellas.

»Nada digo de la colonizacion de los tártaros, bajo nuestro
 »punto de vista; tenemos demasiada confianza en nuestros
 »derechos, en la estabilidad de nuestras instituciones políti-
 »cas, y en el deseo de la Sublime Puerta de no mezclarse con
 »ellas en esta colonizacion, para sentir temor alguno por
 »nuestra propia cuenta. Me he limitado á considerar el asun-
 »to en relacion á los intereses generales del imperio. Tened
 »la bondad, por todo esto, de explicaros categóricamente so-
 »bre este punto con S. A. Alí Bajá. Hacedle observar al mis-
 »mo tiempo que no debe de mirarse este paso como queja ó
 »protesta de nuestra parte. El gobierno sérvio tiene fijos los
 »ojos en los efectos de esta colonizacion. Prevé y siente ya
 »sus inevitables consecuencias, y llama la atencion de la Puer-
 »ta sobre este asunto en interés del imperio. Convencidos es-
 »tamos de que en esta ocasion estamos una vez más haciendo
 »un servicio á la Puerta. Os pido, por lo tanto, que leais esta
 »carta á S. A. Alí Bajá y que le dejeis copia si la pidiera.

»*Firmado:* FELIPE CHRISTITCH.»

¿Qué reproches no podrian ahora dirigirse á Europa, cuan-
 do despues de tantos años, lo que habia sido previsto entón-
 ces y más de una vez predicho públicamente, se ha verifica-
 do por último? ¿Es de extrañar que la indignacion de todo el
 mundo civilizado, y particularmente de las naciones rusa, in-

glesa é italiana, se haya sublevado al fin contra la dominacion turca, y contra aquellos gobiernos europeos que defienden la sanguinaria y ultrajante represion del alzamiento búlgaro, cuya represion precedió inmediatamente á la declaracion de guerra de Sérvia? Los cristianos del Oriente fueron ellos mismos engañados por las reformas otomanas. Se sabe que muchos de ellos, incluyendo personas realmente superiores, aceptaron las reformas, y sobre todo el *tanẓimat* (1), completamente en sério, con todos los resultados que en su creencia se seguirian de los solemnes compromisos contraidos por la Puerta en el Congreso de París. En Oriente desapareció esta ilusion á los pocos años; pero en Europa duró hasta el principio de la presente crisis. Ahora, por fin, están abiertos los ojos de todos, y cada uno se ha convencido de la imposibilidad de introducir en Turquía reformas europeas. El hecho es que son tan incompatibles con el gobierno de los bajáes, que es la base inmutable del órden político y social en todo Estado musulman, como con la corrompida moral de los turcos.

«La reforma otomana,» escribia yo en 1865, ha «tenido »tres fases distintas. Fué sinceramente emprendida, aunque »no de una manera muy práctica, por Mahmoud. Fué continuada, no sin vacilaciones, por Abdul Medjid, quien empezó á descubrir sus insuperables dificultades y á dudar de »su éxito. En tiempo de Abdul Azis la Puerta reconoció la »imposibilidad de alcanzar resultado alguno útil, y volvió á »su antiguo sistema de opresion y terror, cuidando todavía »de conservar las apariencias de reforma, mera oferta hueca, »que solo sirvió para engañar á las naciones civilizadas, con »cuyo apoyo era necesario contar.»

Puedo enumerar aquí las cuatro principales llamadas reformas.

1.^a La Puerta acordaba á los extranjeros el derecho de poseer propiedades en Turquía. Pero como esta concesion está esencialmente en contradiccion con las leyes fundamentales de los Estados musulmanes, la Puerta la eludia concediendo

(1) Carta de organizacion. (Nota de la R. C.)

derechos de propiedad á las mujeres solamente, que son consideradas por los turcos como séres inferiores, y no tienen participacion en la vida pública.

2.^a *Libertad religiosa*; ha sido una amarga ironía para los cristianos que han visto á los mahometanos demoler sus iglesias y escuelas en pleno dia y prohibir el culto en las iglesias nuevamente construidas, á ménos de pagar un fuerte impuesto por la consagracion. No podia verificarse matrimonio sin el pago de una imposicion arbitraria. Bajo la sombra de semejante «libertad religiosa» fueron obligados en tres años trescientas sesenta mujeres cristianas á abrazar el islamismo solo en el bajalato de Nisch, y treinta y nueve doncellas jóvenes en Bosnia.

3.^a *La decretada igualdad de todo súbdito ante la ley* pone todavía más de relieve la hipocresía con que los politicastros de Turquía han insultado la buena fé de los gabinetes europeos. La igualdad entre turcos y cristianos es prácticamente incompatible con la ley del bajalato. ¿Ignoran esto los ministros de la Puerta? Al sentar este gran principio de «igualdad,» ¿no sabian ellos que no podia ser reconocido ni aplicado por ningun juez ni bajá otomano, ni tampoco por ellos mismos? El cristiano es mirado como un sér tan inferior, que su testimonio contra un turco carece de valor legal.

4.^a *La admision de los cristianos en las filas del ejército* se trasformó inmediatamente despues de su proclamacion en una contribucion obligatoria de exoneracion del servicio militar. La sombra de un derecho fué concedida solamente como pretexto para una contribucion nueva; ¡singular refinamiento del jesuitismo político del Bósforo! En cuanto á la institucion de tribunales mixtos, y la administracion autonómica de los vilayetos, ¿no son las promesas de introducir estas reformas otras tantas pruebas de que en todas estas materias no tienen valor alguno las palabras de la Puerta?

Por consecuencia de esto, en la crisis presente, los insurgentes de Bosnia y Herzegovina no han querido tener la más pequeña confianza en las promesas hechas por la Puerta por medio de las grandes potencias. Prefirieron morir con las

armas en las manos á volverse á someter á la administracion musulmana. La mala fé de los turcos obligó por último á las mismas potencias á pedir á la Puerta garantías positivas contra ulteriores decepciones.

El hecho es que cristianos y musulmanes están separados por infranqueable abismo; y si se ha de conservar la integridad del imperio otomano, el único puente para cruzar este abismo es la adopcion del principio de la antonomía nacional para las razas indígenas de la península. Tal es la conviccion de todos los cristianos.

No hay otros medios de tranquilizar al Oriente.

Los cristianos de Oriente han simpatizado siempre con todo poder que estuviera en guerra con Turquía. Austria tuvo sus simpatías durante todo el período de sus luchas contra la media luna, y millares de sérvios se alistaron en cuerpos libres para pelear en sus banderas. Fueron los sérvios los que hicieron á la córte de Viena el gran servicio de librar á la Hungría del Sur de los turcos. Si Austria hubiera persistido en la política que inauguraron los triunfos del príncipe Eugenio, todas las probabilidades son de que su imperio se hubiera extendido ahora al Bósforo y no hubiera habido cuestion de Oriente. Pero su tendencia á la universalidad, combinada con su carácter exclusivamente aleman, ha estropeado todo. El espíritu de las poblaciones orientales es incompatible, tanto con el espíritu aleman, cuanto con el italiano ó de la raza latina. Hay más; la política del Austria ha sido desde el principio del siglo contraria á los cristianos. Fué hostil á la emancipacion de Sérvia y de Grecia, á la union de los dos principados del Danubio, y á todos los movimientos parciales de los cristianos contra los turcos. Todo lo que tendiera á ayudar á la regeneracion del Oriente, encontraba oposicion en el gabinete de Viena. De todos los ministros de Austria, el conde Beust fué el primero que comprendió que Austria no podia mantener por más tiempo el exclusivismo germánico. Pero en vez de elevarse al verdadero nivel de la cuestion y de aplicar á ella el remedio exigido por las condiciones etnográficas internas y externas del imperio, la trató con el verdadero espíritu de un aleman de espíritu estrecho, colocando

los diez y ocho millones de eslavos austriacos bajo el poder unido de los alemanes y magyares, que juntos todos no llegan á doce millones. Y al hacerlo así, satisfizo á los húngaros solamente, mientras que dejó á los alemanes, á quienes habia desposeido de su dominacion exclusiva, que hicieran comparaciones entre ellos y la Alemania unida, y á los humillados eslavos que pensarán lo mismo con respecto á Rusia. En vez de fortificar el imperio, lo ha debilitado esta combinacion en todos conceptos, incapacitándolo para una política exterior independiente por la difícil posicion en que está colocado entre dos poderosos vecinos. La condicion de los eslavos austriacos no es tentadora ni mucho ménos para los eslavos de la península; más bien les inspira repugnancia.

Los húngaros últimamente han cambiado esta repugnancia en ódio, á causa de la hostilidad inconsiderada y los obstáculos de todas clases puestos en el camino de los sérvios durante la guerra actual, y su ódio aumentará en proporcion, conforme el gabinete austro-húngaro se oponga á la organizacion política de los eslavos de Turquía. Su gabinete al parecer no comprende que no tiene más alternativa que Rusia ó la formacion de un Estado eslavo en su frontera meridional. Los eslavos de Turquía, frustrados en sus esperanzas de formar un Estado independiente, no dejarán de entregarse en cuerpo y alma á sus hermanos del Norte. Hé ahí los resultados que la política del gabinete de Viena con los eslavos de Turquía producirá para Austro-Hungría y para toda Europa: una política en su mayor parte dictada por las estrechas preocupaciones de los magyares.

La política de Inglaterra ha tenido siempre mala fama entre los cristianos del Oriente, por cuya razon les han sorprendido más las recientes manifestaciones de la nacion inglesa en su favor. La nacion inglesa de un solo golpe ha reparado los errores de sus gobiernos anteriores hácia los cristianos; y si el nombre inglés está ahora empezando á ser venerado entre nosotros, y si la influencia inglesa se ha de dejar sentir en estos países, se debe á la noble iniciativa de los liberales ingleses y de la nacion inglesa.

La política de lord Beaconsfield parece tanto más extraña

cuanto que debiera de estar convencido como todo el mundo que la dominacion de los Osmanlies en Europa no tiene porvenir y á pasos acelerados se precipita á su fin. Ante semejante perspectiva, el sentido comun más vulgar debe á la fuerza indicar á toda gran nacion el curso necesario para conservar su crédito é influencia entre los sucesores naturales de la herencia otomana. La nacion inglesa, aparte de las razones financieras y comerciales, está políticamente mucho más interesada que otro poder cualquiera en que la herencia caiga exclusivamente en manos de los cristianos. No es ciertamente obrando contra todas sus aspiraciones como los ingleses cerrarán el camino de Rusia al Bósforo; por el contrario, acaso obligue á estos mismos cristianos á abrirlo. Esta ha sido precisamente la falta del conde Andrassy, y lord Beaconsfield la ha repetido. Si realmente es una de las intenciones secretas del gabinete de Petersburgo apoderarse de los Dardanelos, el príncipe Gortchakoff debe de sentirse muy complacido con sus colegas ingleses y austro-húngaros, que, sin saberlo, están ayudando sus planes á las mil maravillas.

Sin embargo, digno es de notarse que áun los diarios ingleses que han abrazado la causa de los cristianos, han tomado en mi opinion un mal camino al proponer hacer provincias autónomas separadas á la Herzegovina, Bosnia y Bulgaria. Hacer esto seria dividir la raza eslava de Turquía y exponerla así á rivalidades internas y á intrigas de todas clases del exterior.

Aunque el Oriente de Europa se regenerase, si quedaba al mismo tiempo dividido, debilitado y expuesto á todo linaje de influencias extranjeras, estaria en una condicion que no convendria á Inglaterra ni á ninguna otra de las grandes potencias. Para que el Oriente no sea ya por más tiempo la manzana de discordia en Europa, tiene que estar sólidamente organizado, independiente y dueño de su propia casa. Su organizacion no debe, por lo tanto, fundarse en el sistema de la autonomía provincial, sino en el de la autonomía nacional. Los eslavos y los griegos son las dos únicas nacionalidades de la península balka que poseen verdadera vitalidad y centros realmente políticos: Atenas y Belgrado.

Cada una de ellas debe de formar un Estado compacto: los dos Estados deben estar enlazados por el nudo de una alianza puramente defensiva, bajo la proteccion de las grandes potencias. De esta manera podrán vivir con su propia vida, desarrollar su propia fuerza, tomar su direccion natural, y finalmente, librar á Europa de los peligros constantes de un imperio que no tiene fuerza ni para vivir ni para morir.

Esta combinacion tan simple y fácil á nuestra vista, se presenta á los extranjeros como rodeada por las mayores dificultades. Volveré despues sobre este punto; por ahora echaré una ojeada á la política de Rusia tal cual nosotros la interpretamos, y á lo que parece su carácter real. Rusia ha defendido siempre la causa de los cristianos orientales con más ó ménos calor, y ha dado ayuda material á sus iglesias y escuelas. Ha contribuido grandemente á la emancipacion de Sérvia, á la independenciancia de Grecia y á la conservacion del Montenegro. Sus cónsules han sido en todas las ocasiones defensores enérgicos de los cristianos oprimidos, y á veces sus vengadores. Esta atencion y proteccion incesantes han ganado, por último, el corazon de las poblaciones orientales, que no solamente están agradecidas á Rusia, sino llenas de esperanza de que más pronto ó más tarde les ayudará á sacudir el yugo musulman. En el Oeste de Europa dicen que sin Rusia seria fácil la solucion de la cuestion de Oriente. Los cristianos orientales dicen que sin Rusia nunca se resolveria.

Pero los sentimientos inspirados por este poder son mal entendidos si se piensa que los cristianos del Oriente abandonarían, ni áun por él, la esperanza de la libertad. Los eslavos del Sur, como los griegos, tienen un pasado histórico que es demasiado grande para que jamás se olvide, y mucho ménos para sacrificarlo voluntariamente. Rusia puede contar con ellos como buenos amigos, pero nunca como servidores ciegamente entregados. Pareceria como que Rusia misma está convencida de esto y que sus antiguas ideas de dominacion han sido por último sustituidas por otras de un género más práctico; siendo ahora su objeto procurarse amigos en vez de encontrar súbditos, como lo era antes. Hoy que mirar este

cambio como una de las consecuencias de la guerra de Crimea y de las manifestaciones que ocurrieron en Oriente, relacionadas con aquella. La guerra de Crimea tiene que haber convencido al gabinete de San Petersburgo, que siempre que trate de poner sus manos en el imperio turco, tendrá á toda la Europa en contra, ó cuando ménos se colocará en un estado peligrosísimo de aislamiento. Su vacilacion en la crisis actual, su ansiedad extrema por arrastrar á otras potencias y por constituirse sencillamente en su representante, parecen demostrar la verdad de esta conjetura. Las poblaciones del Oriente, por su parte, han seguido una línea de conducta de ninguna manera propia para alentar los proyectos de dominacion que usualmente se atribuyen á Rusia. Durante la guerra de Crimea, ni los sérvios ni los búlgaros se movieron. El general en jefe ruso ofreció á los búlgaros armas y dinero y les incitó á levantarse. Pero creyeron prudente éstos, antes de nada, enviar una diputacion á Sérvia para consultar al gobierno. La respuesta dada en Belgrado fué, que Sérvia por su parte observaria una extricta neutralidad, y los búlgaros permanecieron quietos. Es verdad que los griegos hicieron causa comun con Rusia. Pero cuando vieron concluir la insurreccion de Candía—resultado que atribuyeron á la insuficiencia del apoyo dado por Rusia,—se cambió en seguida en aversion su simpatía. Montenegro, elevado por el emperador Nicolás del rango de vladicado al de principado, únicamente obró por inspiracion rusa. Pero la influencia del Montenegro, con su limitado territorio y escasos recursos, no se extendió más allá de los distritos herzegovinos lindantes con su frontera.

Se exagera extraordinariamente en Europa la influencia que Rusia ejerce en todos los cristianos de Oriente por la identidad de religion, y sobre los eslavos en particular por la identidad de raza. Más extraño es todavía que en este punto se engañen los mismos rusos. Los sérvios, búlgaros y griegos no participan de la férvida y exclusiva ortodoxia de los rusos. Por el contrario, su tibieza en este concepto debe ser óbvia para todo el que entre ellos haya vivido. Más atentos á las formas externas que al espíritu de religion, acostumbrados

de mucho tiempo atrás á asociarse con católicos de la misma raza y, desde la conquista turca, con mahometanos, son ellos, en lo tocante á la religion, más tolerantes que algunas naciones más adelantadas en la civilizacion; y es un hecho que sin la supremacía del mahometismo y la persecucion que sistemáticamente ejerce, las poblaciones de la Europa oriental no estarian muy léjos de ser indiferentes.

Pero en lo tocante á la nacionalidad, es muy distinto el caso. En ese punto estas poblaciones son invencibles. Cinco siglos de la más demoledora dominacion extranjera no han causado efectos en su lenguaje ni en sus maneras. La nobleza eslava cambió de religion, pero no de idioma. Nada sabe del turco. Aun en su mahometismo ha conservado algunos usos cristianos. A principios de este siglo pudieron quizás los rusos haber extendido su idioma entre los servo-búlgaros por la afinidad con el suyo y sobre todo por la profunda ignorancia en que entónces estaban sumidos los búlgaros. Pero desde que se han multiplicado las escuelas búlgaras y sérvias en aldeas y ciudades, y se ha desarrollado extraordinariamente la literatura, esa medida se ha hecho para siempre imposible. En el congreso etnográfico de Moscou de 1867, fueron recibidos los eslavos de Austria y Turquía de una manera verdaderamente fraternal y tratados con suntuosidad; pero tan pronto como se suscitó la cuestion de una lengua eslava general, bohemios, moravos, eslovacos, croatas, eslavones, sérvios, búlgaros, todos rechazaron la proposicion. El comité eslavófilo de Moscou, que está inspirado por las dos ideas de ortodoxia y esparcimiento del idioma ruso como idioma literario de todos los eslavos, está, á no dudarlo, en mal terreno. En vez de ayudar á realizar el panslavismo en su propio sentido, despertó las susceptibilidades de cada una de las ramificaciones de la raza, redobló el amor de cada una de ellas por su dialecto particular é hizo imposible la tarea de la fusion de lenguas. Hay, con todo, una especie de panslavismo, sueño dorado de todos los eslavos sin excepcion, aunque no es de carácter genético, político ni revolucionario. Consiste en la ayuda y asistencia mútua entre todos los miembros de la raza eslava para su

liberacion, bajo sus gobiernos respectivos; para que ninguno sufra por más tiempo la supremacía de otra raza extranjera. Así puede explicarse la lucha sostenida por los bohemo-moravos y eslavones contra el elemento germánico de Austria, y por los servo-croata-eslovacos contra el elemento magyar en Hungría, sin idea alguna de separacion; y de un modo semejante los servo-búlgaros se contentarian con tener derechos autonómicos en Turquía sin atacar á la integridad del imperio otomano. Desgraciadamente, ni austriacos, ni húngaros, ni turcos parecen entender, ni al parecer lo desean, el carácter de este movimiento nacional, que tiende en Austro-Hungría hácia la federacion y en Turquía hácia el vasallaje. Las razas que imperan, reprimiendo las aspiraciones legítimas de los eslavos, las fuerzan á volver la vista hácia Rusia; y con esto han motivado la aparicion del fantasma panruso, que ha servido admirablemente á los alemanes y húngaros para mantener á los eslavos en su actual estado de sujecion. Pero el movimiento de esta raza es demasiado fuerte y persistente para que pueda por mucho tiempo estar dominado. Cuanto más se le reprima, tanto más perderá su carácter pacífico y se hará revolucionario, hasta que pueda un dia terminar por hacer una limpia de Austro-Hungría y de la Turquía europea, ó al ménos, por engolfarlas en una confederacion panslava.

Este será probablemente el fruto de la política imprudente que contraría las aspiraciones legítimas de una inmensa raza consciente ya de su propia fuerza y dignidad, y cuyos miembros principales son suficientemente poderosos, cada uno de ellos, para formar un Estado por sí mismo. De estas consideraciones generales, sugeridas por la cuestion del panslavismo, á la cual es absolutamente necesario tocar al hablar de Rusia, volvamos á los eslavos de Turquía.

Sus adversarios han hecho todos los esfuerzos posibles para engañar á Europa representándolos como demasiado atrasados, demasiado faltos de las condiciones esenciales para la vida política independiente, divididos y fanáticos en materia de religiones, hostigados por complicaciones sociales insolubles, y en general incapaces de producir nada que no

sea la anarquía y el caos, tan favorables para la realización de los ambiciosos proyectos de Rusia.

Basta conocer, aunque sea superficialmente, á los servo-búlgaros para echar de ver desde luego que solamente la maledvolencia extrema pudo dar lugar á tales absurdos con respecto á ellos.

La raza servo-búlgara es eminentemente susceptible de enseñanza, mucho más con respecto á las ideas modernas, que la raza ural de los magyares. Las ideas de igualdad, justicia y fraternidad han nacido en aquella, mientras que todavía conserva el magyar los gustos y tendencias feudales de las edades medias. Es el magyar (con la excepcion del turco) el único elemento heterogéneo en Europa por ideas y por origen etnográfico. Una prueba de esto dieron recientemente los estudiantes magyares de Pesth cuando, queriendo señalar á Turquía como la defensora de la civilizacion en el Este, proyectaron hacer una ovacion al cónsul turco. Europa nada conoce del gran desarrollo de la literatura sérvia durante el medio siglo que cuenta de existencia. Su idioma ha alcanzado ya el más alto grado de perfeccion. En poesía, fisiología, historia y ciencia ha producido obras originales, dignas de un puesto elevado en la literatura europea. Se han publicado traducciones de las obras maestras de la Europa occidental en número siempre creciente, y la juiciosa eleccion hecha entre estas obras es por sí sóla digna de tenerse en cuenta. Finalmente, las ideas más avanzadas del siglo son aceptadas y popularizadas con gran facilidad.

Con respecto á aptitud para la vida política, el principado de Sérvia solo puede demostrar cuán infundados son los cargos hechos por los adversarios de los servo-búlgaros. Es un Estado moderno en la más plena acepcion de la palabra. Desde 1830, cuando fué reconocida su existencia política por la Puerta, se ha organizado constitucionalmente, y posee una administracion que por regularidad, precision y economía puede servir de modelo á todo el Oriente y á la misma Hungría. Las dificultades que tanto Austria como Turquía han puesto á los armamentos sérvios, léjos de desanimar á éstos, han estimulado su ingénio y actividad. Construyeron una

fábrica de pólvora, abrieron y explotaron minas, y establecieron una fundicion de cañones y fábricas de armas pequeñas y de cápsulas de percusion. En resúmen; se crearon los recursos militares que les pusieron en disposicion de formar un ejército de 120.000 hombres, y de resistir cuatro meses á todas las fuerzas del imperio otomano. Aunque Estado pequeñoísimo, salido apenas de la esclavitud y con limitados recursos, ha hecho todo lo que va mencionado en el espacio de cincuenta años, y lo que es más, ha puesto en cultivo su tierra erial, la ha cruzado en todas direcciones con caminos para ruedas, ha regularizado el curso de muchos de sus rios, erigido ciudades y aldeas, multiplicado las escuelas, los hospitales y establecimientos benéficos de todas clases. Sérvia ha dado pruebas de una vida tan exuberante, que es imposible dudar de su aptitud política, y mucho más negarla. Han dado tambien además pruebas de habilidad política los estadistas, que han conseguido poco á poco obtener de la Puerta las concesiones que el país goza ahora, obteniendo la cesion de las fortalezas y salvando siempre con éxito las inmensas dificultades, renovadas constantemente, de la cuestion de Oriente, sin ofender á la diplomacia ni perder la confianza de sus compañeros de cristianismo.

Sérvia ha resuelto ya ó ha demostrado poder resolver todas las cuestiones sociales que preocupan á Europa respecto al Oriente. Ha concedido plena libertad á todos los ritos, y ha prestado ayuda á comunidades tan poco numerosas y de tan pocos recursos, que no podian sostener sus ministros de religion. Ni aún los turcos han sido excluidos. Sus mezquitas y clero, sostenidos están á expensas del Estado. En los dias de fiesta cristianos, los turcos, é igualmente los judíos, tienen abiertos sus escritorios y tiendas. Los turcos establecidos en Sérvia, y que se hacen súbditos sérvios, no se distinguen en nada de los otros súbditos. Abiertas están para ellos las escuelas sérvias y lo mismo los hospitales. Poseen el derecho de elegir y de ser elegidos para los destinos públicos, y de adquirir propiedades como otro cualquiera. La proposicion del difunto príncipe Miguel en tiempo de la evacuacion musulmana, de detener á los musulimes y dejarlos en posesion

de sus haciendas—proposicion que rechazó la Puerta,— prueba fuera de toda duda cuál sería la conducta del gobierno sérvio con los musulmanes de Bosnia y de la Sérvia vieja. Como ellos son casi exclusivamente los propietarios del suelo, sería indispensable una medida parcial de expropiacion en favor de los cristianos, pero mediante una justa indemnizacion con garantía del gobierno. Todos saldrian gananciosos de semejante medida.

Sérvia, pues, y Sérvia únicamente, tiene en sus ideas é instituciones todos los gérmenes civilizadores de un Estado cristiano, oriental y eslavo. De Grecia puede decirse otro tanto. Estos dos centros han sido hasta ahora los focos de la civilizacion oriental. Sus libros y periódicos han llevado la luz á los *rayáhs*; una porcion de la juventud de las provincias limítrofes ha recibido su educacion en los establecimientos de Belgrado y Atenas; y hay en Turquía escuelas eslavo-griegas, en número considerable, subvencionadas por los dos gobiernos. El de Sérvia fué el primero en el deseo de librar á la poblacion eslava; el de Atenas, al parecer, siguió su ejemplo con respecto á las poblaciones griegas. Estos Estados son los Piamontes de la península balka; y sería una injusticia escandalosa, y además una enorme equivocacion política, defraudarles de los frutos de sus trabajos y sacrificios.

La solucion natural de la cuestion de Oriente es la formacion, en vez del imperio otomano en Europa, de tres Estados cristianos, el rumano, el eslavo del Sur, ó servo-búlgaro y el griego, con fronteras determinadas en conformidad con las condiciones etnográficas. No hay otros medios de hacer justicia por igual á cada nacionalidad y de evitar discordias mútuas. Los albanos, que están sumergidos en tal ignorancia que ni siquiera tienen un alfabeto y cuyos *Klanes* están continuamente en guerra entre ellos mismos, si se les deja seguir sus inclinaciones en esta parte de la península, perpetuarían el desórden y la anarquía é impedirían la consolidacion. Tribu tan indisciplinada, si ha de dejar en paz á sus vecinos y llegar ella misma á una existencia pacífica y regular, debe descansar en vecinos de la misma raza—en los grie-

gos por el Sur y en los eslavos por el Norte;—tanto más, cuanto que ya está bajo su influencia. En cuanto á los medios de llegar á una inteligencia, esto bien pudiera dejarse al mismo pueblo. Los gitanos de Tesalia y del Epiro se darían por muy contentos de amalgamarse con los griegos. Los tres Estados cristianos del Oriente tendrían que contratar una alianza perpétua, una especie de confederacion de un carácter puramente militar, para mantener la integridad de sus posesiones y su independencia nacional. Constantinopla sería la sede de la confederacion, la cual, para disfrutar la seguridad interna y externa, obtendría la garantía de las grandes potencias. Entónces podrían sin perjuicio de nadie quedar los estrechos de los Dardanelos neutralizados y abiertos á las naves militares y mercantes de todas las naciones.

El imperio otomano, desembarazado de sus elementos europeos—elementos heterogéneos que sólo le sirven para llevarlo á la ruina,—encontraría en Asia una poblacion homogénea, compacta y dócil, y podría, con una administracion inteligente y honrada, restaurar con el tiempo su hacienda y recobrar su vitalidad.

Tal es la solucion final de la cuestion de Oriente desde el punto de vista de los cristianos del Oriente; pero por mucha que sea nuestra impaciencia para llegar á este término, comprendemos perfectamente que nuestro interés, y lo mismo el de toda Europa, es no precipitar las cosas, sino llegar gradualmente al punto deseado. Lo que principalmente hay que temer en estos momentos es que Europa se equivoque respecto al camino que debe de emprender, y que en vez de preparar ahora la formacion para el porvenir de Estados compactos cristianos, semejantes á los que acabamos de bosquejar, adopte como base para la península un proyecto de pequeñas divisiones políticas, que conducirían forzosamente más pronto ó más tarde á una nueva esclavitud de sus poblaciones. Ese sería el resultado inevitable de sistemas autonómicos separados para la Herzegovina, Bosnia y Bulgaria. Si se realizara un proyecto semejante, los nueve millones de eslavos que hay en Turquía se encontrarían repartidos en cinco Estados—Herzegovina, Bosnia, Montenegro,

Sérvia y Bulgaria,—débiles todos ellos y expuestos á toda clase de peligros. La creacion de Estados tan pequeños, luchando cada uno de ellos naturalmente para absorber á los demás, no formaria elemento sério de fuerza y estabilidad en Oriente.

Como cada uno de esos Estaditos tendria una administracion aparte, su hacienda sufriria enormemente, y se verian impedidos por muchos estilos de desarrollar sus fuerzas naturales y de hacer el papel que de otra manera pudiera corresponderles.

En nuestra opinion, las principales modificaciones del imperio otomano en Europa, las más conformes con los intereses de los cristianos de Oriente y de la Europa entera, serian las siguientes:

I. Que la autonomía de Sérvia se extendiera á Bosnia, la Herzegovina y la Sérvia vieja, formando estas tres provincias con Sérvia un reino, dependiente del imperio.

II. La cesion al Montenegro de los distritos fronterizos de la Herzegovina y un puesto en el Adriático, pagando el príncipe Nicolás un pequeño tributo por el territorio anexionado ó una cantidad alzada de una vez para siempre.

III. Que Bulgaria y Macedonia tuvieran autonomía respectivamente al mando de un gobernador, bajo la superintendencia del vireino sérvio, el cual con este objeto tendria comisarios en las provincias.

IV. Tesalia y el Epiro serian incorporados al reino de Grecia,—el cual seguiria reconociendo la soberanía del sultán sobre estas provincias por medio del pago de un tributo,—ó se formaria con ellas un principado autónomo á las órdenes de un gobernador general. La Albania del Sur entraria con estas provincias, y la parte septentrional de Albania podria anexionarse al Estado sérvio.

V. Candía tendria su Constitucion con un gobernador

cretense. Tracia y Constantinopla quedarian bajo la administracion directa del sultan.

De esta manera, el imperio otomano, sin perder la integridad de sus posesiones en Europa, se reorganizaria políticamente, de modo que asegurara la satisfaccion permanente de las poblaciones cristianas, y calmara los temores de las potencias europeas en lo tocante á las ideas ambiciosas atribuidas á Rusia. Si el imperio otomano tenia aún bastante vitalidad para subsistir en Europa, continuaria subsistiendo. Si no, pereceria; pero mientras tanto, sus Estados vasallos habrian tenido tiempo bastante para consolidarse y desarrollarse, y estarian en disposicion de ser los sucesores del imperio turco sin alterar el equilibrio europeo.

Cuando uno recuerda la peticion hecha por el príncipe Milano ántes de desenvainar la espada, para que la Puerta le confiara la administracion de Bosnia, y su proclama en la que declaraba estar pronto á respetar la integridad del imperio y contaba con la cooperacion de Rumanía y Grecia, es lógico inferir que el príncipe Milano intentaba comenzar en las provincias sérvias la ejecucion del plan que acabo de bosquejar ú otro parecido. La Puerta desechó los ofrecimientos del príncipe sérvio, é Inglaterra, que aconsejó á la Puerta que así lo hiciera, precipitó la guerra. Si el gobierno inglés hubiera aconsejado á Turquía que terminara la insurreccion despojándose de las dos provincias que causaban dificultades y peligros á ella y á toda Europa, es seguro que la guerra turco-sérvia no hubiera estallado nunca, que el Este de Europa estaria ahora tranquilo y que no amenazaria una guerra general.

Ahora han ido ya las cosas demasiado léjos. Sérvia, desde la pérdida de la fuerte posicion de Djunis, ha movilizado el total de su reserva y está resuelta á pelear hasta lo último. El ejército de Rumanía está ya en el Danubio, y Grecia se arma á toda prisa. Rusia se ha comprometido demasiado para que le sea posible una retirada honrosa. Al emperador Alejandro le empuja el entusiasmo de la nacion entera, y no puede, sin el mayor riesgo, abandonar la causa de la cristiandad de

Oriente. La conflagracion de toda la Península y una guerra entre Turquía y Rusia parecen inevitables. ¿Qué parte tomarán las otras potencias? Defender á Turquía fuera provocar una guerra general, y ¿con qué objeto? ¡El de mantener un imperio que, abandonado á su condicion presente, se desplomaria en pedazos mañana! Hacer esto será repetir la falta de la guerra de Crimea. Aquella no regeneró á Turquía, ni una nueva lo conseguiria tampoco. Mejor seria permitir á Rusia que realice la emancipacion de las poblaciones cristianas, cuidando de que esto se haga de una manera adecuada á la justicia, á los principios modernos de nacionalidad, y al interés, no de una de las potencias, sino de toda Europa. No será la primera vez que un ejército ruso ha invadido las provincias de Turquía. Siempre se ha retirado y se retirará de nuevo. Detrás de la guerra vendrán las negociaciones. La cuestion de Oriente no puede arreglarse definitiva ni aún temporalmente por medio de una modificacion en el organismo del imperio otomano, sin un Congreso europeo. Ante este Congreso tienen que discutirse las medidas que haya que introducir, y Turquía, incapaz de seguir viviendo como vive, indigna de figurar entre las naciones civilizadas, á las que ha engañado demasiado tiempo; Turquía, tinta en la sangre de los cristianos y cargada de crímenes que han excitado el horror del mundo entero, tendrá á la fuerza que someterse á las decisiones del Areópago europeo. Cualesquiera que estas sean, pecarán por exceso de generosidad, porque la única sentencia que Turquía merece es la de muerte.

CONCLUSION.

La idea principal que he tratado de desarrollar en las páginas anteriores, es que todas las poblaciones cristianas de la Turquía europea deben de ser fundidas en tres Estados, á saber: uno eslavo del Sur ó servo-búlgaro, uno rumano y uno griego; los tres unidos por una extricta alianza defensiva con un centro en Constantinopla, y todo bajo la proteccion de las grandes potencias.

Esta alianza ó confederacion, si se prefriere este nombre, destinada á reemplazar al imperio otomano tal cual hoy existe en la Turquía europea, ofrecería la mejor garantía para su solidez por el hecho de ser el obstáculo más natural y duradero que pudiera colocarse al paso de cualquier poder extranjero que pudiera ambicionar el apoderarse del Oriente. Por esa razon me parece lo más conveniente, tanto para los intereses de las poblaciones cristianas como para los de Inglaterra, y de toda potencia que piense de corazon en el mantenimiento del equilibrio de Europa.

Este proyecto sería la meta final de las poblaciones cristianas, aunque por el momento paréceme impracticable, en razon á los intereses opuestos y rivalidades de las grandes potencias. La proposicion de expulsar á los turcos inmediatamente y de un solo golpe del suelo europeo, y sustituir su gobierno por los de los Estados cristianos en cuestion, es probable que produjera una guerra general, que es precisamente lo que la inmensa mayoría quiere evitar.

Por esa razon he propuesto una combinacion provisional que pudiera por el momento convenir á los cristianos, y que no se diferencia demasiado de la que se dice que meditan las grandes potencias. Pero esta combinacion contiene los gérmenes de la idea principal y serviría para preparar el terreno convenientemente. En vez de dar una administracion autónoma á la Herzegovina, Bosnia y Bulgaria sólo, y de contentarse con reformas para el resto del imperio, sería mejor extender el sistema de autonomía á todas las provincias turcas de Europa, excepto Tracia, cuya poblacion es en su mayor parte turca, y que por tanto quedaria con Constantinopla bajo la administracion, reformada por supuesto, de la Puerta. Las provincias autónomas, sin embargo, cuyos habitantes están empezando á salir de una degradante esclavitud y que por tanto serian apenas aptos para gobernarse á sí propios, en los comienzos sobre todo, tendrian respectivamente comisarios de Sérvia ó Grecia encargados de dirigir la administracion, segun la nacionalidad de la provincia. En vez de colocar la autonomía de las provincias bajo la salvaguardia de guarniciones europeas, sería mucho mejor confiar la super-

intendencia á Sérvia, Rumanía y Grecia, á expensas de las dichas provincias.

Así se prepararia desde ahora la formacion de tres Estados cristianos destinados naturalmente á reemplazar en Europa al imperio otomano cuando llegue la época de que éste desaparezca.

Si las negociaciones de la conferencia tuvieran por resultado la guerra, hágala Rusia al ménos con el objeto expresado. Contentaria á las poblaciones cristianas durante mucho tiempo todavía y calmaria los temores de Europa. Sólo Turquía seria la desairada. Pero ese fuera el castigo más ligero posible por la crueldad, falta de fé y tiranía de todas clases con que durante siglos ha oprimido á sus súbditos cristianos.

Belgrado 1.º de Noviembre.

E. G.

(Macmillan's Magazine.)



REVISTA CRÍTICA.

La Constitución inglesa y la poesía lírica contemporánea en España; tales son las dos cuestiones que debaten la sección de ciencias morales y políticas y la de literatura y bellas artes del Ateneo, habiendo terciado en la primera los Sres. Montoro, Moret, Figuerola, Iñigo, Sanchez y Fuentes, y en la segunda los Sres. Valera, Vidart, Montoro, Carvajal, Nuñez de Arce, Puelma, Rodriguez Correa, Bravo y Tudela, Reus, Gonzalez Serrano, Lozano y el autor de estas líneas.

Como de costumbre, el debate que mayor animación ofrece es el de la sección de ciencias morales y políticas. Allí se ha vuelto á plantear la cuestión entre el liberalismo y el ultramontanismo, después de haberse sostenido en un terreno expositivo la discusión en los primeros días. Todos los oradores liberales han convenido en que la práctica leal y sincera del sistema representativo, el régimen de las libertades necesarias, la influencia decisiva de la opinión en la marcha de la política, la moralidad y patriotismo de los partidos, las sanas costumbres públicas, la admirable organización de la justicia y la institución del Jurado son las causas del próspero estado político y social de la Inglaterra, con razón considerada como modelo de pueblos libres y bien gobernados. Todos también han manifestado que el especial organismo político de aquel país no puede ser imitado por otro alguno, y que lo único que de él puede importarse en pueblos menos afortunados es aquel conjunto de libertades, que ciertamente no son privilegio suyo, sino régimen de la mayoría de las naciones cultas.

Preciso es reconocer que los oradores liberales han dejado en la sombra los aspectos poco simpáticos de la Constitución inglesa, como son la confusión del poder espiritual y del temporal reunidos en la mano de un rey-pontífice,

el predominio de la aristocracia, el aflictivo estado de las clases proletarias, la débil é imperfecta organizacion del ejército terrestre, las tendencias reaccionarias é intolerantes del clero anglicano y la existencia de ciertos usos poco en armonía con la civilizacion, como la pena de azotes, por ejemplo. En cambio, los oradores ultramontanos han puesto de relieve estos defectos, prescindiendo de las excelencias que en parte los compensan; y continuando en su tradicional costumbre de ver la paja en el ojo ageno y no la viga en el suyo, han hablado con edificante indignacion de la intolerancia inglesa, que en buena lógica debieran aplaudir.

A nuestro juicio, en la Constitucion inglesa hay que distinguir lo que es comun á los pueblos libres y lo que es privativo del inglés. Lo primero puede ser imitado en todas partes; lo segundo se debe á un conjunto de circunstancias históricas, etnográficas y climatológicas que no pueden reproducirse en pueblos de otra raza y de diversa historia. Esta parte de la cuestion no ha sido suficientemente esclarecida por los oradores liberales, acaso porque siendo todos espiritualistas y partidarios, por ende, de la igualdad absoluta de todos los hombres, no se cuidan de averiguar si es ó no cierto que hay aptitudes y destinos que no son comunes á todas las razas. El régimen individualista, el *self-government* de la Inglaterra, sus especiales costumbres políticas, la facilidad con que ha hermanado el principio autonómico con el autoritario, no pueden ser imitados por pueblos de diferente raza y clima, y por eso no darian resultado sus instituciones al ser trasportadas á diversas latitudes, sobre todo á los pueblos latinos, igualitarios, autoritarios y socialistas por naturaleza, por tradicion y por costumbre.

Si á esto se agrega que el régimen inglés en su actual forma no puede ser el ideal de la democracia, mal avenida con gobiernos aristocráticos como el de Inglaterra, fácil es comprender que el estudio de la Constitucion inglesa tiene para nosotros un interés más histórico que político, porque difícilmente hallaremos en ella nada que pueda aplicarse entre nosotros, salvo aquello que, como hemos dicho, es comun á todos los pueblos regidos por instituciones liberales.

El debate, sostenido á grande altura por los Sres. Montoro, Moret, Figuerola é Iñigo, ha decaido notablemente al terciar en él el Padre Sanchez. Este intencionado y hábil polemista incurre siempre en la grave falta de extraviar las discusiones y de agriarlas dándolas un marcado carácter personal. El incidente surgido entre él y el Sr. Figuerola ha tenido poco de instructivo y nada de ameno ni de edificante. Obstinado en traer al debate inoportunas cuestiones teológicas y en aludir á la personalidad política de su adversario,

buscando sus armas en repetidas citas históricas y en artificiosas sutilezas, un tanto sofisticadas; olvidándose de la lógica de sus principios que le impide condenar en los protestantes la intolerancia que justifica sin duda en los católicos; ingenioso á veces, intencionado otras, cáustico y violento casi siempre, el Sr. Sanchez, si ha mostrado que aún conserva sus antiguos hábitos de polemista, ha extraviado en cambio el debate, provocando un intempestivo y enojoso incidente, que podrá tomar mayores proporciones si en él terciaran (como parece) algunos pastores protestantes, resueltos, sin duda, á perder el tiempo en la defensa de una causa muy poco simpática entre nosotros. Esperamos, sin embargo, que el debate logrará encauzarse de nuevo cuando en él tome parte el Sr. Pelayo Cuesta, autoridad de mayor excepcion en todo lo que á instituciones inglesas atañe, y persona de tan probada sensatez como reconocida inteligencia.

* * *

El tema puesto á discusion en la seccion de literatura no ha producido un verdadero debate, bien porque no diera lugar á ello la forma en que se redactó, ó bien porque cuantos en él han terciado estuvieran conformes en los puntos fundamentales y separados sólo en cuestiones de detalle. Pero si el interés que la polémica inspira ha faltado, en cambio se ha observado una unanimidad de opiniones en ciertos puntos, que bien pueden, por tanto, considerarse como verdades probadas; tales son: la superioridad del lirismo contemporáneo sobre el de casi todas las épocas anteriores, sobre todo en España, y la importancia decisiva, notoria influencia y relevante mérito de ciertas escuelas líricas modernas que han aparecido en España, singularmente las que se personifican en Quintana, Becquer y Campoamor. Las cuestiones secundarias ó extrañas al tema que han dado motivo á debate han sido la distincion entre la poesía objetiva y la subjetiva, la distincion entre el fondo y la forma del arte bello y la legitimidad del arte docente. En todas ellas han dado muestras insignes de ingenio y elocuencia los oradores que las han debatido, quienes, por regla general, han confundido los términos sobre que versaba el debate, unos obstinándose en negar al arte su carácter puramente formal por confundir el fondo de la obra artística con la forma conceptivo-figurativa en que se encarna; otros confundiendo la trascendencia del arte con un fin docente que le es extraño y repulsivo, y otros empeñándose en considerar como términos antagónicos é irreductibles lo objetivo y lo subjetivo, sin comprender que ámbos no

son otra cosa que aspectos distintos de una misma realidad. El debate terminará muy en breve con un resumen del presidente de la seccion, Sr. Canalejas.

* * *

Desde nuestra última Revista hasta la fecha han menudeado los estrenos en los teatros. *El gladiador de Rávena*, del Sr. Echegaray, y *Dos hijos*, del Sr. Fernandez Bremon, en Novedades; *Auto de fé*, de autor ignorado, y *Fruto vedado*, del Sr. Sanchez de Castro, en el Español; *Pepe Carranza*, del señor Frontaura, *Los dominós blancos*, de los Sres. Navarrete y Pina Dominguez, en la Comedia, amén de una porcion de piezas en un acto y de parodias de los dramas del Sr. Echegaray; tal es el material dramático de este período, más notable por la cantidad que por la calidad.

Prescindamos de *El gladiador de Rávena*, imitacion libre de un notable drama de Federico Halm, porque nuestra crítica pecaria ya de trasnochada; de *Auto de fé*, porque no es lícito perturbar la paz del sepulcro, y de la mayor parte de las obras estrenadas en la Comedia, porque pocas de ellas merecen mencion, y consignando que, siquiera porque excitan la risa sin faltar gravemente al arte ni al decoro del público, son acreedoras á algun aplauso *Los dominós blancos*, *Noticia fresca* y *Todo empieza y todo acaba*, ocupémonos de las dos producciones de alguna importancia últimamente representadas, á saber: *Dos hijos* y *Fruto vedado*.

Dos hijos es un cuadro dramático sencillo, bien sentido y bien escrito, que logra conmover profundamente al espectador, sin caer en exageraciones románticas, y que valdria mucho más de lo que vale si su autor no hubiera tenido el mal gusto de confundir la libertad del pensamiento con el libertinaje, incurriendo en el vulgar error de creer que perdida la fé se pierde necesariamente la virtud y la delicadeza del sentimiento, infiriendo así una gratuita é injustificada injuria á los libre-pensadores. Este error, imperdonable en persona tan culta como el Sr. Bremon, la intervencion de un personaje semi-cómico en situaciones dramáticas y patéticas, y algun otro detalle de ménos bulto, constituyen las faltas de este drama, en cuyo éxito cabe no pequeña parte á las eminentes dotes de la Sra. Civili.

Siempre que nos hemos ocupado del Sr. Sanchez de Castro, hemos dicho que sus dotes de poeta lírico excedian á sus cualidades de dramático, acerca de las cuales hemos hecho repetidas reservas, si bien absteniéndonos de emitir una opinion definitiva por tratarse de un autor que daba sus primeros pasos

en la carrera del teatro. Hoy, despues de su tercera obra, no es ya posible dudar de que el Sr. Sanchez de Castro, poeta lírico de poderoso aliento, dista mucho de ser un verdadero dramático y acaso no llegue á serlo nunca.

Se nos ha dicho, y lo consignamos como circunstancia atenuante de su falta, que *Fruto vedado* es su primera produccion; pero si esto es así, una de dos: ó la ha dado á la escena tal como la concibió, error gravísimo tratándose de un primer ensayo, necesariamente imperfecto, ó la ha corregido y modificado, y en tal caso, ¿qué pensar de un poeta dramático que incurre en deslices semejantes?

Fruto vedado debe su salvacion exclusivamente á la excelencia de su versificacion y al poderoso auxilio de la *Sociedad de aplausos mútuos* organizada admirablemente por el partido neo-católico para fabricar éxitos en favor de sus correligionarios. *Fruto vedado* es el drama que puede concebir un colegial que tiene inspiracion lírica y que conoce de oidas el corazon humano y la sociedad. *Fruto vedado* es digno de ser concebido por un ángel y representado por una compañía de querubines; pero no es una obra humana, soportable para un auditorio de míseros mortales, lo bastante flacos para no comprender la beatitud que anima á los personajes del Sr. Sanchez de Castro y lo bastante impíos para no interesarse por aquellas pasiones en miniatura.

Un marido que pasa tres actos llorando, gimiendo, desesperándose y hasta pensando en el más inocenton de los suicidios, porque, á pesar de querer á su mujer, tiene ciertas intenciones (de que al punto se arrepiente) de hacerla una mala pasada con cierta amiga; la mujer del susodicho marido, única que tiene motivo para desesperarse, y única que se parece á un carácter, y á la cual no se la ocurre arreglar cosas que desde el primer acto tienen arreglo; la amiga, objeto inocente de las intenciones malévolas del marido, no ménos bonachona que el resto de los personajes, ni ménos desesperada tampoco; el novio de la amiga, hombre de tan estrecha manga, que renuncia á su amor porque hay quien peca de pensamiento con su amada; un papá al estilo de los de Echegaray, pero con la diferencia de que aquellos son tontos inofensivos y éste es perjudicial; y un seductor que entra, sale, hace que se va y vuelve, revela á cada paso al público sus siniestros planes y sus artes malévolas (dignos de un alumno de segunda enseñanza) y al cabo hace lo que Cascaciruelas; hé aquí los personajes de esta obra seráfica, que más que produccion de un hijo del siglo, parece enjendro de un ermitaño de la Tebaida, y que en rigor deberia titularse: *El pecado de la lenteja*.

Poner de relieve lo inverosímil de los recursos, lo artificioso y preparado de las situaciones, lo injustificado de las entradas y salidas de los personajes,

todas las innumerables faltas de experiencia que la obra revela, fuera crueldad imperdonable; ¿ni qué tiene de extraño que no conozca la escena quien no conoce el mundo ni el corazón humano?

Créalo el Sr. Sanchez de Castro. Las eminentes dotes de poeta lírico que posee no bastan para ser autor dramático. No se fie de ellas, ni crea tampoco que el conocimiento de la escena se adquiere sin conocer ántes la sociedad. Si por ventura quiere escribir para el teatro, busque su inspiración en asuntos en que el ropaje lírico pueda ocultar la pobreza del fondo dramático; inspírese en pasadas sociedades y no en la presente, que tan mal conoce; y si quiere retratarla, si quiere cultivar el drama moderno de costumbres, si quiere inspirarse, no en los épicos cuadros de la historia, sino en el corazón de los hombres, crea que no se aprende lo que es la vida, no se adquiere la experiencia del mundo en las sesiones de la *Juventud católica*, en las redacciones de los periódicos ultramontanos ni en la lectura de los libros místicos. Ese será un excelente camino para ganar el cielo; pero no para subir á la cima del parnaso.

La ejecución del drama del Sr. Sanchez de Castro ha sido excelente. Todos los actores compitieron á porfía en desempeñar con acierto sus papeles, distinguiéndose, como siempre, las Srtas. Boldun y Contreras y el Sr. D. Antonio Vico.

* * *

Resueltos como estamos á no admitir polémicas con los que, al atacar, en uso de su perfecto derecho, nuestros escritos, confunden el debate científico con el personal y olvidan las reglas de la cortesía, lo estamos también á contestar á los que adopten la conducta contraria, usando el decoroso lenguaje que es propio de personas cultas. Por eso tenemos el mayor gusto en contestar á las observaciones que acerca de nuestra crítica de *Cómo empieza y cómo acaba* nos dirige en el último número de la *Revista Europea* nuestro amigo el distinguido escritor D. Antonio Sanchez Perez.

El trabajo del Sr. Sanchez Perez tiene dos partes: una defensa del público que ha aplaudido el drama del Sr. Echegaray, y una del drama mismo. La primera pudo excusarla el Sr. Sanchez Perez, pues nosotros no hemos atacado al público; ántes al contrario, le hemos prestado un servicio al explicar cómo ha podido aplaudir la obra en cuestión, y al hacer constar que no lo hizo sin protesta, cosa de que se ha olvidado nuestro contrincante al dar á entender

que el éxito de *Cómo empieza y cómo acaba* no tuvo tropiezos, cosa de todo punto inexacta. Tampoco hemos negado que en el drama hubiera algo de bello y de grande, pues en repetidos pasajes de nuestra crítica hemos afirmado que era obra de un génio, y hemos señalado las bellezas y méritos que, á nuestro juicio, la distinguen.

Pero el Sr. Sanchez Perez se ha creído en el caso de exponer una doctrina que, de ser aceptada, destruiría por su base la crítica y la misma estética. Cierto que no la desarrolla en toda su extensión; pero la indica, y esta indicación basta para que en ella señalemos un peligro.

El Sr. Sanchez Perez supone, en efecto, que al apreciar una obra el público antepone la emoción al análisis, y el crítico, el análisis á la emoción; que el primero considera que es bueno todo lo que le conmueve, y que el segundo estima malo lo que peca contra los principios del arte, conmuévale ó no, originándose de aquí un conflicto entre el juicio del público y el del crítico, conflicto en el cual el Sr. Sanchez Perez parece muy inclinado á ponerse de parte del primero, fundándose en los errores cometidos diferentes veces por la crítica, y en la especie de que para juzgar las obras dramáticas no bastan la erudición, la ciencia y el ingénio, sino que es necesario haber experimentado las luchas del corazón y conocer los vicios sociales, á lo cual agrega que acaso dañan al recto juicio artístico las preocupaciones de escuela y el espíritu de secta.

Hay grandes errores y graves peligros en esta doctrina. No es cierto que en el crítico el análisis preceda á la emoción, pues esto le sería completamente imposible: lo que sucede es que el crítico trata de buscar los fundamentos de la emoción para ver si conforman con las reglas del arte, porque sabe muy bien que puede producirse emoción con obras no artísticas, cosa que no extrañaría al Sr. Sanchez Perez si acertara á distinguir la pura emoción estética del asombro, el temor, la sorpresa, etc., que pueden producir obras dramáticas de condiciones muy medianas y nada conformes con los preceptos artísticos. Emoción producen *La huérfana de Bruselas*, *La cabaña de Tom* y *La aldea de San Lorenzo*, y no creemos que el Sr. Sanchez Perez tenga por buenas tales obras porque conmueven y hacen llorar, ni que niegue á la crítica el derecho de condenarlas en nombre del arte.

Aún pudiéramos ir más allá y decir al Sr. Sanchez Perez que la emoción producida por *Cómo empieza y cómo acaba* dista mucho de ser estética, y que más que el goce inefable y puro y las conmovedoras lágrimas que lo bello causa, produce ese drama un asombro mezclado de protestas que no es precisamente la emoción estética.

Pero no queremos pecar de extensos ni distraernos con cuestiones de detalle.

Concedemos de buen grado al Sr. Sanchez Perez que la experiencia es necesaria al crítico, siempre que nos conceda que tambien lo es la ciencia, que al parecer tiene en muy poco nuestro amigo, puesto que al juicio del que la posee prefiere el juicio inconsciente y subjetivo de las muchedumbres que han coronado con el éxito las mayores monstruosidades. Pero no creemos que la experiencia haya de llegar al extremo de que el crítico deba haber pasado por todas las luchas que se representan en la escena: lo uno porque en tal caso nadie se dedicaria á oficio que requiriera haber pasado por trances tan duros, y lo otro porque si para juzgar una obra es preciso haberse hallado en la situacion que en ella se pinta, para escribirla sube de punto esta necesidad. De tan peregrina teoría se seguirian las más singulares consecuencias. Así, por ejemplo, todo autor dramático necesitaria haber sido engañado por su mujer y haber hecho un par de muertes siquiera para poder escribir con conocimiento de causa un drama sobre el adulterio, y el crítico necesitaria para juzgarlo haber pasado por iguales trances. De ser así, nos alegramos por nuestra parte de no saber juzgar el drama del Sr. Echegaray, y nos explicamos perfectamente que tampoco lo juzgue muy bien el Sr. Sanchez Perez, á quien suponemos tan falto de experiencia en eso como nosotros.

Pero lo grave de estas doctrinas es que envuelven la negacion de la crítica, la divinizacion del éxito y la apoteosis del juicio del vulgo. Lo que de aquí parecé desprenderse es que el aplauso basta para legitimar los mayores absurdos, que el éxito lo justifica todo y que el público es el crítico más autorizado. Si así fuera, lo lógico seria quemar todos los tratados de estética y literatura y declarar pasmo de la escena y gloria de las artes *La vuelta al mundo*, que es la obra de más éxito que conocemos, y *La huérfana de Bruselas*, que hace llorar á las piedras. ¿A dónde iria el arte con tales teorías? ¿A dónde irá si los grandes autores como el Sr. Echegaray lo pervierten, y los críticos ilustrados, como el Sr. Sanchez Perez, ayudan al triunfo de la corrupcion y al descrédito de la crítica?

De la defensa del drama del Sr. Echegaray no podemos ocuparnos porque nos falta espacio para ello. Mucho habria que decir sobre esta parte del trabajo del Sr. Sanchez Perez; pero por hoy basta.

* * *

La falta de espacio y de tiempo nos impide también ocuparnos con algún detenimiento de las obras recientemente publicadas. Limitarémonos, por tanto, á consagrar merecido elogio á *Las Botas*, colección de poesías festivas de costumbres, no exentas de gracejo y facilidad, pero quizá ménos intencionadas de lo que fuera de desear, y debidas á la pluma del Sr. Sepúlveda; á la *Miscelánea histórica, política y literaria* del Sr. Cañamaque, en la que no faltan estudios bien pensados y muy estimables, aventajando en general los trabajos históricos y políticos á los literarios; á la *Guía de Madrid*, del Sr. Fernandez de los Rios, obra tan útil é importante como bien pensada y escrita; á *La república de las letras*, del Sr. Ossorio y Bernard, colección de cuadros de costumbres literarias, llenos de verdad y no faltos de gracia; al libro *Glorias de la ciencia*, del Sr. Olmedilla, série de amenas é instructivas biografías de notabilidades científicas modernas, narradas en elegante estilo, y al *Siete de Julio*, del Sr. Perez Galdós, que compite en méritos con las novelas que la preceden, y á la cual pueden, por tanto, aplicarse los elogios que en repetidas ocasiones hemos dedicado á las obras de tan distinguido novelista.

M. DE LA REVILLA.



CRONICA DE MADRID.

Es en extremo curiosa y digna de llamar la atención de nuestros lectores, especialmente de nuestros lectores solteros, una carta que ha publicado *La Epoca* en su número correspondiente al día 30 del pasado mes, firmada por *una de sus lectoras*.

La carta á que nos referimos nos ha parecido un verdadero modelo; modelo de franqueza, modelo de grandeza de ánimo y de valor. Una mujer que dice lo que piensa; que, no sólo lo dice, sino que lo escribe, y que, no sólo lo escribe, sino que lo publica, es muy digna, en verdad, de que la atención pública fije su mirada en ella como en todos aquellos hechos, acontecimientos y personajes que rompen con las vulgares preocupaciones de la vida.

La Epoca la publica como una carta política, pero más bien parece envolver un pensamiento de índole eminentemente social. No se ocupa del matrimonio, pero consigna con una amargura verdaderamente conmovedora lo reacios que andan los hombres de la época para contraer ese lazo. Se encuentra al principio de la carta un detalle que consideramos importante: la *lectora de La Epoca* asegura tener la misma edad que aquel periódico, esto es, veintiocho años.

Semejante confesion podria parecer temeraria, pero la maliciosa *lectora* sabe muy bien, como suele decirse vulgarmente, dónde la aprieta el zapato; sabe que esa edad es la mejor de la mujer, la edad de oro, cantada por los poetas y reproducida en lienzos inmortales por Rubens y el Ticiano, aquella edad en que la mujer alcanza el apogeo de su hermosura, á la par que la saludable experiencia cuyos resultados son tal vez más fecundos que los obtenidos generalmente por la belleza; sabe, en fin, que al consignarla, habria de predisponer en favor suyo á todos cuantos leyeran su trascendental epístola, por enemigos que fuesen de las ideas y teorías que con tan grande acierto patrocina.

Fijado bien este punto, el de los veintiocho años, lánzase con atrevido vuelo por el campo, no sólo de la política española, sino también por el de los más árdulos problemas sociales; y buscando el origen de nuestros trastornos políticos y las causas primeras de la tormentosa vida que arrastran las sociedades modernas, las encuentra muy luego, y sintetizándolas de un modo tan sencillo como exacto, exclama: "¡Los hombres no se casan ya!..."

Y esto la indigna.

Véase si no de qué manera se expresa:

"Lamentan Vds. que se hable y se escriba contra la familia, y tienen Vds. razón, pero todavía creo peor el pecar con el ejemplo. Hay quien habla contra la familia y quiere y respeta á la suya. Pero me indignan los que la defienden de palabra y la desprecian permaneciendo solteros: estos perjudican más que aquellos, como en un *círculo de muchachas, hacen más daño que las que tienen un lenguaje libre, las que enseñan el mal prácticamente*. Confieso, señor director, que en *La Época* he aprendido la importancia de lo práctico: reclamo, pues, sus auxilios, y no me los pueden negar sin inconsecuencia, confesándome su discípula humilde. Si á Vd. no le parece dura la frase, convendremos en que es urgente la estirpación de los solteros, considerándoles como conspiradores contra la familia, aunque no pido para ellos el castigo que pedía el señor Puig y Llagostera, sino el inmediato, lo que llaman ellos cadena perpétua, el matrimonio; no como un castigo directo, sino cerrándoles *todas las carreras y todas las salidas*, como se hace en una sociedad de mujeres prácticas, con el hombre soltero que entró en su sociedad y al cual se le obliga á que emigre ó que sucumba."

Buscando remedio eficaz contra estos males, propone después una serie de medidas que de realizarse pondrían en duro trance á cuantos solteros existen, pero que según ella misma asegura al final del párrafo que insertamos á continuación, no podremos menos de encontrar ajustadas á la más rigurosa é inflexible lógica.

Dice así:

"¿Por qué han de votar los solteros, si en el mero hecho de no constituir familia han dejado de someterse al primero de los vínculos que forman la sociedad, en la que son elementos díscolos y poco disciplinados? ¿Qué puede entender de gobierno el que no hace su aprendizaje gobernando una familia? Lo mismo sucede en la provisión de los destinos: ¿por qué no se dan los de 16.000 rs. en adelante á hombres casados para que el presupuesto alcance también á la mujer, y el reparto sea equitativo y no se emplee en vicios el dinero del contribuyente? ¿Por qué no se obliga á entrar en quintas al soltero, un

año y otro, sea cual fuere su edad, hasta que sirva en el ejército ó tome un-compañera? Sobre todo, las cédulas de vecindad se las recargaría sin considea- racion: perdonaría las contribuciones en el primer año de matrimonio, como se hace con el que se dedica á una *industria nueva*: en fin, establecería tales distinciones entre el casado y el soltero, como existen realmente entre el que se representa á sí propio nada más y el que representa toda una familia. Supon- gamos un pueblo en que haya 30 vecinos casados y otros tantos solterones: unos y otros tienen igual fuerza electoral, y sin embargo, los célibes represen- tan dentro de la sociedad un grupo de 30 individuos, mientras los casados, calculando cinco por familia, votan en nombre de 150 personas: ¿es esto justo y razonable?

"Dicen Vds. á menudo, y en eso tiene razon, que se ataca á la familia por medio de ideas disolventes. Creo lo mismo, pero no sé si cometo una tontería al preguntarles á Vds.: si esas ideas se extendiesen, ¿transigirian Vds. con ellas considerándolas como una conquista de los tiempos? Si fuese así, reclama- ría que se empezase á preparar á la mujer para ese cambio. Pero si, como estoy segura, no transigen Vds. con esas ideas, ¿no hay necesidad ya de defender á la familia, puesto que se la ataca? Cuando esto no sucedía, eran in- útiles las precauciones; pero ó no son ciertos los ataques, ó es indispensable hacer algo en su defensa. Confiese Vd.; señor director, que mis razones tienen, como Vds. dicen, lógica, y como digo yo, sentido comun, que viene á ser lo mismo, ¿no es verdad?"

¡Sí señora; mil veces verdad! Es preciso defender á toda costa la familia, ó, mejor dicho, es preciso que todos contribuyamos á que los solteros se ca- sen, por cuantos medios tengamos á nuestro alcance; con la pluma, los letrados, periodistas y escritores en general; con la palabra, los tribunos, con trascenden- tales medidas gubernativas, los gobiernos; con leyes sábias y previsoras, las Asambleas y el esfuerzo combinado de tantos, tan varios y tan poderosos elementos, conseguirá en brevísimo plazo los resultados más fecundos para el progreso y la civilizacion humana.

Es urgente, es necesaria, es imprescindible, como dice acertadamente la erudita *lectora de La Epoca*, la inmediata estirpacion de los solteros, plaga mil veces más calamitosa que la langosta, puesto que ésta se limita á devastar los campos y á destruir las cosechas, mientras que aquella ejerce su fatal in- fluencia en los corazones humanos, destruyendo las esperanzas más legítimas y las aspiraciones más justas. Es preciso cerrar todas las *carreras y todas las salidas* (casi nos atreveríamos á decir todas las entradas) á ese elemento per- nicioso y diabólico que tan descaradamente pulula, se mueve, se revuelve y

se propaga en nuestra sociedad, privándole primero, de todos sus derechos políticos, cerrándole las puertas de los destinos y de la administración pública; condenándole á servir en el ejército una, dos y veinte veces que fuera necesario; recargando sus contribuciones sus descuentos, sus cédulas de vecindad; haciendo, en fin, en torno suyo el vacío más absoluto y creándole una existencia insoportable, una existencia de paria. Al mismo tiempo, como contraposición natural y lógica, se abriría para el hombre casado una era de prosperidad, de protección, de facilidades y de ventajas sin cuento; para él los pingües sueldos del Estado, los honores, las riquezas, la consideración de sus conciudadanos y de sus conciudadanas sobre todo, para él la gobernanación de las naciones, á su cargo todas aquellas cuestiones que más interesan á los hombres, cuestiones económicas, filosóficas, científicas, políticas, sociales, pues es de toda evidencia que habría de resolverlas con perfecto conocimiento de causa aquel que, á manera de aprendizaje, ha encontrado ya las diversas soluciones de los muchos y difíciles problemas que se presentan en la vida doméstica, cuya enumeración no emprendemos por parecernos larga, enojosa y de todos sobradamente conocida.

Y que no se nos recuerde, como argumentación contraria á la tesis que con la *lectora de La Epoca* sostenemos, que en todos los tiempos, en todas las edades y en todos los períodos históricos han existido hombres solteros eminentes que han prestado en los distintos ramos del saber inmensos servicios á la humanidad, porque contestaríamos á los que tal cosa nos dijeran, que estos han sido siempre la excepción, y que sabido es que las excepciones sólo sirven para afirmar la regla.

Ahora bien: ¿qué resultaría de este orden de cosas? ¿Cuál sería la consecuencia lógica é inevitable de todas estas medidas? Fácil nos será adivinarla. ¡A la vuelta de un año, de un año nada más, no se encontraría un soltero, ni en Madrid ni en provincias, por un ojo de la cara! Todos ellos apelarian al matrimonio, única salvación posible, como el desgraciado náufrago, rodeado por la tempestad, apela al flotante madero que ha de conducirle á la orilla. El número de casamientos aumentaría de una manera fabulosa, y aunque en los primeros años el Estado no cobrase contribución alguna, pues hemos convenido que por ese tiempo se eximiría de todo pago á los casados como dedicados á una *industria nueva*, en cambio no tendríamos continuamente ante nuestra vista el lamentable espectáculo que nos ofrecen los célibes empleando en vicios el dinero del pobre contribuyente, ni veríamos muchachas de veintiocho años, *no enteramente feas*, permanecer solteras y marchitarse como aquellas flores privadas de los rayos del sol que doblando tristemente sus

flexibles tallos, pierden en el espacio de un día la hermosura, la fragancia y la vida.

Pero ¡ay! no busquemos la perfectibilidad en lo humano. Es posible que en la práctica tropezásemos con algunos inconvenientes. El matrimonio forzoso y obligatorio, los enlaces originados por intereses puramente materiales, podrían tal vez no dar los benéficos y satisfactorios resultados que aquellos que reconocen por causa los más dulces sentimientos del alma. Es posible que la discordia y las guerras intestinas en el seno de las familias se hicieran más frecuentes y más rudas; es posible que aumentase en una proporción considerable el número de los esposos culpables, de las separaciones, de los divorcios, de los escándalos, y que esto, en fin, originara la completa relajación de nuestras costumbres.

Pero, ¿qué importa? Semejantes detalles, porque detalles son, y nada más, no disminuyen en un ápice la fuerza y el valor de las teorías emitidas por la *lectora de La Epoca*. Además, con la práctica ya generalizada del matrimonio, aprenderían los hombres á formar mejor opinión de sus compañeras en esta vida, y á no hacer caso de cuanto se ha dicho en su descrédito desde el principio del mundo hasta nuestros días.

Mal acogidos serían ahora aquellos sábios de la antigüedad que pasaban la vida buscando y escribiendo máximas y proverbios en contra de las mujeres. Salomón que decía: "La gracia de las mujeres es engañosa, y su bondad es sólo vicio," y que aseguraba después que "el hombre enamorado sigue á la mujer como un buey que conducen al matadero," sería recibido en los actuales tiempos como un insensato digno de que lo encerrasen en un manicomio por lo ménos. Sócrates que aseguraba que "es preferible vivir con un dragon que con una mujer" y que por añadidura afirmaba "que debe temerse más el amor de la mujer que el ódio de un hombre," sería recibido por nuestros contemporáneos como el último de los impostores, y Séneca, en fin, el sapientísimo Séneca, sufriría terribles consecuencias por haber asegurado que "lo único que puede hacer suponer la virtud en la mujer, es la fealdad..."

Pero véase hasta qué punto la *lectora de La Epoca* respeta y sostiene sus ideas; vean nuestros lectores el ejemplo que ella misma nos proporciona y que á continuación insertamos:

"Tengo un hermano soltero; y á pesar de mis ideas, le he aconsejado más de una vez que *no* se case: en pocas familias no reciben el mismo consejo los varones. Si se casan ¿qué pueden ganar? Si no se casan, ¿qué pueden perder? dicen las madres; es sabido que nadie calcula mal cuando se trata del que quiere bien. Puedo decirlo sin rubor, porque no saben Vds. quién soy yo; me

parece que no soy enteramente fea: me lo han dicho los hombres muchas veces, y no todos han de mentir descaradamente: creo que alguno de esos muchos me debia haber correspondido para esposo; ¿por qué no me he casado? Estoy segura de que me ha privado de ello los consejos de otra hermana, de otra madre, de alguien que presentaba al hombre desconocido que me debió tocar en su suerte, como único porvenir en el matrimonio, privaciones, escasez y abandono, y una falta desconsoladora de protección por todas partes. ¿Sucederia lo mismo si las madres supiesen que sus hijos podrian perder no formando familia, y tendrían ventaja al formarla? No lo creo. Los padres obran siempre bien cuando aconsejan á sus hijos; y si es un mal la hoja de papel que viene desde fuera atacando á la familia y se la persigue con razon, ¿no se ha de impedir ese otro mal, mucho más peligroso porque reside en el propio corazón de la familia?"

Nos afirma atrevidamente que "nadie calcula mal cuando se trata del que se quiere bien," y esto nos prueba de la manera más evidente que cuando los padres aconsejan á sus hijos, hermanos y parientes que no se casen, mal parados deben de andar los matrimonios. ¿Puede darse mejor justificación de las medidas que para mejorar la condicion de los casados ella misma propone? Supone despues que la han privado del hombre que la debió tocar en suerte los consejos de otra hermana y de otra madre, y al preguntarse tan inocentemente "¿por qué no me he casado?" se dá á sí misma esa plausible y consoladora explicacion.

El poco espacio de que podemos disponer no nos permite extendernos más en el análisis de esta carta memorable. Creemos que basta con lo dicho para que nuestros lectores hayan podido formar una idea completa de los principales puntos que abarca; y esperamos no haber omitido ninguno de los detalles más interesantes. La lectora de *La Epoca* ha iniciado un movimiento que todos los que se precian de amantes de su patria y de hombres honrados deben seguir ciegamente; nos ha revelado, además, algunas cosas que antes sospechábamos tan solo, pero que hoy podemos afirmar con seguridad completa; sabemos que *en un círculo de muchachas hacen más daño que las que tienen un lenguaje libre, las que enseñan el mal prácticamente*, y en fin, nos ha propuesto en pocos renglones todo un plan regenerador que los hombres que nos gobiernan deben estudiar y madurar concienzudamente.

Habiamos puesto ya el punto final para pasar á otros asuntos, cuando se nos ocurre una duda, casi podriamos decir una sospecha. Es indudable que la carta anónima, de la cual hemos tomado algunos párrafos para ofrecerlos á nuestros lectores, está redactada por una mujer; nos lo probaria, cuando

no el fondo y el asunto, el estilo, el lenguaje, la pasión y el entusiasmo con que está escrita; pero ¿es verosímil, es creíble que dada la educación que reciben las mujeres en nuestro país, haya una relativamente joven, puesto que solo cuenta veintiocho años, que posea esa rectitud de juicio, ese perfecto conocimiento de nuestra sociedad y de nuestras costumbres, y ese espíritu profundamente observador y analítico que resalta en cada uno de los renglones de su carta? La duda es permitida.

¡Quién sabe! Tal vez esa carta que parece original, no lo sea, tal vez la *lectora de La Epoca* no haya hecho más que firmarla, tal vez esté inspirada por alguna discreta y experimentada madre de familia, cuyas hijas, sin establecer todavía, hayan puesto el maternal cerebro en el estado de ebullición y de calentura que indudablemente nos revela el contenido de la epístola de que nos hemos ocupado.

*
* *

Dos acontecimientos inesperados han llamado principalmente la atención durante la pasada quincena. La crecida del Manzanares y la fuga de doña Baldomera.

El Manzanares saliéndose de su tranquilo lecho, invadiendo atrevidamente los terrenos que le rodean y que parecían más al abrigo de sus veleidades y caprichos, estrellándose furiosamente contra los vetustos arcos de los puentes de Segovia y de Toledo, arrastrando con sin igual violencia árboles corpulentos y cajones de lavanderas, nos ha recordado esos seres débiles, desgraciados y escarnecidos que con tanta frecuencia encontramos por el mundo y que sufren las burlas y sacarnos de todos, hasta que la última gota hace desbordar el vaso y toman en un día, en un solo día de ciego é irresistible furor, una terrible y ejemplar venganza.

Al contemplar el Manzanares, cuyas enturbiadas aguas ora se revolvían en inmensos torbellinos, ora precipitándose con extraordinaria violencia, arrollaban y destrozaban cuanto en su camino se encontraba, creíamos entrever cierta remota analogía entre los fenómenos de la naturaleza y los acontecimientos humanos, y repasando algunas páginas culminantes de la historia, recordábamos que también para los pueblos llegan días de tempestad, como para los ríos, para el mar y para el viento, y que en esos días todo cuanto encuentran en su camino se derrumba: poderes, gobiernos, instituciones...

—

La fuga de doña Baldomera ha sido también un acontecimiento imprevisto; imprevisto para los centenares de insensatos que acudían en tropel á las puertas de aquellas oficinas y depositaban en manos de una desconocida el fruto de sus ahorros, de sus privaciones, de sus vigiliás y de sus trabajos, el pan de sus hijos ó el reposo y el bienestar sagrado de sus padres; imprevisto para todos los que se imaginaban haber encontrado en doña Baldomera (y estos eran muchos por desgracia) la piedra filosofal, la solución de un problema que hasta ahora no ha podido resolverse, el secreto buscado en todos los tiempos y por todos los hombres de vivir sin trabajar.

No creemos que uno sólo de los imponentes de doña Baldomera haya dudado ni por un momento del éxito de sus operaciones financieras.—¡Ya durará tres meses todavía!—¡Pues no ha de durar tres meses!... Y esto, no sólo se repetía por todas partes, sino que era universalmente reconocido y aceptado. Citábanse, además, los casos más extraordinarios y que más debían despertar la avaricia de un pueblo siempre enamorado de lo imposible. Aquí, un simple barbero había hecho en pocos meses tales beneficios, que se encontraba ya al frente de un lujoso establecimiento en una de las calles más céntricas de la capital: un sargento de la Guardia civil había obtenido su licencia absoluta, y estableciéndose con todo género de comodidades, excitaba la envidia de su propio coronel... ¿Para qué hemos de continuar? Todos sabemos que la fortuna pasajera de unos pocos se ha formado con la miseria y la desesperación de los más, y que la inmensa diferencia ha quedado en poder de una aventurera que ha sabido explotar con increíble audacia el atraso, la candidez y la ignorancia de nuestro pobre pueblo.

*
* * *

Pocas novedades artísticas y teatrales podemos consignar en la presente crónica. Exceptuando el drama del Sr. Bremon titulado *Dos hijos* y que ha obtenido en el teatro de Novedades muy justificado éxito, nada vemos en los de verso que nos parezca digno de mención.

En el teatro Real ha vuelto á ponerse en escena la última *partitura* de Verdi. La señora Pozzoni ha interpretado el papel de Aida revelando una vez más las altas dotes artísticas que posee, pero tropezando con bastantes dificult-

tades de *tesitura*, y la señorita Cortés, en el de Amneris, nos ha demostrado su buena voluntad y nada más. De los demás artistas que han tomado parte en la interpretación de la obra, nada diremos, pues, excepcion hecha del señor Cruz, que hace un sacerdote bastante aceptable, son los mismos que en la temporada pasada merecieron generales aplausos.

Se prepara el estreno de la ópera de Auber *Fra Diavolo*, y se espera con impaciencia la reaparición de *Dinorah* para el debut de la señora Rubini.

L. F. DE C.

Madrid, 15 de Diciembre de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imp. de Manuel G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.